



**CRÓNICAS DE LOS
AÑOS DUROS III
(1968 - 1985)**

Este 2022

A 51 años de los asesinatos y desapariciones a manos del escuadrón de la muerte de Abel Ayala (primer desaparecido, el 17 de julio de 1971), de Manuel Ramos Filippini (asesinado el 31 de julio de 1971) de Héctor Castagnetto (desaparecido el 17 de agosto de 1971).

A 50 años del asesinato de Ibero Gutiérrez a manos del escuadrón de la muerte el 28 de febrero de 1972.

A 50 años del asesinato por tortura en un cuartel, de Luis Batalla, el 25 de mayo de 1972.

A 50 años de los asesinatos de los 8 compañeros de la seccional 20 por las fuerzas conjuntas el 17 de abril de 1972. Y de tantos otros asesinatos en ese año de tan terrible represión.

A 49 años del golpe de estado.

A 48 años del asesinato de “las muchachas de abril”, el 21 de abril de 1974.

A 37 años del retorno a la democracia, seguimos viviendo bajo esa cultura de impunidad, seguimos esperando que se haga justicia. Seguimos esperando que las causas avancen.

Con un poder judicial que dilata las causas al permitir todas las chicanas de los abogados defensores de los terroristas de Estado.

Son delitos de Lesa Humanidad, por ende, imprescriptibles e inamnistiables.

Cuando la justicia tarda tanto, ya no es justicia.

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS III (1968 - 1985)

Organizado por:



ISBN: 978-9915-41-149-1

Todos los derechos reservados

Equipo asesor: Hugo Bervejillo, Nibia López y Baldemar Taroco

Diseño y diagramación: Tatiana Taroco

Foto de tapa: Nancy Urrutia

Salida de las últimas presas políticas. Xenia Itté, marzo de 1985

El orden de los relatos fue establecido al azar

crysolcronicas@gmail.com

TE INVITAMOS A SEGUIR CONTANDO

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS 1968 – 1985

Crysol, (Asociación de expres@s politic@s de Uruguay) te invita a seguir contando. En este tercer tomo reiteramos ese pedido.

Luego de la pandemia retomamos esta iniciativa. Recordemos historias vividas, o escuchadas, todas esas pequeñas historias que aún no se conocen, por mínimas o insignificantes que nos parezcan.

No es un concurso literario, son simples crónicas de hechos ocurridos en los años duros. Pueden ser del exilio, del insilio, las cárceles o los cuarteles. De cómo se vivía lo cotidiano, cuando todo era inseguro, de cómo se accedía al arte, cuando la censura estaba naturalizada.

En cualquier barrio con cualquier vecino pasaron cosas, esas que no están en la historia oficial. El estar dentro de tu país, pero forzado al silencio. Donde fueron violados todos los derechos humanos. Esto permanece en el tiempo y sus secuelas nos impactan de diferentes maneras hasta el día de hoy. Esas secuelas se van transmitiendo de generación en generación.

Como siempre decimos, la gran mayoría de nuestro pueblo sufrió el terrorismo de Estado; ya en el período de la actuación ilegítima del Estado (1968 – 1973) o durante la dictadura cívico-militar (1973 – 1985). Fueron los menos quienes se beneficiaron de ese período.

Estamos tratando de reconstruir la historia no contada entre todos. Cuanto más compartamos nuestras experiencias, más completa y rica se volverá esta historia no oficial. Contemos nuestras vivencias de ese período y estaremos aportando conocimiento de la historia cotidiana. De esa manera estamos intentando aportar hechos con la idea del nunca más. Para que las futuras generaciones no tengan que pasar por las penurias de ese pasado que no pasa, donde continúa la cultura de la impunidad.

Sigamos rescatando ese pasado. Es necesario, aunque hoy no lo parezca, es muy importante recordar. Que no nos gane la desmemoria. Cada día que pasa, más sentimos la necesidad de ir escribiendo esos recuerdos para que no se pierdan. Así los vamos transmitiendo a las nuevas generaciones con la idea de la no repetición.

POR VERDAD, MEMORIA, REPARACIÓN INTEGRAL Y NUNCA MÁS TERRORISMO DE ESTADO.

PRÓLOGO

Quizás sea una coincidencia el cierre de las Crónicas, en mayo, mes de la memoria. Y es muy buena coincidencia, porque todo suma.

Mes de marcha del silencio, nuevamente presencial luego de la pandemia; con el reclamo de la verdad y la justicia para nuestros compañeros detenidos desaparecidos, víctimas de delitos de lesa humanidad, imprescriptibles e inamnistiables.

En este mes de mayo, tan intenso siempre, poblado de recuerdos, de acontecimientos que marcaron la historia de nuestro país, estas Crónicas contribuyen a seguir haciendo memoria. En muchos casos esa memoria está llena de dolor, de recuerdos, de solidaridad y también de amor.

Son historias de luchas, movidas por ideales, por sueños, de todos los que buscaron un mundo mejor, una mejor distribución de la riqueza, un mundo con justicia social.

Desde nuestro origen como organización impulsamos el trabajo por la memoria.

La recolección de estos relatos es nuestra contribución para las nuevas generaciones. Para que conozcan los hechos desde las voces múltiples que los relatan, en muchos casos en primera persona. Sabemos que no es suficiente una publicación, una charla, un cartel, una margarita. Pero nos consta que cada día avanzamos con nuestro pequeño aporte y desde nuestro lugar para que estas historias se hagan cada vez más presentes, y la verdad sea cada vez más fuerte, por sobre la impunidad y la mentira.

En junio Crysol cumple 22 años. Han sido años de solidaridad, de luchas y conquistas. De logros en beneficio de los compañeros. De encuentros entre las y los compañeros expres@s polític@s. Un lugar de contención, sostén y apoyo mutuo, un espacio donde compartir vivencias, afectos, puntos de vista y análisis. Una trinchera de ideas, donde seguir soñando, construyendo proyectos, buscando soluciones a nuestras dificultades como colectivo inserto en la realidad del país. En nuestra institución se

da apoyo y asesoramiento sobre todas las leyes, en forma honoraria por parte de los compañeros que representan a Crysol en las respectivas comisiones.

Desarrollamos diversas actividades, como presentación de libros, encuentros, charlas, talleres literarios, campeonatos de ajedrez etc.

Intentamos mantener abiertas las puertas de la institución a las nuevas generaciones, a las iniciativas de las compañeras y compañeros que quieran promover alguna actividad.

Desde hace más de dos años, un grupo de compañeras viene generando insumos para la concreción de un memorial en homenaje a todas las expresas políticas. Y estamos logrando ser visibilizadas, escuchadas.

Paso a paso nos acercamos a la concreción de un memorial en homenaje a todas. Será un espacio abierto, alegre y cálido, donde estaremos impulsando los encuentros, las vivencias, las luchas, compartiendo los afectos. Y sobre todo manteniendo siempre en alto nuestras banderas de lucha, por nuestros derechos, por la justicia sin ninguneos ni discriminaciones, por la igualdad.

Con nuestras compañeras y compañeros detenidos desaparecidos, asesinados, con todos y todas las que ya no están, siempre presentes. Porque apostamos al futuro y también al presente, que nos muestra que nuestras jóvenes están ahí, acompañando, aportando su opinión y sus saberes. Esa conjunción es inevitable y certera, no para, este camino compartido nos fortalece, porque estamos construyendo en colectivo, todas y todos.

Nibia López

El Profe

Febrero, 1974

*“Cuando por las noches llores
porque no puedes ver el sol,
las lágrimas te impedirán
ver las estrellas”. R. Tagore¹*

Mediado el verano, esa mañana auguraba ser calurosa y la humedad hacía que las 15 calles, aproximadamente, que debía recorrer para llegar al trabajo, exigieran un esfuerzo extra.

Salí de mi casa, en el barrio Las Acacias, como todos los días desde que terminaron las clases, a las 7.30. Solo me había quedado Física para terminar Preparatorios y poder entrar en la Facultad de Medicina. Por primera vez, no había aprobado todas las materias del curso. Pero esa es otra historia.

Trabajaba en la casa de Eduardo, un compañero de clase y militancia de mucho tiempo. Ayudábamos a su padre a hacer piletas de hormigón, de diseño inventado por él y, de paso, nos ganábamos algunos pesos para nuestros pequeños gastos y ayudar, mínimamente, en la economía de nuestros humildes hogares.

Todo parecía fluir normalmente ese día. Nada estaba fuera de lugar. A los 17 años, habíamos aprendido, a la fuerza, a detectar señales de peligro.

La guerrilla había sido derrotada militarmente, pero la represión seguía desatada con furia contra toda forma de oposición.

El liceo 13, donde estudié toda la Enseñanza Secundaria, era considerado uno de los centros de estudio más combativos y rebeldes a la dictadura.

La mayoría de los estudiantes y gran parte de los profesores, sobre todo de Literatura, Historia y Filosofía, ejercíamos, como podíamos, nuestra resistencia, dentro y fuera del instituto. En realidad, en todas las materias había profesores “buena gente”, que nos daban una mano cuando podían, pero era más “fácil” que se diera una discusión sobre determinados temas en éstas que en las otras.

A pesar de nuestra militancia, conciencia de clase y compromiso, éramos varios los que nos transformamos en una pesadilla para quienes intentaban enseñarnos, debo reconocerlo. Nuestros chistes y continuas interrupciones hacían difícil la tarea de los docentes. Lo que nos valió más de una “charla” con ellos al acabar el horario.

Uno de los que se sentó conmigo a “aclararme las cosas” fue el de Literatura, el Profesor Marra. Como si fuera mi padre, me daba consejos y me apoyaba con mis problemas, que no eran pocos. Cuando terminaba la clase, si ésta era la última hora, yo lo acompañaba hasta la parada del ómnibus, mientras charlábamos de cosas diversas.

Después de eso, me lo crucé una vez, en el centro de Montevideo. Íbamos por la misma acera. Me miró, me hizo una seña como para que supiera que me había reconocido, y siguió caminando, sin detenerse.

Llegué en hora al trabajo y me fui al fondo del taller para cambiarme de ropa.

De pronto, todo cambió. Se oían gritos, sirenas y había varios autos subidos a la vereda y un “ropero”² unos metros más adelante.

Entró un oficial de la inteligencia policial, seguido de varios guardias, armados hasta los dientes.

La mamá de Eduardo salió a recibirlos y le explicaron, no muy amablemente, que venían a buscarme.

Si no hubiera sido por lo dramático de la situación, me hubiera echado a reír: tremendo operativo policial para detener a un adolescente de 17 años, que medía 1,70 m. y pesaba 59 kg.

La mamá de Eduardo les dijo de todo y que me conocía desde niño, que era compañero de clase de su hijo Y ahí, el milico que me llevaba agarrado del brazo, se dio vuelta y le dijo, que si era compañero mío, también se lo llevaban. Y así fue.

Me esposaron y me metieron en un coche, donde llevaban a dos compañeros más, de otros liceos. Nos transportaron hasta la calle Maldonado, donde funcionaba la Dirección de Inteligencia. Éramos tantos gurises ahí adentro, que se les acabaron las capuchas. A mí, me sacaron la camiseta que llevaba puesta y me la ataron a la cabeza, cosa que me producía la sensación de que me faltaba el aire.

No tiene mucho sentido explicar lo que nos hicieron a cada uno de nosotros. Digamos que, durante unos días, no tuvimos un trato amable de parte de ellos. Repartían el tiempo entre plantones, palizas, submarinos y otras lindezas que manejaban.

A medida que ellos consideraban que ya no podrían sacar más información, nos subían en una especie de ascensor-montacargas y, de a dos o tres, nos dejaban en uno de los pisos superiores del edificio, donde, tirados sobre colchones mugrientos, intentábamos recuperarnos y asumir lo que nos había pasado. No podíamos sacarnos la capucha, ni hablar entre nosotros.

A medida que pasaban los días, los guardias empezaron a tolerar ciertas “libertades”, como levantarnos la capucha o conversar entre nosotros.

Mientras tanto, seguían trayendo gente al lugar donde estábamos.

Un día, se tira en un colchón, a mi lado, un señor mayor, delgado, de lentes. Su cara me sonaba, pero no podía recordar de qué.

Hablaba muy poco y, al día siguiente de llegar, me dijo quién era. Se trataba de Juan Carlos Onetti y con él también llevaron a Carlos Quijano, Hugo Alfaro y algunos más, que no recuerdo. Por ellos, nos enteramos que el semanario Marcha, había organizado un concurso literario y que ellos formaban parte del Jurado que debía decidir los premios.

-“Te das cuenta, Jorgito?...” -me dijo Onetti- “yo era el Presidente del Jurado, todos votaron por el cuento, menos yo, que me abstuve. ¡Y me traen en cana a mí!”

El cuento que ganó se llama “El guardaespaldas”. Se trata del relato de las acciones del comisario Morán Charquero, torturador y asesino, que finalmente es ajusticiado por el M.L.N. Del autor no sabíamos nada.

Algunos días después, oímos que subía el ascensor que traía a los detenidos desde el sótano, donde ejercían la tortura. Por acuerdo tácito

con algunos guardias, debíamos ponernos la capucha y quedarnos cada uno en su lugar.

Sentimos los pasos que entraban a la estancia donde nos encontrábamos, algún quejido y un ruido parecido al que haría una bolsa de papas, si cayera al suelo.

Cuando oímos que se retiraban, me saqué la capucha, haciendo oídos sordos al vigilante, y me acerqué a ver quién era y darle un vaso de agua, al menos.

Al levantarle la capucha, vi una cara deformada por los golpes y unos ojos abotargados, que me miraban con asombro.

Una voz ronca, algo temblorosa y cargada de ironía me dijo: “Lindo lugar para volver a encontrarnos, ¿eh, Barlocco?”

Nunca más pude volver a verlo.

Le quedé debiendo un abrazo

El Profesor Nelson Winston Marra, era el autor del cuento y ganador del concurso.

Estuvo preso hasta 1978, se exilió en Suecia y luego en España. Murió de Alzheimer en el año 2007.

¹ Escrito por mano desconocida, con letras blancas sobre una pared ennegrecida, en donde estuvimos detenidos.

² “ropero” se le llamaba a los camiones celulares.

Proceso cóndor

EL DESTINO HA HECHO QUE UN CRUDO INVIERNO LO ABRIERA Y AHORA UNA HELADA ROMA DE FUENTES CONGELADAS LO CERRARA... EL CÓNDOR, AVE DE RAPIÑA CARROÑERA QUE SE ABRIGA CON EL GÉLIDO VIENTO DE LAS ALTURAS PARA ENFOCAR Y ATACAR SU PRESA...

Proceso por secuestro y homicidio de 42 personas en Chile, Argentina, Bolivia, Brasil y Uruguay, entre 1973 y 1978. Ítalo-argentinos, chilenos, bolivianos, brasileños, uruguayos...italianos...ítalo...Roma, Italia.

Desde aquel frío día de Febrero del 2015...en el que comenzó la primera audiencia del juicio, en la sala de máxima seguridad de la cárcel romana de Rebibbia hasta hoy 16 de Enero del 2017...muchas cosas han pasado.

Ante todo, es el primer proceso en Europa por el Plan Cóndor...Todas las audiencias, las instancias, todos los momentos, han estado cargados de emociones encontradas, lágrimas (algunas veces reprimidas), y otras veces lágrimas libres que espontáneamente corrían por mejillas conmovidas, doloridas, atónitas.

No participé de todas las audiencias, pero sí de muchas de ellas, de muchas. Escuché a corazón partido testimonios de compañeros que venían allende un océano para contar historias de dolor y muerte.

Sentí muchas veces sus pudores, sus vergüenzas, frente al relato de hechos, que son inenarrables, pero que ellos lo hicieron desde el compromiso, la convicción y una admirable dignidad.

Me sentí orgullosa de pertenecer a esta tribu de personas que aún creemos que la justicia es posible, que la memoria nos permite avanzar y que la impunidad nos lleva a las etapas más oscuras de la historia de la humanidad.

También escuché con atención a los abogados de la defensa civil, al principio más tímidos, tal vez menos informados, o no tan comprometidos...

Fui viendo su evolución, conociéndolos, escuchando en los intermedios, entre café, capuchinos y cigarros, como empezaban a sentir la suave brisa de la rambla de Montevideo en una tarde de primavera o la bravura del océano pacífico en una noche invernal, como trataban de adivinar si “ese acento era uruguayo o argentino” y sentir el “cantito” chileno como algo inconfundible.

El compromiso creció, el afecto se transformó en el estudio de un continente, en sus ganas de viajar a conocer esos lugares que nombraban una y otra vez en sus intervenciones. Hasta que llegaron sus “discusiones” como les llaman en Italia. La etapa de alegatos y presentación de pruebas.

Vi abogados italianos hablando de nuestros compañeros desaparecidos, como si fueran suyos, las voces que se quebraban al relatar el horror, con lágrimas en los ojos al detallar el espanto.

Lo vi, nadie me lo contó. El proceso no estaba siendo solo algo “judicial”, el proceso era algo humano, de seres humanos, sin importar fronteras, ni credos, ni sectores políticos, ni genotipos o razas. También escuché con atención a los abogados defensores de los militares y civiles imputados. Las mismas mentiras de siempre, las mismas palabras que insisten en ensuciar; patria, bandera, honor, obediencia... “salvar la patria”, “era una guerra y había que combatir al enemigo”, “no se dejen conmovir, señores del jurado popular por lo que aquí han escuchado, no sucedió, se hacen las víctimas, pero fueron feroces terroristas.

Como los que hoy debemos combatir aquí en nuestra Europa, como estos terroristas del Isis”... Ese fue un momento particularmente difícil, contener el grito, reprimir la rabia, sentir que hablan de esa manera de nuestros compañeros, que son comparados con terroristas sin escrúpulos...

Escuchar el colmo de este disparate y mantenerte sentada firme, solo las lágrimas incontenibles corriendo por las mejillas, esas que no te permiten ocultar el dolor. Y entonces decidí refugiarme en las fotos, en esos hermosos rostros que madres y abuelas lucen con orgullo pendiendo en su pecho, en las fotos veía las sonrisas, el brillo de los ojos, la juventud exuberante con la alegría de querer cambiarlo todo y la convicción de poder hacerlo.

Traje a mi mente a aquellos que conocí y compartí con ellos, que no

eran parte de este proceso pero sí fueron parte del mismo trágico destino. Y seguía escuchando, como se mofaban, no solo de nuestros muertos sino también de nuestro país Uruguay. Escuché estupefacta al abogado de Jorge Néstor Troccoli, decir “que este juicio se llevaba en Italia porque nosotros, los uruguayos, éramos incapaces en Uruguay de llevar un juicio de esta naturaleza; decir que éramos un país pobre que no podía pagar algo así, que por lo tanto esto tenían que pagarlo injustamente los contribuyentes italianos, decir que no teníamos tradición de derecho, de jurisprudencia, decir una imbecilidad y una cretinada tras otra y solo las lágrimas corriendo por las mejillas, libres, me permitieron soportar esas audiencias y tanta mentira oscura, de estos petimetres defensores de la muerte.

Hoy domingo, ya lunes de madrugada. Lunes 16 de Enero, comienza una semana importante. El martes 17 se dictará sentencia. Estoy nerviosa, un poco confundida, angustiada, no sé cuál será el resultado, lo único que sé es que quiero escucharlo y lo escucharé atenta, serena, con la dignidad que nuestros compañeros que vinieron desde el otro lado del océano, declararon.

Esa dignidad que es propia de los nobles, de los que saben que tienen las manos limpias y la conciencia tranquila. Trataré de dormir, mañana hay una preciosa actividad en la Embajada de Chile (mi otra patria por 30 años). Una exposición de fotografías de Juan Maino, ítalo-chileno detenido desaparecido en Chile. Una especie de vigilia de esperanza esperando el otro día.

El martes 17 será un día intenso. Estaré todo el día en Rebibbia, con o sin calefacción (la ciudad eterna está enfurecidamente fría)... no me moveré. El jueves el Vicepresidente de Uruguay Sr. Raúl Sendic, dará una conferencia de prensa y la Embajada de Uruguay en Italia, compartirá con compatriotas y compañeros del proceso, un momento de encuentro.

Me nace agradecer, a quiénes murieron creyendo que era posible un mundo mejor, agradecer a todos y cada uno de nuestros compañeros desaparecidos, encarcelados, secuestrados, los que sufrieron tortura y tormentos, a los niños robados, a los que recuperamos y a los que recuperaremos, a todos los que sufrieron persecución, exilio

discriminación.

Agradecerles su sacrificio por ese tan lejos y tan cerca mundo mejor por el que lucharon. Agradecer a Italia por acoger nuestro pedido de justicia y al pueblo italiano por comprometerse con nuestro dolor. Agradecer a todos y cada uno de los que trabajaron para que esto fuera posible. Ministerio Público, Defensores Civiles, Organizaciones de Defensa de DDHH, Fundaciones, Sindicatos, Asociaciones...a todas las personas que han hecho de la defensa de los DDHH su bandera de lucha, porque todos lo hicieron posible.

Agradecer desde lo más profundo a los familiares de las víctimas, por su lucha incansable, por su tesón, por el amor que no entiende de impunidad y no escucha la palabra derrota.

A los declarantes en el proceso, todos los que atravesaron durante horas un océano, para llegar por dos días a Roma y casi bajándose de un avión, sentarse frente al Jurado Popular italiano, frente a jueces y abogados, para dar su testimonio, agradecerles la entereza y la lección de dignidad que nos entregaron.

A las compañeras y compañeros que, desde hace 40 años, en Italia, luchan por que este proceso se lleve a cabo. Porque han dejado parte de sus vidas en ello, porque han sido el pilar fundamental y lo lograron: el proceso se realizó.

Agradecerles la vida que dejaron en ello, porque sea cual sea la sentencia del día 17, el legado de vuestro esfuerzo a través de los años será ejemplo de generaciones venideras.

La historia de la bufanda

Encendí el fuego apenas me hube levantado, me preparé un mate y miré a través de la ventana los jirones de nubes que oscurecían el valle y se hacían más densas en las partes altas de las montañas. Era enero de 1984 y mi cabeza rapada delataba que acababa de llegar al pueblo de mi padre, enclavado en las montañas navarras. Un puñado de casas a las que se llegaba por un sinuoso camino asfaltado que trepaba serpenteando en una ardua subida desde un recodo de la carretera nacional que corría acompañando al río Araxes.

Y me puse a la tarea de pasar al papel el texto escondido en la bufanda que había confeccionado un año antes en la cárcel, que había enviado a mi familia como una manualidad y que me había acompañado durante el viaje.

La idea había ido construyéndose en los intercambios semanales que tenía con el “Chocho” Rivero. Hacía tiempo trabajábamos en la construcción de ideas entre un grupo limitado de compañeros, que tratábamos de sentar las bases de pensamiento que dieran respuesta al pasado y al presente. El intercambio iba más allá del ala izquierda del sector A del 2º piso, consiguiendo, o sumándonos a una construcción colectiva que se extendía al ala derecha, al sector B y a otros pisos. Este intercambio se había ido plasmando en un documento escrito que circulábamos clandestinamente para su enriquecimiento. Bautizado como PLATO o PUMA (Plataforma Unificadora Mínima y Amplia), fue el resultado de meses, años, de discusión. Estábamos en el año 1982, llevábamos 10 años de cárcel y cada día habían más signos de que la realidad nacional se estaba modificando, fundamentalmente a raíz del plebiscito de 1980.

Con el “Chocho”, nos planteamos la necesidad de poder llevar a los militantes que estaban dispersos por el mundo ese puñado de ideas que habíamos construido y empezamos a evaluar las posibilidades de hacerlo.

No tenía ni idea de que, al mismo tiempo, otros compañeros se proponían la misma consigna y la concretaban (fallidamente) mediante lo que, casi 40 años después, se dio a conocer como “El tapiz de los tupamaros”. Lo insólito es que de esto me enteré casi 40 años después con la publicación del libro del “Tito” Gregori, con el cual también tenía un intercambio semanal de ideas y que formaba parte del pequeño núcleo con el que construimos el documento. Y viceversa; tampoco el “Tito” tenía idea de nuestra tarea. ¡Las cosas ocurren a nuestro alrededor sin que nos enteremos lo cual muchas veces hace que el pasado sea impredecible!

Para concretar la tarea que nos habíamos propuesto, teníamos que solucionar un par de cosas: cómo escribir en forma cifrada el documento para poder sacarlo y en qué soporte material hacerlo. Sólo eso.

Para escribirlo, había que codificarlo mediante una clave que nos pusimos a diseñar. Fue idea del “Chocho” construir un código mediante una cuadrícula de filas y columnas en la que escribíamos una frase de manera de tener letras identificadas por 2 números (columna y fila). Debíamos acordar una frase memorable para los dos, ya que no podía, de ninguna manera, quedar registrada por escrito. Recurriendo a nuestra historia nacional, me pareció adecuada la frase de Artigas en el Reglamento de Tierras: “...que los más infelices sean los más privilegiados.”

El soporte material tenía que ser mediante una artesanía de las que construíamos a diario; porque sabíamos que no tenían problema al momento de enviarla a la familia, porque no llamaba la atención de quien mirase que estábamos trabajando y porque habíamos desarrollado la capacidad de hacerlo. Así surgió la idea de la bufanda.

En esa época éramos una fábrica de artesanías y, en la no muy planificada división del trabajo, algunos hacíamos parte de la manualidad que otro la completaba. Mi pasaje por arquitectura me daba una aureola de dibujo y diseño solicitado por artesanos de la aguja o el martillo. Mi aporte para el telar tradicional y el de clavos, era combinar colores de lana, de forma de tener un diseño colorido más o menos equilibrado.

En todo este universo de artesanías, la bufanda en telar de clavos se podía adaptar a nuestras necesidades. El telar de clavos consiste en dos maderas paralelas, sujetas a una distancia que determina el ancho que

va a tener el tejido. En cada madera se clavan una hilera de clavos sin cabeza, separados cada centímetro, sobresaliendo de la madera entre 1 y 2 centímetros. Para una bufanda, usábamos maderas de casi 2 metros de largo, separadas entre sí entre 18 y 20 centímetros. Como base del trabajo, se tomaba un ovillo de lana, duplicado, se sujetaba a uno de los clavos del extremo y se iba pasando la doble lana de ese clavo, al de la madera de enfrente, al segundo de la primera, al segundo de la otra, etc. Esto nos fabricaba una trama, que debía quedar tensa en forma adecuada y que terminaba fijándose al último clavo en el otro extremo. Quedaba un plano conformado por lanas paralelas que iban de palo a palo, tensas, y a razón de 4 lanas por cada centímetro. Sobre esta trama se construía la urdimbre de la bufanda que era en la que recaía el diseño de la misma. La urdimbre se pasaba con una aguja larga. Utilizábamos unas “aguja” que provenían de los telares industriales, que consistían en un alambre largo, de unos 30 centímetros, con un remate prolijo en cada extremo y con un “ojo” en la mitad, donde enhebrábamos la lana. Normalmente los diseños eran simétricos, por lo que pasábamos una doble lana y, con un peine, apretábamos la lana hacia los costados. El tejido lo íbamos haciendo pasando la lana de la urdimbre por encima y por debajo de las lanas de la trama. Generalmente saltábamos 3 lanas de la trama por arriba y 1 por abajo. Esto daba un punto relativamente largo, lo que permitía que en el diseño predominase la urdimbre sobre la trama. La lana siguiente alternábamos la lana de la trama que dejábamos por encima, logrando el tejido. En el resultado final, la trama desaparece.

Este tejido 3 por encima, 1 por debajo, no me servía para el código que habíamos pensado, pero era una base. Podía, con la urdimbre, pasar 2 por arriba, 3 por debajo; 4 por arriba, 5 por debajo; 3 por arriba 1 por debajo. De esta manera, en la urdimbre iba “escribiendo” pares de números. Y cada par de números hacía referencia a una casilla del código. Tenía que experimentar hasta que cantidad de hilos de la trama podía saltar por encima (o por debajo), sin que quedase una lana demasiado suelta.

Hice mis pruebas en una bufanda decorada en dos bandas con unos diseños basados en dibujos de los indios canadienses del pacífico y pude comprobar que hasta 6 hilos de la trama (1,5 centímetros), era un punto

razonable. Esto definía una cuadrícula de 6 columnas por 6 filas, es decir 36 signos. La frase elegida tenía 41 caracteres, por lo que le quitamos una parte de manera que quedaron 31. Y teníamos 5 casillas para alguna letra que no estaba en la frase y signos de puntuación. La frase la empezamos arriba a la izquierda y la fuimos ubicando en espiral en sentido horario hasta llegar al centro, donde se completaba con “punto” y una “coma”.

Teníamos código y teníamos soporte material. Me puse a la tarea.

A todo esto, ya estábamos a inicios de 1983 y pronto tuve la noticia de que en el mes de mayo estaba prevista una visita de los reyes de España (¡yo qué sé por qué!), y que iban a pedir mi salida. La justicia militar me había dado una condena de 10 años de cárcel y llevaba cumplido 10 años y 7 meses, más los 13 meses en la cárcel de Punta Carretas: ¡casi 12 años! Así que el plan fue el que terminó realizándose: hacía la bufanda, se la mandaba a mi familia como una manualidad (lo era), y cuando salía me reencontraba con la bufanda. ¡El código iba en la memoria, donde aún está!

Así fue como, en la casa parroquial del pueblo de mi padre en las montañas navarras, donde en esa época ya no habitaba ningún cura, sino que la alquilaban mis primas para ir los fines de semana y me la dejaron en préstamo después de disfrutarnos esa Navidad de 1983, con el frío de enero y al calor de un fueguito, fui decodificando el texto de la bufanda, punto a punto, leyendo con los dedos y anotando números en el papel, que luego se transformaban en letras.

La bufanda volvió conmigo a Uruguay y se ubicó en un rincón del placard hasta que la perdí. No sé cómo, pero en la vida fui cambiando de vidas y de hogares y en determinado momento me di cuenta que no tenía más la bufanda. Hasta hace unos 4 años, cuando fui al aeropuerto un diciembre a despedir a mi hijo que se iba al frío de los Pirineos. Y en su cuello, para el frío que lo iba a recibir, ¡llevaba la bufanda!

La bufanda volvió a viajar a las montañas y luego regresó a su lugar de origen. En este momento está de actriz central en documental que tal vez algún día salga a la luz y que le dará vida a este relato con algunas imágenes. Para lo que me volví a construir un telar de clavos que descansa, junto a varias herramientas, en mi improvisado taller.

A mi hermano

Una madrugada me sacaron del calabozo y me bajaron a la sala de tortura. Era Montevideo, 1972, en Artillería No. 1, conocido como cuartel de La Paloma. Sería julio o agosto. Hacía mucho frío. Ya llevaba tres meses preso, ¿qué me podían preguntar? Sorpresa: era un experimento. Enseguida noté que en la sala había otro compañero. No sabía quién era, no conocía su nombre, nunca le había visto la cara. Los dos encapuchados, esposados a la espalda, no sabíamos nada uno del otro. El experimento, la diversión, consistía en preguntarme a mí y torturarlo a él. Si yo no hablaba o si respondía con evasivas, lo torturaban. Antes le explicaban que lo hacían por mi culpa, porque yo me negaba a contarles lo que sabía. Mientras lo torturaban el compañero me gritaba que no hablara.

A mí me daba vergüenza mantener silencio. Pero sentía que si hablaba era como decirle que su dolor y su coraje no valían nada.

Así pasaba una media hora. Después cambiaban. Le preguntaban a él y me torturaban a mí. Traté de estar a su altura. Era lo menos que podía hacer, por él, por mí.

Imposible saber cuánto duró el experimento. Los torturadores se divertían cambiando de torturado. Avanzada la madrugada, cuando los divertidos oficiales se fueron a descansar, los dos estábamos empapados, deshechos. Nos arrastraron escaleras arriba y nos tiraron en el piso del calabozo. Teníamos, no obstante, algo de satisfacción. Habíamos terminado empatados, no consiguieron sacarnos nada, más que gritos, a ninguno de los dos. Y teníamos, los dos, algo nuevo, que los torturadores no sospechaban que acababan de darnos. No nos conocíamos, ni siquiera sabíamos cómo se llamaba el otro, y esa noche nos hicimos hermanos.

Muchos años después, en Paysandú, en su casa, tarde en la noche, lo recordamos. Fue breve, unos segundos. No nos dijimos nada. Todo había quedado claro hacía tantos años. Solo nos tomamos de las manos y nos las apretamos, como hacen dos hermanos viejos que ya no necesitan decirse nada. Hablo de Carlos Caillabet, a quien dedico este pequeño texto. Gracias por tu ejemplo, que todavía me ayuda, medio siglo después.

El Chacho

Sucedió hace mucho, hace muchísimo tiempo.

Fue durante el crudo invierno de 1972, cuando a la incomodidad del clima se le sumaba la represión desatada por las Fuerzas Conjuntas contra nuestra guerrilla. La mayoría andábamos a salto de mata, literalmente hablando.

Un día, luego de una madrugada helada y húmeda, cuando desperté en pleno Parque Lecoq dentro del nylon tubular y una frazada mora, me percaté de que no sentía mis piernas: de la cintura hasta las puntas de los pies mi cuerpo se había convertido en una masa inerte. Asustado, le advertí a un compañero que hacía guardia a pocos metros: “Hermano, me congelé, no me puedo mover.”

El tipo se levantó como un resorte y acudió a mí en dos zancadas. Me agarró de los sobacos y tironeó para sacarme del tubo de nylon. Despertó al Pepe que estaba descansando a pocos metros y, entre ambos, comenzaron a masajearme las piernas. Poco a poco, aparecieron como agujetas debajo de la piel y al fin los músculos comenzaron a obedecer las ordenes cerebrales. El Pepe me ofreció un trago de grapa miel y veinte minutos más tarde estábamos desayunado un espumoso capuchino con galletas en un bar de taxistas y de camioneros.

Ni bien amaneció me convencieron que tendría que pasar unos días bajo techo. Dormir a la intemperie me tenía a mal traer por el frío y por una bronquitis congénita. Así las cosas, al atardecer, una compañera me llevó a un apartamento por la zona del Palacio Legislativo; allí vivía un matrimonio con una hija pequeña de dos años y medio, de rostro vivaz y con ganas de conversar a cada instante. Sus padres le dijeron que yo era un “Muchacho” y desde entonces, para ella siempre fui, simplemente, “Chacho”.

Como el apartamento era muy pequeño no había manera de evitar estar juntos y cruzarnos continuamente. Además, como los dueños de

casa trabajaban, me pasaba mucho tiempo acompañando a la niña y jugando con ella. Al cabo de unas horas, la pequeña se convirtió en mi sombra.

Un día, de tardecita, los padres de la niña llegaron casi juntos de sus trabajos y mientras se quitaban los abrigos los noté nerviosos y algo alterados.

—¿Qué sucede? —pregunté—¿Hay moros en la costa?

— No, no es eso —dijo ella—. Es que en un ratito vienen mis padres a visitarnos y a ver a su nieta. Vas a tener que esconderte.

Al poco rato, ni bien sonó el timbre del portero, me fui al único cuarto del apartamento donde dormía el matrimonio y, en una cuna grande, la niña. Cerré la puerta y me metí debajo de la cama de los compañeros. Desde mi escondite se oían sin dificultad todas las conversaciones: “Cómo están pasando. Qué frío y tu padre tuvo que ir al dentista y lo paró una patrulla militar y no sabés lo que le pasó a tu tía Mirta, le anduvieron correteando por encima de los techos y se oyeron tiros y al otro día dijeron los vecinos que capturaron a unos tupamaros que vivían a la vuelta.” Y en eso sentí la vocecita de la niña que dijo:

—Vení, Abuela, quiero mostrarte algo— y casi al instante se abrió la puerta del cuarto y oí su reclamo:

—¿Chacho? ¡Cha-cho!

Se hizo un breve silencio.

Yo contuve la respiración.

—¿Qué dice, mi amor?— preguntó su abuela.

—Nada, Mamá —respondió nuestra compañera—; tiene un amigo imaginario y juega con él.

Luego, los pasitos de la pequeña se hicieron más evidentes. Veía sus pies y las pantorrillas caminar siguiendo todo el borde de la cama; de pronto se agachó, me miró, sonrió como aliviada y me dijo otra vez:

—¡Chacho...!

Yo le hice señas de que se fuera y de que guardara silencio.

Los zapatones de su abuela eran visibles desde mi incómoda posición: caminaba detrás de la niña mientras le preguntaba ¿Estás segura que tu amigo está acá?”

—Sí, abuela, aquí está... agachate, agachate.

—Está inventando, Mamá— volvió a argumentar la dueña de casa.

Su compañero, viendo lo delicado de la situación, irrumpió en el aposento y con gran vozarrón anunció:

—¡Nos vamos todos a comer pizzas y una Coca-cola para mi niña; yo invito!

Sentí los aprontes, los ruidos en el baño, la llave en la cerradura y la voz de la niña que, antes de perderse en el pasillo, dijo:

—Pero yo quiero que venga el Chacho...

—Otro día—le respondió su madre—, otro día.

Esa niña, cuyo nombre nunca supe y a la cual jamás volví a ver, hoy tiene toda una vida detrás donde, probablemente, no quepa un solo recuerdo de aquellos tiempos duros. Y más allá de su inocencia y del “Chacho” que no pudo dar a conocer a sus abuelos por más que lo intentó, quizás un día se entere que la memoria no descansa y que mis recuerdos trajinan cada día y susurran como el viento allí afuera cuando se enreda en el follaje de los árboles.

Una mañana habitual

1980: Penal de Libertad.

En este frío invierno duelen los huesos y arden los sabañones.

De perfil, para no ser visto por la guardia, miro el amanecer desde la pequeña ventana de mi celda. Van apagando los reflectores exteriores que por las noches nos encandilan. Se oyen los gritos de un pelotón de fusileros navales corriendo alrededor del celdario. Equipados a guerra, corren y gritan a todo pulmón: *“hay muchos muertos”*, seguido de una frase que no distingo, pero que sin duda es una amenaza dirigida al enemigo. Es decir: a nosotros. En la próxima vuelta creo entender lo que gritan: *“Hay muchos muertos... y habrá muchos más”*. Algo así.

Lenta, la neblina se despeja y emergen las torretas con sus ametralladoras, las alambradas de púas y las formaciones de soldados con mochilas y palos que van y vienen.

A unos centímetros de mi cara, minúsculas gotas de agua se deslizan por los barrotes hasta donde estos atraviesan las planchuelas de hierro. Allí, en las soldaduras, la escarcha pinta puntos blancos sobre el herrumbre marrón. De repente, la cárcel despierta violenta y brutal.

Oigo los gritos de un compañero que enloquece y arremete a golpes contra la puerta. Retumban las voces de mando. Sanciones para los que no se levantaron a tiempo. Sanciones para los que tendieron su cama con alguna arruga. Sanciones para los enfermos que no pueden justificar su enfermedad o la justificación no es del gusto de los guardias. Sanciones y más sanciones. Estruendo de rejas y puertas al abrirse y cerrarse.

Un amanecer como cualquier otro. Sin embargo, gracias al fino oído de preso, en medio del bochinche distingo cercanos pasos de botas en la planchada. Son por lo menos dos o tres soldados. Los pasos se detienen frente a mi celda. *“Abra acá”*, ordena una voz. Chirria la llave en la cerradura. Corren la tranca y abren la puerta. Es el sargento encargado del primer piso. Estoy preparado. Con la cucheta prolijamente tendida y

de mameluco con todos los botones abrochados, las manos a la espalda y la mirada al frente como manda el reglamento. El sargento, un cuarentón morocho y achaparrado, desde el marco de la puerta me mide. A mí y a mi breve alrededor en busca de lo que no encuentra. Me ordena que apronte mis cosas y se marcha dando un portazo. Otra vez el retumbar de la tranca, el chirriar de la llave.

En estas cárceles no nos dicen por qué ni para qué debemos aprontar nuestras pertenencias. Solo sabemos que se trata de un traslado, con suerte, un cambio de celda por razones que luego intentamos descifrar. En uno de esos incontables trasladados me dijeron: “No apronte nada, donde va no precisará nada”. Así que esta vez, aprontar mis poquitas cacharpas, no es una mala señal.

A los pocos minutos, otra vez abren la puerta. Esta vez el que manda es un teniente que nunca había visto. Bastante joven, de mi edad. Unos treinta años. Debe tener tanto tiempo de milico como yo de preso. Todo hace pensar que cumple su turno como comandante de guardia. Sus ojos desbordan una perversa excitación. Con él tendré que lidiar, me digo entre resignado y alerta. Me pregunta si estoy pronto. Le contesto que sí. Me ordena salir de la celda y pararme en la planchada mirando la pared.

Salgo, dejo mis cosas en el piso y me paro con la nariz a unos veinte centímetros de la pared y las manos en la espalda. Dos soldados con garrotes me vigilan. El teniente entra a la celda. No demora mucho en salir. Me ordena darme vuelta.

-¿Cuántos años lleva preso?

-Ocho años, señor.

-¿Le queda mucho?

-Sí, señor.

-¿Qué hace todo el día?

-Estudio matemáticas... hago barcos con fósforos de madera, camino en la celda...

-¿De qué escribe?

-No escribo. No escribo nada, señor.

El teniente observa mis pertenencias. La flaca colchoneta enrollada y atada con la frazada mora gastada y zurcida, la bolsa de plastillera llena

hasta la mitad y el casco -de unos treinta centímetros de eslora y quince de manga- de una goleta antigua que construyo desde hace más de un año pegando entre sí fósforos de madera con cola plástica.

-¿Esas son todas sus *cosas*? –me pregunta mirando mis *cosas* como quien mira cucarachas muertas. Con la punta de sus botas tanea la bolsa.

-Sí.

-Sí, señor –me corrige.

-Sí, señor.

-Usted no tiene nada.

-No, señor.

-No señor ¿qué?

-Que no tengo nada, señor.

El teniente se me planta adelante. Es un ansioso. No fue entrenado para esperar. Quiere que yo reaccione. Pero soy un preso con experiencia así que sigo mirando fijo un punto por encima de su hombro. Yo sé que quiere este teniente. Quiere mandarme unos meses al calabozo y yo no estoy dispuesto a darle el motivo. Él tendrá que inventar un motivo. Por lo menos que se tome ese trabajo. El teniente me mira mientras se rasca la nuca. Parece preguntarse qué pienso. Quiere odiarme. Quiere pensar que si yo pudiera, lo mataría. Pasan unos segundos y de repente me grita:

-¡Usted, es nada!

Yo, callado, con cara de preso. Sin demostrar ni servilismo ni rebeldía.

-¿Es sordo? ¿No oyó? - dice con su cara tan cerca de la mía que siento su aliento a tabaco y yerba. Un aliento agrio después de una noche de guardia.

El teniente dobla la apuesta. Aunque no lo diga sé que me amenaza con dos o tres meses de aislamiento en un oscuro y frío calabozo por “intentar agredir de palabra a un señor oficial y pretender burlar su buena fe”. Lo desconcierto con una chicana que él no esperaba.

-Si, señor. Soy nada, señor –digo con voz firme y alta como exigen los militares. No hay dudas: estoy ganando, pero cuidado, el teniente todavía puede tener algún recurso. Porque los oficiales entre ellos se cuentan sus verdugueadas y las repiten.

-¡Agarre sus porquerías! ¡Camine!– me grita con un ademán como

quien espanta un perro y le da un par de patadas a mi colchoneta mientras señala con el brazo hacia donde debo ir. Cargo la colchoneta al hombro, la bolsa en la otra mano y la goleta bajo el brazo. Protegida con cariño que es con lo único que puedo protegerla.

Cruzo la planchada flanqueado por los dos soldados, el teniente camina adelante y el sargento detrás. Con un portazo me encierran en una celda del ala de enfrente. Por si regresan guardo la goleta debajo de la cucheta. Si vuelven la encontrarán. Ya me destruyeron una a pisotones y patadas. Permanezco un rato en posición de firme. No vuelve ni el teniente, ni el sargento, ni los soldados. De momento evité una calabocada que últimamente suelen terminar con el linchamiento del preso. Y, salvé mi goleta. No es poca cosa. He empezado bien el día. Las basureadas no me afectan.

En la cárcel, para no enloquecer, se deben sacrificar reacciones naturales de la vida en sociedad. En la cárcel uno aprende que nada ni nadie puede humillarte sin tu consentimiento. Pero también, debo decir, que en la cárcel se pierde algo irrecuperable. No sé qué es. Tal vez sea una forma de sonreír, una forma de mirar, o de hablar. O de sentir. No sé. Sí sé que esa pérdida duele para siempre. Es el dolor del sobreviviente.

La familia de un preso

Hacia fines de la década de los 60's, Alfredo y yo decidimos casarnos. Él vivía en el Paso Molino y yo en Las Piedras. Una semana después de la boda, emprendimos una aventura: irnos a vivir a Colonia del Sacramento, lejos de nuestras familias. Se dio así porque Alfredo ganó un concurso para trabajar como agrónomo en el Centro de Investigaciones Agrícolas "La Estanzuela", cerca de esa ciudad. Para allá arrancamos, sin equipaje y sin pensarlo demasiado, llenos de juventud, energía y sobre todo muy enamorados, a estrenar una nueva vida.

Nuestra vida en Colonia transcurría tranquilamente. Atrás había quedado la militancia estudiantil, las manifestaciones, la represión a obreros y estudiantes, los policías a caballo repartiendo sablazos, los gases lacrimógenos, los "guanacos" escupiendo chorros de agua y las "chanchitas" llevándonos a las comisarías.

En esa época de dicha coloniense, yo trabajaba como profesora del liceo de Colonia y Alfredo, además de su trabajo, jugaba al básquetbol. Ambos militábamos en el Partido Socialista local y participamos en el proceso fundacional del Frente Amplio. Pocos meses después, en junio de 1971, nació nuestro primer hijo, Sebastián. Fue creciendo entre partidos de básquet y reuniones políticas.

En la primavera de 1972 supimos que estaba embarazada. El embarazo fue transcurriendo sin problemas. Pasamos el verano muy bien, pero pronto empezaron a aparecer nubarrones en el cielo político. Las fuerzas armadas empezaban a tomar protagonismo. El 27 de junio del 73 se produjo el golpe de estado cívico-militar. Disolvieron el parlamento y se desató una feroz represión contra quienes manifestaban su oposición. Las calles se llenaron de tanques, jeeps, camiones blindados, caballos y soldados armados a guerra. Se decretó la huelga general por tiempo indeterminado y la ocupación de los lugares de trabajo y de estudio. La

represión quedó, de esta manera, establecida en todos los frentes: en la calle nadie podía circular, se detenía y torturaba a los opositores, los locales estudiantiles y laborales eran desalojados por la fuerza.

En esos días de convulsión social y represión teníamos que emprender el viaje a Montevideo para dar a luz. El ginecólogo decidió inducir el parto para el sábado 14, cuatro días antes de la fecha estimada. Las razones tenían que ver más con la situación de caos y represión que con el estado de la “paciente”. A esa altura había hospitales ocupados, falta de combustibles y el transporte público escaseaba.

El 11 de julio, después de dos semanas durísimas, se levantó la huelga general y la represión recrudeció. Todo eso influía en nuestros ánimos. Nerviosismo, miedo, mucho miedo, cada poco yo tenía contracciones previas al parto. Así vivimos los últimos días antes de la fecha señalada. Finalmente llegamos al sanatorio, se realizó la inducción y poco después nació Lucía. Por si era nena ya habíamos elegido ese nombre inspirados en la canción de Serrat. Parto bueno, parto feliz y enorme alegría en nuestro núcleo familiar y allegados. Un rayo puntual de luz entre la horrible oscuridad.

Pocos días después, regresamos a Colonia a retomar nuestra vida. Tres meses de calma, de dicha familiar, hasta que el terror llegó a nuestra casa y se instaló por años en nuestras vidas.

El 16 de octubre del 73, estábamos durmiendo Alfredo y yo; Lucía, de tres meses, lo hacía en su cunita. Sebastián no estaba. Esa madrugada, a la hora 2, golpearon la puerta de nuestro apartamento y entraron brutalmente unos diez soldados armados a guerra, con metralletas y un variado muestrario de artillería. Allí nomás le dieron a Alfredo una brutal paliza, y mientras unos lo golpeaban, otros revisaban y desparramaban todo lo que encontraban a su paso. Lo llevaron encapuchado, esposado, a patadas y a empujones. Con las pocas palabras que pudo -con dificultad articular- trataba de consolarme diciéndome que no tenía nada que ver, que pronto volvería. Ese “pronto” fue muy largo.

Quedé sola con Lucía. Estaba aterrada e inmovilizada, esperando que amaneciera. No teníamos teléfono, así que también estaba incomunicada. A la mañana siguiente me enteré que se había hecho un gran operativo

en toda la ciudad, y que habían detenido unas treinta personas. Colonia había dejado de ser la ciudad tranquila que había sido hasta esa fecha. A partir de ese día, mi vida tuvo un giro de 180 grados. Comenzaron mis peregrinaciones al cuartel, debía continuar dando mis clases y atender a mis dos pequeños hijos. En esos terribles momentos, nunca faltaron los amigos solidarios, siempre dispuestos a dar una mano.

Los familiares de los detenidos nos acercamos para intercambiar noticias y consuelo. En el cuartel no nos daban información o nos mentían. Todos los días esperábamos la llegada de ellos y yo, de Alfredo.

Llegó diciembre y yo continuaba sin saber nada de él. El único “contacto” que tenía era llevarle la comida. Todos los días iba en mi autito, un Standard de 1941, al que denominábamos la “vaquilla”. Me era de gran utilidad para los viajes al cuartel todos los días y trasladarme con los dos chiquitos. En una de esas idas, me ordenaron entrar en una oficina y me dijeron que, por orden del juez militar, me tenían que requisar el auto. Cuando salí, la “vaquilla” ya no estaba. Llorando desconsolada, indignada, ultrajada, caminé muchas cuadras hasta mi casa, rumiando que además de quitarme a mi compañero, también me robaban mi autito, el único bien material que teníamos.

A mediados de diciembre pude ver a Alfredo por primera vez. Estaba horrible, flaco, demacrado. Recién hacía un mes que había salido de la tortura. Nos tratamos con ternura, pero él estaba muy tenso y yo alegre por verlo, pero resignada. Hasta el día de hoy él no se acuerda de ese encuentro.

Terminaba el año y se me planteaba el problema de qué hacer con mi vida. Yo tenía mi trabajo en Colonia, la familia lejos y solamente con mi sueldo de profesora no podía mantenerme. Entonces resolví volver a Las Piedras y vivir con mi familia. De esa manera, el núcleo quedó conformado por mi madre, siete hijos y dos nietos pequeños. Ellos les darían cariño, cuidados y contención a los gurises, durante las largas horas de mis viajes a Colonia.

Un día me informaron del cuartel que Alfredo había sido trasladado al Penal de Libertad y que pronto lo podría visitar. Pocos días después, en sentido contrario, una terrible noticia: al día siguiente de llegar al Penal,

Alfredo amaneció con hepatitis. Estaba aislado y no podía recibir visitas. Ahí saqué la conclusión de que cuando lo visitamos en el cuartel, ya estaría incubando la enfermedad. Otra vez sin verlo, meses sin conversar, sin poder darle apoyo.

Dos manos temblorosas se querían tocar, un vidrio grueso se interponía. Nervios, sonrisas, lágrimas. Ver bien a Alfre fue maravilloso. El diálogo era errático, no podíamos salir de “¿cómo estás, mi amor? Finalmente conseguimos encauzar la charla, pese al teléfono y las permanentes pasadas de vigilancia de un sargento del lado de los visitados y de la terrible Amanda del lado de los visitantes. Esta era un siniestro personaje, especialista en “verduguear” a los familiares y, con especial sadismo, a nosotras y a los niños. Yo me sentía muy bien, a pesar de la presión y revisión a que había sido sometida en la previa. Esto ocurrió en abril de 1974.

La visita siguiente era con los niños.

-Mami, no me gustó la visita. Papi está todo pelado y había muchos perros furiosos que nos ladraban. Yo tenía mucho miedo y Lucía no paraba de llorar- comentó Sebastián al cabo de la primera visita.

Es que, a Lucía, de menos de un año, en la revisión le habían quitado hasta los pañales para asegurarse de que no entrara material subversivo.

Así se fueron repitiendo las visitas durante años, cada dos semanas y con los niños una vez por mes. Siempre la misma angustia previa y mezcla de tristeza y alegría posterior a los encuentros. Muy pronto volvía el desánimo.

Un día, estando en casa en Las Piedras, recibí una citación para presentarme en el cuartel de Colonia. Me dio mucho miedo. Pedí a mi suegra y su hermano que me acompañaran por las dudas. En el cuartel, un par de oficiales me hicieron un duro interrogatorio, me metieron mucha presión tratando de involucrarme. Se dieron cuenta que yo no sabía nada y no tenía nada que ver. Me dejaron ir. Salí muy aliviada, me abracé con mis queridos acompañantes y regresamos tranquilos y contentos de Colonia a Las Piedras.

En el año 75 comencé a sentir directamente la persecución. Recibía frecuentes amenazas anónimas. Esto me obligó a dejar Colonia rápida y

definitivamente. En 1976 conseguí redondear un número razonable de horas de clase, haciendo un *tour* por cuatro liceos: el público y el San Juan Bosco de Las Piedras, el liceo de La Paz y el Crandon de Montevideo. Enorme sacrificio, todo el día y todos los días viajando y dando clases. Pero lo importante era pasar lo más inadvertida posible y poder continuar con mi trabajo, ya que la represión a nivel de la enseñanza se iba endureciendo cada vez más. Terminé el año tan agotada que renuncié al Crandon. Al año siguiente me concentré entre La Paz y Las Piedras. Por suerte mis hijos estaban bien cuidados por mi familia, aunque sufrían mucho por la falta de su padre y estar tanto tiempo sin su madre.

En 1978 me echaron de los liceos públicos de La Paz y Las Piedras. Solo pude mantener las horas en San Juan Bosco, lo que significó una gran disminución en mis ingresos. Poco después, me informaron que Alfredo concurriría al juzgado, una tétrica casona en la calle Lauro Müller, donde operaba el pomposo Supremo Tribunal Militar, que le confirmó los cinco años de pena. Antes de que volviera a la capucha, a las esposas y al camión, nos permitieron verlo cinco minutos a mi madre, mi suegra y a mí. Emoción, alegría, abrazos, besos y después... su regreso a las rejas.

En noviembre de 1978 Alfredo recuperó la libertad y nos fuimos a vivir al Paso Molino, en la casa de su madre. Breve alegría en el barrio y la familia, pero pronto regresaron las angustias, el hostigamiento y la presión. Horrible su primer contacto con la realidad del “afuera”. Para completar, me echaron definitivamente de la enseñanza.

Un día citaron a Alfredo para presentarse en el juzgado militar sito en la tétrica casona.

-Vamos a escaparnos, Alfre, no vayas nada- le rogaba yo angustiada, aferrándome a él sin soltarlo.

-Dejame ir, si me citan es que no hay nada grave, si fuera algo serio me vendrían a buscar.

-Dale, escapémonos- yo le insistía.

-No, me voy a presentar, si nos vamos es peor. Además, no tenemos guita para irnos.

-Bueno, voy contigo.

Llegamos al juzgado aterrorizados. Nos atendió un secretario que se

las daba de piola, un mediocre y repugnante sujeto.

-No se preocupen, no pasa nada, los convoqué sólo para comunicarles la deuda.

-¿Qué deuda?- preguntó mi compañero.

-Señor, la deuda por gastos en su estadía en el Penal. Lean aquí, por favor.

Leímos el comunicado: “Por concepto de alojamiento, alimentación, atención médica, uniformes y cortes de pelo usted debe pagar al estado la suma de *no me acuerdo cuántos pesos*”.

Intentamos protestar mientras mentalmente hacíamos la conversión de *no me acuerdo cuántos pesos* a dólares. Daba la friolera de 14.000 dólares.

-Pero yo trabajé en el penal y eso no me lo remuneran. Nos sacaron un auto y un terreno en la playa y eso no me lo reconocen- siguió protestando.

-Señor, todo eso no es conmigo. Firmeme aquí que reconoce la deuda.

Firmó y aún tuvo la osadía de seguir protestando, rojo de indignación.

-Yo le firmo, pero no tengo un peso, no tengo trabajo y menos aún esa inmensidad de dólares.

-No se preocupe amigo, este es un país libre y no se llevan preso a nadie por deudas. Si no fuera así yo estaría en cana hace rato- respondió sobradamente el tipo.

Salimos temblando, nos abrazamos en el parque y llorando nos hicimos una confesión que fue un pacto:

-Esta es la última que les bancamos, nos vamos a donde sea. Juntamos algo de plata, nos organizamos un poco y rajamos a comenzar otra vida ¿ta?

Poco tiempo después nos escapamos vía Brasil. Vivimos en Dinamarca, Mozambique, Nicaragua y Costa Rica. Logramos hacer realidad la promesa que me hizo Alfre años atrás, en una visita en el Penal: “Vamos a volar libres por el mundo”.

Miedo súbito

El 76 llegaría pronto a destino. Su andar lento y cansino así lo anunciaba. Miré por la ventanilla apenas entreabierta. En la próxima parada debía bajarme, Ellauri y Ramón Fernández, pasando la cárcel. Descendí. Una vez en la calzada, respiré hondo. Estaba cansado. Miré alrededor. Punta Carretas me ofrecía su silencio reparador.

La semana había sido intensa en la escuela. Era mi primera experiencia como maestro. La energía de mis veinte años me permitía afrontar con éxito los desafíos que a diario se me presentaban. Me sentía feliz en hacerlo, y así experimentar el goce de mi incipiente madurez. .

Ya en la vereda, acomodé la túnica sobre mi brazo derecho y colgué el portafolio en mi hombro izquierdo. Empecé a caminar, primero lentamente, luego más rápido ayudado por el declive que me regalaba la calle. Restaban tres cuadras para llegar a mi casa. Noche cerrada de un viernes de abril. Las copas de las frondosas tipas ocultaban con creces la escasa luminaria de la cuadra, desdibujando con su sombra los rieles hormigonados.

Di vuelta la esquina y doblé en la calle Parva Domus, flechada en ambas direcciones. Recta al principio en sus dos cuadras iniciales desde el bulevar, y sesgada a la derecha en su tramo final hacia la rambla. Al acercarme a la finalización de la cuadra algo me extrañó. El trecho que bajaba a la rambla estaba totalmente a oscuras. Una enorme boca de lobo me esperaba para engullirme. Así lo hizo con sus enormes fauces.

Sabía de memoria dónde pisar con firmeza, evitando las baldosas flojas y los desniveles de las entradas de los garajes. Iba pensando en ello, cuando una voz salida de detrás de un fresno me sobresaltó.

-¡Alto ahí! ¡Quédese quieto! ¡Arriba las manos!

En un principio, no creí lo que estaba escuchando. Pero al oír nuevamente esa tajante voz que venía desde mi izquierda, alcé las manos

sobrecogido de miedo. Mis dedos comenzaron a temblar. La túnica resbaló de mi antebrazo y cayó al suelo. Instantáneamente, me agaché para recogerla. Pero alguien la pateó lejos. Al levantar la vista, la sinuosa figura de un soldado se materializó desde las tinieblas. No estaba solo. Otros tres lo acompañaban. Habían bajado de un “ropero” bien camuflado en la espesura de la noche.

Uno de ellos me empujó contra la pared de la casa de la esquina. Trastabillé. Su manaza, de un tirón arrancó el portafolio de mi hombro. Giré la cabeza y vi cómo abría el cierre metálico, revolviendo su interior. Luego volcó el contenido en la vereda. Lápices, cuadernos, libros...

Otro me encañonó con su metralleta. Sentí la fría circunferencia de su caño oprimiendo mis vértebras dorsales. Preso de espanto, no atiné a moverme. Fui cacheado de arriba abajo. Me sacaron la billetera del bolsillo del pantalón, y de allí mi cédula de identidad.

-No es la persona que buscamos- dijo con voz áspera el que supuse era el oficial que dirigía la operación.

-Vuelvan al vehículo. Hay que seguir esperando a la persona requerida.

El oficial me devolvió de mala gana la billetera y el documento de identidad. Luego lo vi desaparecer dentro del vehículo. La puerta se cerró con estrépito.

Aún amedrentado, recogí mis pertenencias y las puse como pude dentro del portafolio. Levanté la túnica transformada en un informe trapo blanco.

Con paso vacilante me dirigí a casa. Al encender la luz del corredor, fui consciente de la experiencia vivida. Algo cambió en mí desde ese momento.

Aquel año de la “Orientalidad”

Julio de 1975. Nada presagiaba aquella mañana los acontecimientos en curso. Era un día frío y muy despejado en un invierno de poca lluvia y heladas muy grandes. Estaba preparado para la visita de familiares (éstas tenían lugar cada 14 días). Bien afeitado, con una remera bajo el mameluco para tener un algo de pinta de gente y el ánimo bien alto. Muchas ganas de disfrutar del momento en que vería a mis padres y a mi compañera, siempre esforzándome para que se fueran tranquilos por las dos semanas que nos separaban.

Al rato de regresar del locutorio un soldado gritó mi número en la reja de la barraca 1B, lugar de reclusión del momento. Me arrimé para escuchar un: “Tiene que ir al locutorio”. Intenté explicar en vano que ya había tenido visita, que debía ser un error. Al soldado le habían ordenado llevarme y así fue.

Rumbo a los edificios del frente, -aún convencido de que había un error en mi traslado- noté que desde el celdario estaban llevando hacia el mismo lugar a cinco compañeros más: Ernesto Vasconcellos, Fernando Mayans, Carlos Sánchez, Alberto Cía del Campo y Eduardo Bonomi. Los conocía a todos... me quedó claro que mi “clandestinidad” en la sección barracas había llegado a su fin.

Me interrogó el -en aquel entonces- mayor Ernesto Ramas, alias “El Tordillo”, junto a otros dos oficiales que nunca pude identificar. El mayor hablaba con una voz envolvente, suave, parecía un locutor de radio. Nada había en su voz ni en su apariencia que delatara que en realidad era una bestia de la OCOA que haría cualquier cosa para averiguar las puntas que le estaban faltando.

Querían saber sobre el secuestro de Homero Fariña, redactor responsable del diario Acción. Ese diario había sacado editoriales justificando al escuadrón de la muerte firmados por Julio María Sanguinetti y Jorge Batlle. Fariña fue secuestrado en febrero de 1972.

Desde el pique supe que era imposible que por mí llegaran al grupo que lo secuestró porque yo no formaba parte de él. En mi condición de chofer

me habían encomendado la tarea de trasladar una camioneta desde el lugar del “aprete” hasta el contacto que tenía por una calle interna de Malvín. Ahí la entregué tras un santo y seña y fin de la historia. No conocía al que se la llevó y, llegado el caso, diría que la indicación para trasladar la camioneta me la había dado un compañero que sabía había zafado.

En todo momento me llamaron por mi seudónimo. Me amenazaron con que si no hablaba me sacarían a la máquina y no les creí, es más, les dije que si lo hacían deberían hacerse cargo de lo que sucediera. No reconocí a ninguno de los que estaban afuera salvo a Carlos Sánchez, amigo de la vida y totalmente inconexo con el secuestro. Decir que no lo conocía hubiera dejado en evidencia que estaba mintiendo. A los demás no tenía por qué conocerlos y negué todo, incluso haber trasladado la camioneta que se usó.

EL TOUR CUARTELERO

A partir de ese momento lo primero fue contarles -a mi compañera y a mi abogada-, lo sucedido, cosa que si desaparecía del penal supieran por dónde venía la mano.

Vivíamos un período de “sancionismo”, un endurecimiento carcelario muy pesado (nadie tenía recreo) en el cual sólo salíamos de la barraca a tender ropa con un milico de acompañante y no había posibilidad de hacer deporte en exteriores. Comencé, como otros compañeros, a hacer gimnasia a escondidas en el baño para que, por si acaso, no me agarraran de guardia baja.

Fue otro martes, -también de visita y de mucho calor al mediodía- que me “flautearon” (trasladado a otro sitio). Tenía puesta muy poca ropa: una suerte de mocasines de tela que fabricábamos en la barraca, sin medias, calzoncillos cortos y una camiseta; arriba de eso el mameluco y nada más. Me llevaron a la isla (calabozos del EMR N°1), y al momento de llegar escuché voces de que un preso se había cortado y lo habían sacado de urgencia hacia la policlínica del celdario. Era Eduardo Bonomi, el Bicho. Había llevado embagayada una hoja de afeitar con la que se cortó en las muñecas. Oí también que estaba Alberto Cía, el Beto, que unos días antes se había cortado las venas del brazo. Así y todo lo sacaron conmigo. De ahí, 9 de setiembre, hasta el 26 del mismo mes, vivimos en el 6to de Caballería en una “heladera” -camión todo de chapa, en el que te cocinabas de día y te congelabas de noche-. Los interrogatorios incluyeron

picana, toda la gama de submarinos, secos y mojados, palizas y colgadas con las manos esposadas atrás. Por si fuera poco, impunidad mediante, metieron presa a mi compañera -para presionarme- y me la mostraron cuando la interrogaban sobre mí. Me habían sentado en una silla en la oscuridad del interrogatorio sin la capucha: “Si llegás a hablar sos boleta” fue la advertencia que me hicieron -con una pistola en la sien- mientras me obligaban a ver su cara asustada del otro lado de la luz. Había un poderoso foco directo a sus ojos para que no pudiera ver hacia afuera. Después me enteré, como especulaba, que esa misma noche la habían llevado a su casa.

En ese lugar, en una de esas noches de camión, caídos en el suelo por el plantón y el apaleamiento, el Beto me dictó al oído una carta despedida para su hermana. Le pedía disculpas; le explicaba que no podía dejar que lo enloquecieran y que tenía que matarse. En ese momento, al límite de nuestra resistencia, le expresé que tenía razón.

Una nota distinta: un rato antes del traslado nos llevaron a un stud y dejaron de custodia a un miliquito muy joven. Ahí estábamos esposados adelante y el muchacho nos pidió que nos sacáramos la capucha y que lo viéramos bien. Lo miramos a la cara y nos dijo -entre balbuceos y alguna lágrima- que vivía solo con su mamá y que por eso se había metido de milico. Había visto cómo nos daban palizas, que esos eran los “viejos” (denominación para con los oficiales), pero que él no intervino nunca. Pidió que lo miráramos bien a la cara para que, si en el día de mañana lo encontrábamos por ahí: no lo matáramos...

El día 19 de setiembre fuimos trasladados a la brigada N°1 de infantería, camino Maldonado Km 14.

Íbamos atados en el camión (el Beto y yo) con una cuerda muy abrasiva, de a uno, como salames. Al llegar nos tiraron del camión con una recomendación del oficial al mando para la soldadesca: “¡Estos son dos de los que mataron a los cuatro soldados!”. No se puede desmentir lo que dijo un oficial, pasa a ser verdad indiscutible; y así nos trataron. Traslados a dos calabozos contiguos nos ataron las piernas con la cuerda corta hasta el cuello y el cuerpo arrollado: o te acalambrás o te asfixiás. A esa altura ya no quería más y comencé a estirarme para ver si por lo menos me desvanecía y me aflojaban un poco. Se asustaron viendo que me estaba ahorcando y nos desataron a ambos. En ese cuartel fue pura máquina sin interrogatorios; máquina más máquina, y nuestros cuerpos sin comer, sin

baño, sin tomar agua... Hubo un respiro una noche en que un sargento se apersonó y manifestó que mientras él estuviera de guardia nos dejarían tranquilos. Como había escuchado que en el calabozo del costado había un compañero con hepatitis solicité ir al baño. Le pedí al sargento que me quitara las esposas para poder sacarme el mameluco. Me metí en la parte reservada al enfermo, pasé los dedos por la taza del inodoro varias veces y los metí en la boca con la esperanza de contraer hepatitis y lograr que me llevaran al hospital. Lamentablemente el contagio no era para mí.

Después de siete días terribles pintó trasladado. Antes de eso nos llevaron a firmar un papel en blanco, una hoja sin llenar. En el momento intenté una protesta, pero como venía la mano terminé firmando: ya no me importaba lo que escribieran. Ahí nos dieron manija entre burlas a que hiciéramos una denuncia internacional, que le contáramos a Michelini y a Gutiérrez Ruiz lo que nos había pasado. Y el mayor Ramas sentenció: "Ya les va a tocar a ellos". (Ambos aparecieron asesinados en mayo de 1976 en Buenos Aires).

Me entusiasmó la idea del flauteo, tal vez el regreso. Pero no, fue un terrible viaje a Colonia. Siempre estuvo a cargo de nosotros un suboficial mayor que vivía en pedo, un tal Silva, que usaba una cachiporra hecha de un tubo de cableado de unos 3 cms, de diámetro. El muy hijo de puta pegaba y pegaba y se gozaba con su risa demencial de borracho. Durante el viaje, la Chevrolet Veraneio en que nos trasladaban se quedó sin combustible. En plena ruta 1 nos dieron bruta biaba mientras iban con el vehículo de apoyo a buscar nafta. A poco de arrancar escuché el inconfundible sonido de ir pinchados... ¡Otra vez paliza sobre la ruta mientras cambiaban la rueda! Ahí dijeron que nos iban a soltar para aplicar la ley de fuga. Como siempre tuve mucha fuerza en los dedos me preparé a que me sacaran las esposas para clavarle la nuez hasta la nuca al que tuviera más cerca. Pero no fue así, tan solo un intento más de meternos terror. Seguimos entonces hacia el cuartel Nº 4 de Infantería, Colonia, en dónde viviríamos los últimos 15 días.

Estar sin esposas, sin capucha y tener un calabozo para uno solo era un lujo inesperado. El tiempo de recuperación lo dictó un médico militar que, luego de observarnos a distancia (teníamos un olor que debía dar mucho asco) sentenció: "Quince días". ¡Y en quince días desaparecieron todas las marcas de tortura!

Una mañana anunciaron que tendría visita de abogado: ¡Mi muy

querida Edith Wieder me había seguido los pasos! Al final no pudo ser, pero me tranquilizó. Poco más tarde prepararon todo para que me afeitara y bañara: ¡tenía otra visita! Igual que la anterior, se diluyó en la nada. Al rato me entregaron una bolsa de nylon con un cepillo y pasta dental, una camiseta, un calzoncillo, jabón de tocador y una pequeña toalla. Eso era obra de mi compañera. Tomar conciencia de que tenía tras mis pasos a dos perras de presa fue el estímulo que necesitaba para seguir con la cabeza levantada.

La lógica indicaba que si los mandos habían dicho en dónde nos encontrábamos era señal de que en poco tiempo nos devolverían al penal. Señal también para afuera: ¡estábamos vivos!

Llegamos así al sábado 11 de octubre, treinta y dos días en la vuelta, en que con mucha tranquilidad, casi que amablemente, nos prepararon para el último traslado. A esa altura, los cuatro calabozos de Colonia estaban ocupados por el Bicho Bonomi (a quién tardíamente juntaron con nosotros), el Nepo Wassen (uno de los nueve rehenes), el Beto Cía y quien tiene la suerte de poder escribir. Al volver, en la camioneta que nos regresaba, nos dimos cuenta por la inclinación del sol sobre la ruta que íbamos en dirección al penal de Libertad. Confirmamos nuestra suposición cuando el que conocía dijo: “doblá en el kilómetro 57”.

Cuando tuvimos la certeza de que nos devolvían al “hogar” comenzamos a golpearlos con muchísima alegría, rodilla contra rodilla. ¡El penal nos daba seguridad...!

Al bajar en la isla, sin capucha y sin apremios, barbudos y de pelo largo, se me ocurrió jugar a que esa isla era Cuba. Tuve la extraña sensación de estar en un balneario rodeado de paz y espacio libre. Como que hubiera podido quedarme a vivir ahí...

Veníamos de ser brutalmente torturados, en eso que tiene la máquina -tal vez lo peor sea eso- de que nunca sabés cuándo va a terminar, estás a merced de tipos que se creen valientes porque pegan, desaparecen, matan y violan -a hombres y mujeres atados y encapuchados- ¡con total impunidad!

Gran alborozo, estábamos nuevamente en casa.

Dedicado al Nepo, al Beto y al Bicho, los tres muertos...

Dos mil cuatrocientos

2400

Ese era el número que lucía mi padre en el pecho, en su uniforme. No recordamos si también lo lucía en su espalda, pero parecería una obviedad que así fuera. Si no, cómo iban a lograr identificarlo de atrás para, poder por ejemplo, amonestarlo. - Si por lo demás los habían despersonalizado tanto que eran inidentificables todos con sus mamelucos grises y sus cabezas rapadas a cero. -

2400 era el número que debía escribirse junto a su nombre, en las cartas o dibujos que le enviábamos y también, obviamente, en las que recibíamos de su parte.

También las fotos tenían que identificarse con el 2400 y en caso de que alguno de sus familiares figurásemos en la misma, debían figurar nuestros nombres, número de cédula de identidad y parentesco: Sara Ibarburu-2.617.257 -0, hija.

Aclaro eso de cuando sus “familiares figurásemos en las fotos” pues pese a que de eso se trataban el 99% de ellas, recuerdo alguna que no.

Al poco tiempo que se llevasen a mi padre de la casa en la que vivíamos (recién llegábamos del cumpleaños número 5 de mi primo Andrés, el 23 de agosto de 1977; a mi hermana también de 5 años y a mí de 3, ya nos habían acostado a dormir) con mi madre y mi hermana nos mudamos de allí.

Por eso hubo fotos sin nosotros; pues le enviamos algunas de la nueva vivienda (ya con muebles nuevos y todo) calculo yo que para que se fuese encariñando con su futuro hogar, al que iba a ir cuando “nos lo devolviesen”.

2400

Era el número de “ingreso al hotel” según bromeaban algunos de sus ex compañeros del Penal de Libertad, cuando los encontramos el día de la inauguración de un memorial en nombre de ellos.

Y en la posición 2400 está grabado el nombre de mi padre en ese memorial.

Por suerte no fueron 2400, los días que estuvo preso.
Fueron 1722.

14-05-19

FE DE ERRATAS

Luego de que mi padre leyera mi relato, y habláramos de ello, necesito aclarar que la palabra “amonestación” utilizada en el mismo, no refleja la realidad de lo que allí se vivía.

No existía la instancia de amonestación como tal. No había una advertencia o llamado de atención, previo a un castigo. Eso de alguna manera implicaría un tantito de humanidad, que no era precisamente lo que allí pasaba.

31-05-19

Dos por cabeza

En el Establecimiento Militar de Reclusión N° 1 (“Penal de Libertad”), el *celdario* tenía cinco pisos. Cada piso, con 102 celdas, como en un edificio de apartamentos, se denominaba por su ubicación: del 1° al 5°.

Se trataba de un edificio panóptico que tenía dos sectores, separados por rejas, que dejaban un espacio en el que se ubicaba una cabina, con una guardia permanente de soldados, que podían vigilar de un vistazo ambos sectores con solo girar la cabeza.

A su vez, los sectores estaban divididos en dos alas, enfrentadas y a su vez separadas, por un espacio abierto con una alambrada horizontal, bien tensada, para impedir caídas de objetos y/o seres humanos. Se clasificaban en izquierda y derecha según la posición de un observador militar situado en la cabina central.

Los pasillos que daban acceso a las celdas, circunvalaban los dos sectores y permitían la circulación de los carros metálicos con los que se distribuían la alimentación y otras cosas de cierto volumen: libros, paquetes, etc.

Por tanto, cada sector podía albergar unos 100 reclusos, dos por celda. Puede que, en algún piso, hubiera alguna celda más grande que albergara alguno más, pero si fue así, nunca la vi.

En total había unos 200 reclusos por piso. Excepto en el 2°. Allí había un sector en que las celdas eran individuales por lo que solo llegaban a ser 50.

Al llegar al Penal, a cada preso se le asignaba un número y, para facilitar su ubicación, se codificaba así: nombre, número, piso, sector (A o B), número de celda y letra que identificaba el ala (I o D).

La inmensa estructura del edificio, capaz de albergar unos 1.000 reclusos, estaba sustentada en columnas de hormigón que la elevaban y separaban del suelo que, de esa manera, conjuraban la construcción de evasivos túneles.

A mi llegada al Penal –y después de un fugaz pasaje por el primer piso– me reclassificaron y fui a parar al 2° piso. Al sector de las celdas individuales.

Allí estábamos casi como donados solo que, en vez de hábitos religiosos llevábamos uniformes grises, con número y distintivo de color (rojo).

La disciplina era un poco rígida. Eso sí, teníamos recreo o sea que, una vez al día, salíamos una hora al patio o a las canchas. Siempre y cuando no estuviéramos sancionados.

A veces nos convocaban para hacer alguna tarea: repartir el desayuno o el rancho o limpiar la *planchada*. En la celda podíamos leer y hacer manualidades.

Me adapté rápido. Por suerte, siempre me llevé bien conmigo mismo. Así que no tuve mayores problemas.

Cuando me dieron la condena definitiva, saqué cuentas y resultaba que, si cumplía la condena completa iba a salir a los 70 años.

Después de unos cinco años bajo ese régimen, un día me descubrí hablando solo. Me dije:

–“Héctor, ¿te estarás volviendo loco?”.

–“No”, me contesté, “los psiquiatras y psicólogos sostienen que, en estas condiciones, es hasta normal lo que me sucede”.

Para mi sorpresa, me di cuenta de que todo este razonamiento lo había hecho en voz alta.

Después de casi siete años, un día me trasladaron de sector. Permanecí en el mismo piso, pero en el sector en que las celdas estaban ocupadas por dos reclusos. A partir de entonces tuve un compañero de celda con quien hablar y compartir las largas horas de encierro.

Los militares –como el personaje de Molière “que hablaba en prosa sin saberlo”– son maestros en el manejo de los tonos y la sintaxis sin haberlos estudiado.

No es lo mismo preguntar: “¿Qué número tiene usted? que... “¡¡¡Usted!!!, ¿qué número tieneeee?”. Mientras la primera interrogación puede ser nada más que una pregunta casi cortés, motivada por cuestiones reglamentarias, la segunda presagia sanción segura.

Los soldados, a los que los oficiales les ordenaban: “¡Hay que controlar!, hay que controlar”, sin explicarles mucho más, no tenían ni la autonomía ni la capacidad de discernir qué había que controlar.

La participación en pequeñas tareas dentro del *celdario*, aunque rutinaria, no estaba exenta de tensiones.

Sobre todo, en épocas de *aprete*. Días en los que, por algún motivo, la disciplina se hacía más rígida y el control sobre la población reclusa más exigente. Los años de reclusión permitieron que me preparara

para este tipo de situaciones y me enseñaron a dar respuestas rápidas y contundentes. Que terminaban en sanción. O no.

Hubo algunos casos en que se supo la causa del nuevo tipo de control. El vertido de parte de la comida servida a los reclusos y que estos, sin mucho miramiento y sin esperar a que se recogieran las sobras, tiraban por el váter (taza, en realidad) provocaba el atascamiento de las cañerías. Esto hizo que se instaurara “el control de huesos en el rancho”.

Durante los meses en que duró dicho control, la guardia anotaba el número de huesos que se entregaban en cada celda con la comida; se trataba de carne asada o carne incluida en el guiso.

El recluso que servía la comida que contenía huesos, informaba al guardia encargado de controlar, el número de huesos que entregaba y este lo anotaba. La tensión surgía porque, al recoger las sobras –si se había informado o anotado mal– el número de huesos devueltos podía no coincidir con los registrados.

Si era mayor que el registrado no había problema; siempre podía pasar que, al ser mordisqueado o chupeteado, un hueso perdiera un cartílago que lo unía y se hubiera dividido en dos. Pero, si en una celda faltaba un hueso, los reclusos se arriesgaban a ser sancionados. O sea que se toleraba el exceso, pero no el defecto.

Alguna vez se pudo salvar la situación entregando un hueso, ya blanqueado, destinado a hacer manualidades (anillos, medallones, etc.) que anduviera por la celda a la espera de ser tallado.

En una oportunidad, en la fila que formábamos para regresar del recreo me sonreí. Probablemente –y aunque estaba prohibido hablar en formación– por algún comentario jocoso que hizo alguien dos o tres lugares más atrás. El guardia, en su afán de controlar y en un tono inequívoco, me espetó:

–¡Usted!, ¿de qué se ríe?

Rápido, contesté:

–De algo que pensé.

Estaba preparado para responder a la siguiente pregunta que el soldado no formuló:

–¿Y en qué pensó?

–Control de huesos en el rancho, sí; control de pensamientos, no.

Aunque terminara sancionado.

Era ese excesivo control lo que generaba incidentes. En una oportunidad el soldado que cerraba las ventanillas después de servido el rancho, vio

que, sobre la mesa de hormigón de la celda, había quedado el plato de guiso humeante recién servido y que el recluso se estaba comiendo la manzana que le habían entregado. Lo sancionó “por alterar el orden lógico de las comidas”.

Los reclusos que ocupaban los pisos superiores participaban en tareas colectivas. La principal y más importante era la de cocina. Se encargaban de preparar desayuno, comida y cena para todos los reclusos y también para los soldados del cuartelillo que cumplían las tareas de vigilancia y custodia de los presos.

Para los presos, sea por el encierro, la imposibilidad de elegir o por ansiedad, la comida adquiere una importancia fundamental. Y siempre estaban dispuestos a quejarse.

En conocimiento de ello, los compañeros que trabajaban en cocina –sabiendo que los del 2° piso eran los más verdugueados– trataban de enviar comida abundante y en buenas condiciones. A su vez, aquellos a los que les tocaba repartirla en su propio sector, intentaban que se distribuyera toda. Con equidad, pero tratando de que no sobrara nada, para no dejar en evidencia a los compañeros de cocina.

Al comienzo de los tiempos, se repartía un pancito con el desayuno. Tengo entendido que los compañeros que trabajaban en cocina propusieron, a las autoridades militares del Penal, elaborar cruasanes utilizando la misma harina que se utilizaba para el pan. Bastaba con agregarle algo de grasa de la que siempre había y hasta sobraba en cocina.

Al aceptarse la propuesta, los reclusos encantados y los soldados del cuartelillo también. En épocas de penuria económica, como se dieron durante la dictadura, no muchos uruguayos podían desayunar un par de cruasanes diarios.

En esos días de control exasperado los del 2° piso seguíamos haciendo las tareas rutinarias. La distribución de la comida era una de ellas.

Los que éramos seleccionados para repartirla –a veces nombrados por el sargento Encargado de Piso, otras veces elegidos al azar por un soldado– siempre sabíamos el número de compañeros que había en el sector.

Alguna vez faltaba uno que otro y no llegábamos a los 100. Sea porque alguno estaba en el Hospital Militar internado por enfermedad o incomunicado por sanción en la Isla (celdas de castigo fuera del *celdario*) o de paseo por algún cuartel porque le había “saltado” alguna causa más que podía agravar su condena y lo estaban interrogando para que “colaborara” a esclarecer su situación.

Cuando tocaba guiso no había problemas. Bastaba con pedir: “Plato hondo” y servir hasta rebosar, lo más denso y sustancioso del inmenso tacho metálico en el que venía. Si sobraba un poco de caldo no importaba. No se permitía repetir, porque una vez que los presos habían terminado el reparto de la comida, se iban a comer y después salían nuevamente solo para recoger cubiertos y sobras.

Con los alimentos que venían por unidad, era cuestión de determinar, a ojo –y cuando se encaraba el último cuarto de *planchada*– si iban a sobrar y dar alguna unidad más de las que correspondían.

La cuestión se complicaba cuando había que repartir pastel de carne o puré de papas o pasta o ensalada. Como venían en bandejas planas más o menos cuadradas, se trataba de dividir de forma equitativa las porciones y que no sobrara nada. Pero había ocasiones en que el número de reclusos era primo.

Llegué a odiar el 47 en el sector de celdas individuales y el 97 en el sector en que estaban de a dos. Tampoco el 46 me caía simpático porque, utilizando los utensilios para servir, si dividía la bandeja en dos trazando una línea media, me aparecían dos 23 de cada lado y... ¡cómo dividir un rectángulo en 23 cuadrados! Más difícil que la cuadratura del círculo.

En fin, de alguna manera, me las arreglaba.

Para servir el desayuno bastaba con dos presos. Como mi compañero y yo ocupábamos una celda cercana al lugar por donde, desde cocina, llegaba el tacho de avena o café con leche y los cruasanes, algunas veces nos sacaban para repartirlo.

El día en cuestión nos tocó un soldado controlador. Se encargaba de cerrar la ventanilla de la celda en la que habíamos servido y verificaba la recepción de los alimentos por parte de los presos que la ocupaban.

Yo entregaba los cruasanes. Como detecté que habían venido más de los que correspondían por número de reclusos, a la mínima distracción del guardia, entregaba un par de más.

Todo iba bien hasta que el soldado comprobó que en una celda, había solo un recluso. En un tono inequívoco me dijo:

–¡Recluso! son dos por cabeza.

–¡Sí señor! dos por cabeza; cuatro por celda.

Quedó pensándolo.

Y no hubo consecuencias que lamentar.

El invierno había llegado.

Sentados en el último asiento de un 68 de AMDET, muy entrada la noche, íbamos rumbo a casa, era fines de mayo de 1973 y hacia un frío invernal. El invierno había caído sobre la ciudad, y nos amenazaba el invierno político que el Uruguay iba a vivir a partir del 27 de junio, día en que el gobierno aboliera el parlamento y la persecución política se extendería en forma continua, cual una mancha de aceite, a toda la sociedad.

La noche resultaba más oscura y fría por el nerviosismo que vivíamos, todos aquellos que nos planteábamos poner cara a los dueños del país en defensa de los trabajadores y los humildes. La inseguridad ya estaba instalada y solo el ardor de nuestro deseo mantenía el calor en nuestros cuerpos.

Ya hacía años, que el silencio, característico de una ciudad que duerme, era interrumpido por las detonaciones y las sirenas. La represión no duerme.

Una noche al entrar en la casa de mis padres encontré a mamá detrás de la puerta observando hacia afuera.

- Sentí tiros y sirenas y me levanté a ver qué pasaba, sabes, por si acaso.

El "si acaso" quedó en el aire. Estaba claro que temía por mí. Se me encogió el corazón, pero, tenía poco más de veinte años; no lo pensaba, pero sentía que no me iba a pasar.

En esos momentos, nadie piensa que a él o ella es a quien le va a pasar. Esa certeza congela. En general sabemos qué va a pasar, pero en el fondo algo nos hace sentir que no será a nosotros. Esperamos que el saldo de muerte, que toda oposición al despotismo trae aparejado, será cubierto por alguien que se nos aparece como una abstracción.

Por eso, esa noche que íbamos, hacia nuestro reciente apartamento, había también cierta despreocupación en mí.

Llevábamos quince días viviendo allí. Eso, en parte, me hacía creer que era posible que nuestra nueva residencia fuera invisible para la represión. De todas maneras, antes de entrar, dábamos varias vueltas por las calles vacías del vecindario en donde habíamos alquilado. Una zona de clase media, fundamentalmente de viviendas de familia a media cuadra de una avenida de alta circulación como es la Avenida Rivera, a la altura del Planetario.

Nos levantamos y bajamos.

- Ese que baja con nosotros, subió con nosotros – fue la señal de alerta de ella.

- ¿Segura?.

- Por supuesto flaco, tratemos de despistarlo.

Hacia días que manteníamos la obsesión de que nos podían estar siguiendo, había una alerta generalizada que nos hacía sospechar de quien pasaba a nuestro lado o se bajaba junto con nosotros de un ómnibus. Al subir a un bondi siempre chequeábamos quien había y controlábamos si se bajaban antes, si se miraban con alguno que subía, y si al bajar, nos acompañaba alguien nos deteníamos en la primera vidriera a hacer tiempo, entrábamos en un bar al baño o dábamos marcha atrás.

Comenzamos a caminar hacia las calles interiores del barrio, en sentido opuesto a donde se encontraba nuestro apartamento. Quien había bajado con nosotros salió detrás nuestro. Nos detuvimos y tuvo que pasarnos, arrancamos en sentido contrario y él también lo hizo, no había duda, era a nosotros.

Comenzó una pequeña carrera. Caminar buscando la oscuridad, doblar buscando donde escondernos, volver a doblar, una y otra vez, y él allí detrás nuestro.

Estaba claro que no pretendía ocultar que nos seguía. Esto debió alertarnos, pero no lo hizo. Lo atribuimos a que era burdo su seguimiento. No era así. Tiempo después comprendí qué buscaba.

Tampoco había prestado atención a la advertencia de mi madre, unos pocos días antes cuando pase a saludarla y me dijo:

- Tené cuidado, hace un par de días un vehículo del ejército recorrió la cuadra dos veces, parecían buscar algo y, dentro, iba alguien de civil con

un casco, que me pareció conocido. Me llamó la atención.

Esto también lo entendí luego en la soledad de la celda de interrogatorio, encapuchado y esposado.

Dábamos vueltas y no lográbamos poner distancia. Decidimos correr, doblar y correr. Cuando estábamos en eso, al doblar, un zaguán abierto, nos metimos, y pegados a la pared, en la oscuridad, esperamos con la esperanza que no nos viera. Al rato apareció, y miró hacia adentro. Nosotros lo vimos, pero aparentemente él no. Siguió. Esperamos, una espera interminable. Imposible saber cuánto tiempo. El tiempo solo es real si miramos el reloj, sino los minutos parecen horas o las horas, minutos, dependiendo de la situación.

Al fin nos atrevimos a arrimarnos a la puerta. Lentamente miramos hacia fuera.

Encontramos la noche oscura y fría, más oscura y fría de lo que parecía al bajar del ómnibus. Decidimos caminar hacia la casa. En total silencio hicimos las cuadras que nos separaban de ella. No había que comentar, era claro lo que había pasado. Pero éramos jóvenes y con el paso de las horas se nos instaló de nuevo la sensación de “todo bien”.

Al otro día fuimos a trabajar y a la facultad, hicimos nuestra rutina. Ella compró una cortina para el baño que nos faltaba; nos encontramos a la noche, nada especial, decidimos ir a casa. Con cuidado pues, la sensación de temor había disminuido, pero no habíamos olvidado lo pasado.

Nuevamente el 68, pero, por mi parte más alerta que el día anterior.

Frio, tarde, dos o tres en el ómnibus además de nosotros, nadie se movió cuando nos levantamos. La calle, desierta. No era para menos, la ratonera ya estaba montada.

Nos habíamos bajado una cuadra antes de lo habitual, estábamos solos en el ómnibus, y no había nadie en la acera.

- Que te parece si en lugar de ponernos a caminar entramos directo por si alguien nos está esperando en la dirección que tomamos ayer”- comenté.

“Dale” – fue su respuesta.

Caminamos directo hacia el apartamento, doblamos por Marco Bruto hacia el mar, caminamos una media cuadra y cruzamos hacia la puerta de

casa en diagonal.

Pocos metros antes de ingresar, todo cambio de golpe.

- Quédense quietos porque los quemó.

Quedamos congelados en el lugar; el correr de soldados que salían de todos lados y nos apuntaban llenó el espacio físico y nuestra mente.

Nos revisaron en busca de armas y papeles, estábamos limpios en ambos sentidos.

Manos a la espalda y esposas.

El capitán al frente del operativo se presentó.

- Caminen.

Entramos. El edificio tenía dos plantas. Ambas consistían en un corredor largo con puertas a izquierda y una puerta al fondo. Nuestro apartamento era la puerta al fondo de lo que sería el segundo nivel, apartamento 10.

Entramos, escalera a la izquierda para subir. Cuando entramos en el corredor la puerta de nuestra casa estaba abierta. Ya estaban allí, vi a mi viejo junto a la puerta abierta.

Me empujaron a una silla, me esposaron atrás rodeando el respaldo, a ella la sentaron en una silla esposada adelante.

Teníamos una mesa frente a nosotros, en la cual, como provocación, cada milico que pasaba dejaba su arma, dos soldados mantenían los ojos fijos en nosotros.

Ella dijo – ¿Viste la cortina?

El paquete desgarrado estaba también sobre la mesa y se veía la cortina.

- Esta linda - fue lo que se me ocurrió.

Aunque parezca mentira, me sentía tranquilo, siempre pensé que no era una actitud, de valor ni nada que se le parezca, era la sensación del hecho consumado. Indudablemente algo llegaba a su fin. Durante meses habíamos visto caer la organización, ahora nos había tocado a nosotros.

Mientras tanto, los milicos, daban vuelta la casa, ya lo habían hecho mientras nos esperaban, pero no sé por qué razón seguían haciéndolo.

Habían traído a mi padre. No entendí. Tiempo después supe del periplo que había pasado y de su rebeldía frente a la presión de los milicos, tratando de encontrarme.

Lo habían llevado por si yo no aparecía y, supongo, como forma de infligirnos un primer golpe.

En su primera visita, lo primero que me dijo fue:

- Yo no los llevé. ¿Sabés que no los llevé?

Lo sabía, ya me lo habían dicho otros compañeros que cayeron después.

Antes de casarme, vivía con mis padres y tres hermanos en Agraciada y San Martín, muy cerca de la facultad de Medicina y Química.

El día de mi detención, primero fueron a buscarme allí y le preguntaron a mi padre donde me encontraba.

“No lo sé” - fue su respuesta – “Se casó, y como yo no estaba muy de acuerdo con su casamiento se fue sin decirme donde”.

Lo subieron en un vehículo del ejército y lo trasladaron al Estado Mayor de las Fuerzas Conjuntas (Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Policía)

Allí un mayor le increpó - “Como que no sabe dónde está su hijo”.

“Usted sabe dónde está el suyo?” – fue su respuesta.

La verdad que si no fuera por su ayuda no hubiera terminado de arreglar el apartamento que habíamos alquilado con tiempo para el día de nuestro casamiento.

El viejo sabía bien donde vivía, pero se la bancó y por todo lo que pasó después, supe que nunca se los hubiera dicho.

De allí lo llevaron hasta el Comando Central del Ejecito en Garibaldi, donde un capitán salió y les indico – “Marco Bruto y Rivera”

Ya allí, recorrieron la cuadra preguntando por una pareja joven recién casada y así, dieron con nuestra casa.

Luego me contó que en cuanto llegamos, se lo llevaron de vuelta a su casa.

Sabían dónde era la casa de mis padres, sabían dónde trabajaba, sabían que ambos íbamos a la facultad, que ella trabaja allí, pero evidentemente querían detenernos en la casa a la búsqueda de algo más. Luego que nos fuimos dejaron montada una ratonera, la verdad es que nadie concurrió.

Sabían que vivía en esa cuadra, y la insistencia del seguimiento, del día anterior tenía un solo objetivo, saber concretamente cual era la vivienda, por eso lo habían hecho de tan cerca.

Sé que no entendimos que debíamos desaparecer, o no lo quisimos

entender, pues sabíamos, que en junio del 73, eso ya no era tan fácil.

Sonó la voz del capitán, con el cual tendría relación por unos días.

- Bueno, llegó la hora de partir, vamos a ponernos en marcha.

Nos subieron al vehículo militar, nos encapucharon en el suelo, esposados ambos a la espalda.

Hacía frío. Mucho frío, y el frío de lo que iba a suceder comenzó a penetrar en mi cuerpo. Sentí que subían, me empujaban, nos empujaban.

Al rato se puso en marcha. Nadie hablaba.

La verdad me sentía solo.

En eso sentí una presión sobre mi rodilla. Una pequeña sensación, casi imperceptible. No sabía si era ella, no sabía si realmente era intencional, si realmente era un, “estoy acá”. No sé y nunca lo supe. En ese momento lo quise creer, me convencí de que era y conteste también con una pequeña presión, un “también estoy”, sostuvo mi presión y quise creer, que era un “estamos”.

La capucha y la soledad del calabozo desarrollarían otros sentidos, otras formas de comunicarnos con los que no vemos, pero sabemos que están allí. Esta era mi primera experiencia.

PE: Luego que mi hermano leyó este cuento me escribió:

Esa fue una noche siempre presente para nosotros, papá un fenómeno, junto con la vieja y la abuela, al firme al pie del cañón. Recuerdo la angustia que tenía de pensar que lo culparas de haber llevado a los milicos a tu casa, eso lo torturó hasta la primera visita, que lo vi llorar como un niño, de sacarse la culpa de encima.

Ese era mi viejo.

La directora de Escuela y la máquina de coser

Ruido de botas, voces, me agacho a mirar por el agujerito de ventilación que tiene la puerta de lata del calabozo.

Los calabozos son tres y están enfrente de la enfermería. Uno es una piecita, los otros dos son armarios con una tarima. Las puertas son de lata y a cincuenta centímetros del suelo un agujerito: la ventilación. Por allí, aplicando el ojo, puedo ver la entrada de vehículos, los milicos de la guardia, la enfermería. A la enfermería se accede subiendo un par de escalones que dan a una puerta vidriada. Las ventanas son altas y dejan un muro ciego a los costados. Allí o en el frontón ponen de plantón a los/as compañeros/as detenidos/as.

Han traído a una compañera. Está encapuchada: chaquetón marrón, pollera gris, zapatos acordonados y un portafolio en su mano izquierda. A los compañeros/as de plantón les separan las piernas y si no están esposados/as les hacen levantar los brazos y apoyar las manos en el muro. Pero la compañera que han traído levanta solo el brazo derecho, con la mano izquierda aferra su portafolio. La empujan, se oyen gritos, no distingo lo que dicen. La compañera queda horas de plantón, encapuchada, con sus piernas separadas y apoyada solo en la mano derecha. Mantiene su portafolio.

Varias horas después, se la llevan. No vuelvo a verla.

Dentro de muchos meses sabré su nombre, veré su cara y conoceré la razón de su portafolio.

El Batallón de Infantería nº8 en Paysandú, es chico. No cubre media manzana y está en el centro de la ciudad. Su tamaño y su ubicación a octubre de 1972 son un problema: la dotación normal del cuartel, más el personal policial que ayuda (son Fuerzas Conjuntas) y más de cien presos/as políticos/as hacen un número demasiado voluminoso para el edificio.

El 10 de octubre de ese año comienzan la evacuación de los primeros

presos varones hacia el penal de Libertad. Pero somos muchos y siguen deteniendo gente. Buscan una solución local.

El puerto de Paysandú ha sido un puerto de importancia desde principios del siglo XX, ha sido el último puerto de ultramar durante mucho tiempo y por allí ha entrado y salido mercadería de todo tipo, cuando aún no han construido los puentes sobre el Río Negro. La mercadería en tránsito se acopia en grandes galpones construidos sobre el mismo muelle. Enormes puertas metálicas se descorren para dejar pasar todo tipo de artículo. El transporte ferrocarrilero primero y luego el carretero con los puentes habilitados, disminuyen a casi nada el trasiego portuario y los galpones van quedando vacíos.

Es en uno de esos galpones en que improvisan una cárcel, un depósito de tránsito. Dividen el galpón con mamparas de costanero formando celdas, construyen un baño mixto y alzan una pasarela en todo el perímetro desde donde la guardia de soldados vigilará día y noche a los/as prisioneros/as. Las celdas no tienen techo.

Allí conozco a Nidia sin capucha y sin portafolio. Nidia es maestra hace años. Directora de la escuela de Nuevo Paysandú dónde la fueron a buscar, de donde se la llevaron con su portafolio. Nidia es veterana para la mayoría que somos veintiañeras. Tendrá treinta y pico. Estatura mediana, pelo negro lacio y cara con rasgos indígenas. Cuando se pone seria tiene la belleza, el poder, la majestuosidad de las caras incas o aztecas talladas en piedra. Ha sido maestra de muchos de los milicos del cuartel que no saben qué hacer cuando la enfrentan como prisionera.

La detienen en la escuela, allanan la Dirección y se la llevan pero no pueden evitar que ella recoja los papeles importantes y exija su entrega en manos de alguien de Educación Primaria. Y sus horas de plantón, serán también horas de salvaguardar aquel material que ella considera debe entregar y termina entregando en mano propia, a un funcionario de la Inspección de Escuelas.

Así es Nidia. Nidia Miño, directora de Escuela.

Nidia será la reclusa 103 en la cárcel de Paso de los Toros, Establecimiento Militar de Reclusión nº1, en Tacuarembó.

La cárcel de Paso de los Toros es un pequeño establecimiento carcelario

construido en esa ciudad por Institutos Penales para hombres y mujeres. Dos sectores completamente separados: uno pequeño (seis celdas) para mujeres; otro grande para los hombres. Recién construido no ha sido usado y lo destinan a las mujeres presas políticas del norte del Río Negro.

En febrero de 1973, nos trasladan a algunas compañeras desde Paysandú hasta allí. E irán llegando en tandas desde los cuarteles y a lo largo de cinco años muchas compañeras más.

Estoy en la celda 2 del sector Derecho, el sector pequeño, con Nidia y Perla Campbell, otra compañera de Paysandú, modista. Todas ya vestimos los uniformes grises con el número identificadorio que nos acompañarán durante todos los años de cárcel.

Un sector con un pequeñísimo patio de recreo, rodeado de muros, donde solo se puede caminar en vueltas o tomar algo de sol. Celdas pensadas para una persona, con tres, para cuatro con ocho. Sin acceso libre al baño ya que la inclusión de cuchetas para habilitar nuevas plazas, anula las tasas turcas.

Así las cosas la lectura, los recuerdos e intercambios, el mate, las manualidades son herramientas importantes que nos ayudan a pasar ese tiempo muerto de nuestras vidas.

Hemos solicitado permiso para el ingreso de una máquina de coser y hay una familia que pone una a disposición. La máquina, instalada en el corredor al que dan las celdas, tiene un acceso controlado, hay lista de espera para usarla. Y es importante, porque los trabajos que se hacen son una pequeña ayuda para los familiares que los venden y financian los viajes, son regalos para hijos y padres, son objetos cuya creación nos permite desarrollar habilidades e imaginación.

Nidia trabaja esa mañana en la máquina, cose ropa para sus sobrinos.

El ejército ha formado un cuerpo femenino que se encargará durante todos esos años de las presas. Desaparecen las policías femeninas. Está de guardia la cabo Vicenta Fernández. Es la que dispone los turnos de los soldados, que entrega y retira cartas y paquetes, que controla el pasaje de lista, la que interviene frente a cualquier imprevisto que altere horarios y rutinas, la que da las órdenes.

Nidia la ve acercarse a la reja que cierra el corredor, con un bulto de

telas en sus brazos pero no la mira, sigue con lo suyo. Vicenta Fernández abre la reja, entra, se para unos segundos a su lado en silencio. Busca intimidarla, que la mire o le pregunte. Nidia cose. Entonces no aguanta: “103 le dejo estos dos pabellones nacionales (banderas) para coser, el viento los ha roto”.

Nidia se para, su cara legendaria luce más pétrea que de costumbre. Se para y la mira un instante en silencio sin tomar las banderas que le extienden para reparar. La mira y recita en tono de directora de escuela: “el pabellón nacional no se repara, cuando ya no puede usarse se quema en ceremonia solemne. Lo dice la Constitución”. Recita sus dichos y se sienta, apoya los pies en el pedal y sigue con su costura.

El chantaje de Vicenta, el precio a pagar por el ingreso de la máquina, se transforma en papelón. Vicenta huye con sus banderas, no volverá ese día.

Chiquillada

Era verano en Colonia del Sacramento, Uruguay.

Yo era una chiquilla de 14 años. No hacía mucho había vuelto de Maracaibo, Venezuela.

Esperaba llegar y sentirme parte de mi país, pero al contrario, como a muchos otros hijos de exiliados les habrá pasado, llegue con el tono típico venezolano, así que tuve que resistir el título de extranjera nuevamente, solo que ahora en mi propia Patria.

No me gusta mucho decir “Patria” porque, ese apodo ha sido tan mal usado en la historia de nuestro país, que incluso parece que la Real Academia Española no se vinculase con nosotros. Actualmente está tan degradada al uso corriente de algunos personajes que es todo un tema de debate.

Sin embargo, en aquel momento, y por las razones apropiadas al concepto, con las nostalgias propias del exilio, “Patria” tenía para mí un significado magistral.

Llegué a Colonia con 13 años, y con muchos sueños.

Quedé enseguida prendada de sus olores, de su preciosa historia, y sus calles coloniales.

Era después de todo, la ciudad de mis abuelos, (aunque mi abuelo ya no estaba y mi abuela estaba con Alzheimer). Los recuerdos, son recuerdos. Además, estaban mis primas y mis tíos.

Cuando empecé las clases en el Liceo, todos se me hacían raros y distantes.

Me llamó la atención que no había nadie mestizo, como había en el trópico. Ni indígenas.

Todos eran blancos. Sin embargo, había poca alegría. No era el bullicio típico del Caribe Sur.

Y como aún la dictadura no había finalizado mi padre temiendo que mi abuela muriese regresó con nosotros en 1983, después de la Guerra de

las Malvinas, medio escondidos. El Liceo tenía el cejo militar y arrogante que imprimió a todos los que estudiábamos.

Uniforme, medias azules, campera azul, peinados recogidos, etc.

Y la gimnasia ni les cuento.

Así es como me agarré el asma. Quizás enfermedad que me ultime porque ahora, el mundo está pasando una de las peores epidemias en siglos: el coronavirus. Y las dos juntas, no son buena combinación. Razón por la cual me cobijo en casa casi sin salir.

Pero yendo al tema, parte de la “educación” era tener un físico fuerte, mucho más importante que, desarrollar cualidades cerebrales.

Se hacía en el campus frente a la rambla, y era obligatoria. Si no salvabas la materia, repetías todo el año (no sé si se acuerdan).

Y el viento helado me mataba, sobre todo en las frías jornadas de invierno. Porque provenía de estar años en un clima tropical, de 37 grados promedio todo el año.

Ocurría además que, aunque lloviznara o cayera helada, la gimnasia y las vueltas al campus, eran obligatorias.

Empecé a tener síntomas de falta de aire.

Cuando mis padres me llevaron a Montevideo para evaluarme, ya era tarde: el asma había llegado para no dejarme más.

Pero las vueltas obligatorias seguían. Si no, perdía el año, y yo, no podía darme ese lujo. De hecho, el cambio de un país a otro me atrasó. Y quedé con un año más. Desfasada.

Por ese tiempo la preadolescencia, los miedos y la incertidumbre me hacían una chica callada y vergonzosa.

Era flaca y no tenía un cuerpo llamativo, pues mi desarrollo llegó más cerca de los 14.

Lo que tenía, era mi sonrisa fresca, y mi pelo rubio. Y mi romanticismo exacerbado por tantas lecturas de novelas románticas e históricas.

Leía muchísimo. El Príncipe Valiente, fue, el libro que más me despertó lo erótico. Lo que podía considerar erótico a esa edad.

Unos meses antes de cumplir mis 15 años, un chico del liceo me tiraba papelillos en el recreo.

Era morocho. Y le veía al principio como un tarado.

Pero vieron como son las cosas. Al principio, no comprendemos las señales.

Pasaron varios días así. Con ese chico “molesto”, que me tiraba papelillos.

Me llamaba la atención obviamente, y pensaba cómo es posible ser tan tarado.

Pero con el tiempo, si algún día, no lo veía en el recreo (porque era de otra clase del mismo grado), hasta lo empezaba a extrañar.

Resultó que empecé a sentir algo “raro”. Eso nunca me había pasado. Era como un cosquilleo, como si, el corazón se me fuese a salir si lo veía.

Yo no entendía mucho lo que me sucedía.

Pero con el tiempo, me gustó encontrarlo caminando, o en alguna de las tantas marchas que se hacían exigiendo la vuelta a la Democracia.

Muchas veces, caminando por el centro, frente a la plaza de la “ONDA” (así le decíamos), lo veía, y él me miraba desde lejos con una mirada que parecía taladrar mis sentidos.

Reconozco que su mirada era muy fuerte, y yo sentía que me envolvía toda.

A veces lo veía en las Marchas exigiendo que Wilson Aldunate volviese, porque él era del Partido Nacional (wilsonista como los de antes).

Y pasaba orgulloso con su bandera blanca, altivo, con la frente en alto, muy arregladito, con su pelo bien negro y bien peinado.

Mi familia apreciaba a Wilson, pero éramos del Frente (y lo sigo siendo con todo mi orgullo). Sin embargo, no me importaba. Mi padre hubiese puesto el grito en el cielo, si hubiese sido colorado.

No le molestaba si era wilsonista.

Indirectamente creía tener su apoyo a esta aventura emocional de chiquilla.

Como todo el interior, las cosas marchaban muy lentas en Colonia. Yo siempre tuve la Historia metida en la sangre. Juntaba los folletos de las marchas y las pegaba en mi diario.

Tenía claro que todo esto era “historia”.

Sabía también, todo lo que estaba sucediendo, y el sufrimiento que ocultaba con su andar cada uno de los uruguayos.

Nunca fui ajena a los acontecimientos, y en Venezuela, los amigos de mis padres siempre hablaban de lo que pasaba, de las muertes, de los desaparecidos, de las torturas.

Yo sabía incluso de algunos chicos cuyos padres estaban presos por ser

de izquierda. Nunca supe si, al final aparecieron vivos o no.

Como decía, todo era lento. Todos nosotros, como chicos que éramos, esperábamos con ansias el fin de cursos, sobre todas las cosas, para tener el premio de poder concurrir al baile del liceo.

Yo, como nunca lo esperaba: era la oportunidad de encontrarlo y lograr un acercamiento con el chico de los “papelillos”.

Y el día tan ansiado llegó.

Yo había elegido una pollera larga (como se usaban) roja con enormes bolsillos y una blusa blanca de manga corta. El pelo me lo había secado con secador formando un esponjoso volumen rubio. Típico de los 80-90. Ya mis cachetes estaban ruborizados de imaginarme la situación del encuentro.

Por fin llegó el momento y la hora.

El salón del baile estaba primorosamente arreglado con cortinas rojas y lazos.

Luces brillantes en el techo. Estaba repleto.

Mi hermana, mi mejor amiga y yo habíamos ido juntas.

El pretendido no llegaba. Y un chico bastante menos “primoroso” me insiste para bailar. Mirando por todas partes, veo que, mi morocho no llegaba y acepto dudosa un baile.

De golpe, como un huracán, alguien me separa del acompañamiento danzante, y me toma entre sus brazos con entusiasmo para bailar. ¡Era él!. El enfado del primero era enorme, pero nada pudo hacer para romper la magia que se había armado entre mi pretendido y yo.

Bailamos como nunca.

Y ya luego, agotados de tanto baile, como en una nube, me lleva lentamente hacia afuera.

La luna estaba redonda e iluminaba todo el patio con su luz. Bajo un sauce llorón, nos recostamos.

Y entonces, como en una novela, me dio el primer beso de mi vida. Suave pero absolutamente apasionado. La brisa coloniense me enredó, y supe lo que era navegar entre la infancia y la adolescencia.

Con el tiempo lloré por ese amor. Pero era (aún no lo sabía), sólo una linda “chiquillada” en medio de una gran turbulencia política y social.

Ponerse preso

Era el año 1980 y yo no conocía a nadie de mi edad, que hubiera viajado en avión.

Una nueva aventura, que me hacía sentir especial, me tocaba: un viaje en avión, a los Estados Unidos!

El motivo del viaje: cáncer.

Tenía casi seis años cuando me lo detectaron y luego de varios estudios, mi pronóstico en Uruguay era de algunos meses de vida, (cosa que obviamente no supe, ni hubiese comprendido en ese momento).

Viajaría con mi mamá. No había dinero ni las condiciones necesarias, para que mi hermana viajase con nosotras y mi papá era preso político en mi país, por lo que no podría acompañarme.

Es difícil saber cómo habrá vivido él esa situación, pero más difícil, es saber cómo viví yo la situación de que mi padre no me acompañase también.

Tuve una idea aproximada cuando veinte años después, respondiéndole preguntas sobre el tema, a mi curioso hermano más pequeño, Marcos, quien enterado del motivo por el cual papá no había podido viajar, preguntó algo decepcionado: “¿Se puso preso para no acompañarte?!”

En el momento me dio mucha ternura su inocencia de cinco años; pero luego me hizo preguntarme si yo lo habría percibido así, a esa misma edad...

Me haría sentir mucha culpa reconocerme habiéndolo vivido así, pero no puedo tampoco descartarlo...

Sólo puedo decir que una vez que salió de la cárcel, nunca me dejó atravesar sola ninguna de mis siguientes “aventuras”, muchas de ellas bastante más fuertes que un cáncer.

9 de julio

Esa tarde caminábamos hacia el lugar de la manifestación decididos, pero con un poco de chuchó. No sabíamos cómo iba a terminar todo, pero había que jugársela con mucha gente en la calle, en una gran movilización, que podía ser o no, el empujón definitivo que diera por tierra con el golpe de estado.

Llevábamos doce días de huelga general y teníamos al país paralizado con ocupación de fábricas, empresas públicas, estatales y de centros de estudio. Y con el transporte y los servicios fuera de operación. Pero aun así no conseguíamos que retrocedieran.

Como la cosa iba a ser en el centro y no había locomoción tuvimos que caminar mucho y desde muy lejos. Y en el camino desde cada barrio se venían conformando columnas humanas, cada vez más numerosas e indisimulables, que pasaban por entre los impávidos retenes policiales y militares. Y convergían, todas, hacía una 18 de Julio que nos esperaba con sus veredas ya abarrotadas de gente, de absurdos paseantes en una avenida sin vehículos y con todos los bares, cines y comercios cerrados.

Nosotros llegamos poco antes de las 5 de la tarde y cuando el minutero se clavó en esa hora exacta, la aglomeración desbordó las veredas y se volcó a la avenida en una explosión de gritos, de consignas, de agite de banderas y carteles caseros.

Y como otras tantas veces en esos días de huelga, y como en aquellas manifestaciones “relámpago” de los años ‘68 y ‘69, al pisar la calle gritando el miedo se evaporó y la tensión viró en entusiasmo, nervio, lucha y emoción.

La convocatoria había sido difundida desde las radios censuradas con el insistente recitado del poema ***La cogida y la Muerte*** de García Lorca y su repetición casi infinita de ***a las cinco de la tarde***. La hora a la que se había convocado ese último gran intento de abortar el golpe.

Durante todo el día se fisuró la censura de las radios con ese poema. Una clara convocatoria que iba a llegar a todos, y no solo a los que estábamos siempre atentos a las dobles lecturas.

Confieso que no conocí el poema hasta después de la manifestación. No lo había leído aún, pero al escucharlo me emocionaba que de la España Republicana, esa que tanto dolió y seguía doliendo, llegaba un eco que convocaba a la resistencia. Que le daba hilación a las dos historias antifascistas.

Todo fue vertiginoso. Al comienzo gritos, consignas, euforia, muchos abrazos con conocidos, con amigos, con compañeros, la confianza en que podíamos por ser muchos. El ánimo que nos daba el corrillo que se desparramó velozmente: “Está Seregni! Seregni también vino!”.

Hasta que de pronto comenzaron los disparos, los tableteos de ametralladora, las bombas de gas que pasaban dejando su estela sobre nuestras cabezas, las corridas, los guanacos lanzando sus chorros de agua y el caos. Y el buscar donde guarecerse, claro. Saber de dónde venían los ataques y saber para donde correr.

Mucho más tarde, de noche y ya en los lugares de ocupación, en las fábricas y centros de estudio cada uno llegaría con cuentos propios o ajenos. Al principio que los muertos podían contarse por decenas, que habían visto cargar en camionetas a gente empapada en sangre, que habían tirado con saña, a matar y directamente a los cuerpos.

Suponíamos muchas desgracias hasta que poco a poco se pudo deducir, por el recuento de los que volvían, que parte de la operación que habían montado esa tarde había sido la de aterrorizar con salvas de ametralladora y muertos falsos a una multitud que excedía en mucho la concurrencia esperada y calculada.

Una muy buena simulación que por el espanto generado disolvió rápidamente la “asonada”.

Y vaya uno a saber si con esos montajes no buscarían también provocar en nosotros una reacción muy violenta que nos metiera en un verdadero y real baño de sangre.

Pero bueno, después de un par de horas de corridas disolvieron la manifestación con un saldo importante de presos y lastimados. Y no

podimos dar vuelta la tortilla.

Luego vendrían los días que restaban de la huelga general. Vendría el repliegue, y la búsqueda de otras formas de resistencia: la militancia clandestina, la reorganización de sindicatos y gremios, el prepararse para el trabajo ilegal y para aguantar los golpes que se veían venir y que llevarían a la cárcel y al exilio a muchísimos uruguayos.

Mas de treinta años después de esa jornada, allá por el primer gobierno del Frente Amplio, se organizó un acto recordatorio de la gigantesca marcha. Fue un encuentro muy concurrido en el que, como siempre, abundaron los abrazos, los recuerdos y los afectos.

Y en esa estábamos cuando de pronto se me acerca Silvia, una compañera que conocía de vista, a recordarme que en las corridas de aquel 9 de julio, ella había tropezado y caído al piso. Y que yo frené, le di la mano, la levanté y me la llevé de a rastras por Julio Herrera hacia el sur, escapando de los milicos, de las balas y de la caballada.

Se reía, aún agradecida, contado que no le daban las piernas para acompañar mis zancadas. Que la llevaba en el aire.

Tuve y tengo un cierto recuerdo de ese hecho, me veo haciéndolo sin saber a quién, entrando luego con ella y otros al pallier de un edificio en el que nos guarecieron hasta que todo se calmó.

Y me encantó saber que ese día había sido un poco héroe para alguien, y también veloz para las retiradas.

Cuando me lo contaba la miraba y me vino como un arrepentimiento de, en su momento, no haber sacado mejor provecho de la elevada condición que me había dado el rescate de aquella lindaza piba.

La tortura

El 18 de agosto de 1973, a las 20 y 30 horas, en las cercanías del Estadio Centenario, me detuvo un comando del ejército. Fue precisamente en la parada de Avenida Italia y Centenario, la que va hacia el centro.

Me llevaron enfrente hacia Centenario, me pusieron una capucha y me subieron a una camioneta.

Me llamaban por un “alias”. Me acusaban de ser tupamaro. Me decían: “el próximo contacto, el próximo contacto”, una y otra vez. Golpes continuos y amenazas de muerte. Me tocaron los callos de los dedos de las manos y comentaron algo de si yo sabía karate.

Me llevaron al Batallón Florida, en el Buceo. En una sala me desnudaron y entre los golpes me fueron colocando cables con terminales donde hacían pasar la electricidad. Los cables iban hacia las extremidades, manos y pies, hacia los genitales, a las muñecas y a la boca. Me echaban agua, para que la electricidad fuera más intensa. “Habla, habla”, repetían una y otra vez junto a insultos. A veces, en la manipulación de los cables y terminales alguno de ellos recibía descargas y se quejaba por eso. También me orinaron encima.

En algún momento me llevaron a una azotea, donde me aplicaron reiteradamente el submarino, técnica que consiste en colocar la cabeza en un tanque con agua. Una noche, en la azotea junto al tanque, sentí muy próximo el ladrido de un perro. Me amenazaban con que harían que me mordiera. Nunca pararon las amenazas de muerte, la cual sentí muy próxima en algunos momentos del tormento.

Luego me enteraría, que en esos días ese equipo de militares, había asesinado en la tortura, en ese lugar a los compañeros Gerardo Alter y Walter Arteché.

Las sesiones de tortura intensa se repitieron algunos días. Hubo largos plantones, parado sin poder moverme, sin beber, ni comer y ni ir al baño.

En una oportunidad me llevaron a otro lugar, en un vehículo militar, siempre encapuchado. Nunca supe cual fue ese lugar. Probablemente otra unidad militar. Pasé toda la noche a la intemperie, esposado y

encapuchado. A la mañana siguiente, un oficial, me sacó la capucha y me dijo: “mirame bien, vos sos duro pero vas a hablar”. Luego junto con otros militares me golpearon por un buen rato.

Después me trasladaron otra vez a la unidad del Buceo.

En algún momento, sentado en un banco sin respaldo y con la capucha puesta, recibí el primer plato de comida: una especie de ensopado con fideos que me costó mucho distinguir.

Después de algunos días de mi detención me llevaron a un calabozo colectivo, junto a decenas de compañeros.

Los hematomas que tenía por varias partes del cuerpo me duraron semanas, igual que los dolores. Las cicatrices a causa de las esposas me quedaron por años, igual que algunas cicatrices donde me colocaban terminales para hacer pasar la electricidad.

Estábamos sentados en bancos, y con capuchas. Por las noches nos daban colchonetas para dormir. Había también algunas compañeras en calabozos individuales. Nos prohibían hablar entre nosotros, pero igual a veces conseguíamos hacerlo.

En una ocasión entró a la sala, el jefe del batallón “Florida” Teniente Coronel Caputto. Acompañado de algunos oficiales. Hizo que yo me levantara y me preguntó: “Usted a quién votó?”

“Al Frente Amplio” le respondí.

“Algo bueno tiene” me dijo e inmediatamente ordenó que me pusieran de plantón.

A los meses de detención me llevaron ante un juez militar, junto a otros compañeros. El juez me dijo que con mi declaración volvería al cuartel. No recuerdo las palabras exactas, pero si el tono amenazante.

En ese cuartel, en esos duros momentos de torturas, capuchas, de los tratos más crueles, las y los detenidos teníamos muy claro que juntos saldríamos adelante. Las bestias estaban del otro lado. Cobardes sumisos a los grandes grupos económicos escudados en la doctrina de la seguridad nacional diseñada por Estados Unidos.

En algún momento me pasaron a un calabozo individual, donde estuve aproximadamente tres meses. En ese calabozo, donde apenas cabía una cama y un pequeño espacio al costado.

Una vez entró el Jefe Caputto, otra vez con algunos oficiales. Me amenazó y me dijo “vaya preparando el cuerpo”.

Solo en ese calabozo pasé el fin de año de 1973.

Mis padres, ambos socialistas, nos habían enseñado de la importancia de los proyectos colectivos, de siempre sentir orgullo de ser trabajadores y estar junto a los más humildes.

En la juventud del Partido Socialista y en el MLN, había aprendido la teoría y la práctica para luchar por una sociedad justa y plena.

Estuve seis meses en el cuartel Florida del Buceo. Sin visitas de familiares, de abogados, de nadie.

Solo una vez, en esos seis meses me sacaron al patio del cuartel, encapuchado, en lo que me dijeron que era un recreo.

Hoy tengo conmigo, un informe que me dieron en el MEC, firmado por el Teniente segundo José L. Parisi, el 20 de febrero de 1974, de mi paso por el cuartel Florida.

En parte del informe dice

“Carácter: bueno.

Inteligencia: normal.

Sometimiento al régimen interno de reclusión: se adaptó.

Grado de convencimiento: alto.

Grado de recuperación: pocas posibilidades.

Posibilidades de futuro: sin posibilidades de recuperación.”

Próximo a cumplir 21 años, para los terroristas de Estado yo no tenía posibilidades de recuperación.

Ya definido mi pase al Penal de Libertad, tuve un breve paso por el regimiento 9no. de caballería en la Avenida Cuchilla Grande (hoy Avenida José Belloni).

Ahí otra vez me hicieron sentir el rigor. Me insultaron y me pusieron de plantón.

Al llegar al Penal de Libertad, junto a cinco compañeros más, nos pelaron a todos. Nos dieron a cada uno un mameluco con un número identificatorio. El fascismo nos dijo, de ahora en adelante su nombre y apellido será el número que está en el mameluco que lleven puesto. Según ellos yo sería 1424, dejaría de ser José Pedro Olivera.

Entrábamos a un lugar donde intentarían destruirnos, lastimarnos, desequilibrarnos.

Tenían el poder, psicólogos y el tiempo. Nosotros el convencimiento, la solidaridad, el compañerismo.

Todo valió la pena. Seguimos integrando colectivos en busca de la sociedad justa y plena.

Tienda de los milagros

*“Si he sufrido la sed, el hambre, todo lo que era mío
Y resultó ser nada, si he segado las sombras en silencio,
Me queda la palabra”
-Blas de Otero-*

HOSPITAL PENITENCIARIO

En 1991, se hace el proyecto de convertir la cárcel de Punta Carretas en un gran centro de compras (shopping), otra tienda de los milagros. Esta vez desde el poder nos borran mágicamente las paredes que nos cuentan tanta historia. Y esa será otro relato para reflexionar.

Luego que detectaran que mi tuberculosis estaba generalizada (fines de 1973) estando en el hospital militar, tratando de volverme al penal de Paso de los Toros, donde estábamos hacinadas, peleándola mucho (con todo lo que significaba, ya que en el hospital militar no teníamos, visitas, cartas, ni siquiera podíamos hablar entre nosotros. (Deciden reconocer la verdad y primero me ponen en el calabozo del hospital y luego me trasladan a Puntas Carretas. Había una sala al fondo donde dejaban nuestras pertenencias, y una compañera me dice: “ve a mi bolso y llévate el libro Tienda de los Milagros, de J. Amado”.

Al llegar, me llevan a la oficina, me leen el reglamento, me sacan el libro, y los compañeros me ven pues están volviendo del recreo, y pasan por detrás de la oficina, (mi uniforme les hace ver que se trataba de una presa política) luego me trasladan al hospital, a la parte que en algún momento había sido usada como sala de partos; tenía dicha sala, otra pieza con 5 camas y un baño. Allí estaríamos, dos compañeras, dos presas comunes y yo. Debo decir que en esa sala de partos muchas compañeras, con anterioridad a ese momento las llevarían a parir allí, (varias provenientes de Cabildo), en muy malas condiciones, en la precariedad total, sin partera

o médicos que las asistieran. Y aún se sabe poco de todo eso.

Al ser trasladada no podía mirar su arquitectura; la capucha me lo impedía. Pero mi ánimo no estaba para eso, que importaban las paredes, las rejas; recuerdo el ruido de los grandes portones, y ya sin venda, veo rejas, policías, muchos presos comunes y también a los presos políticos. Hay un gran patio que tengo que cruzar para llegar al hospital, las ventanas de la celda daban a ese patio y desde el tercer piso asomaban las cabezas de los compañeros, con todo tipo de trapos rojos, como banderas, aplaudiendo y gritando “arriba gurisa”! Yo mujer, en una cárcel de hombres... La mujer estaba ocupando un espacio en la historia que la hacía igual a los hombres en sus luchas, las necesidades y los castigos corporales de los que éramos objeto. Estaría allí desde diciembre del 73 a fines de abril del 74.

Más tarde vendría un preso común que le daría a la policía que estaba a nuestro cargo una carta para mí y dos compañeras más que estaban allí por hepatitis (venían desde los cuarteles del Este), habían recuperado Tienda de los Milagros y me la mandaron, junto a una radio. No cabía más del asombro ¡Radio! con la cual oiría el último recital, antes de que le prohibieran volver, de Joan M Serrat, quien recibió de regalo un ramo de rosas del padre de la compañera, Alice Fay, que estaba presa en Cabildo. Cuanto hacía que no oía radio ni prensa escrita. Ni en los cuarteles ni en Paso de los Toros. En la carta me dicen que tendremos una comunicación diaria, lo cual se cumpliría, hasta un día que los militares intervinieron el Penal y me sacaron a un lugar, lleno de camas, paredes muy altas y con rejas a la vista de los presos comunes. Cuando el penal vuelve a sus antiguas manos y me volvieron a llevar a la sala anterior. Los compañeros estuvieron muy preocupados por esa corta desaparición e intentaron o negociaron mi regreso al lugar anterior. Luego me lo contarían.

Debo decir que cuento esto pues en esos meses habría una comunicación constante, ida y vuelta, sin vernos caras, pero que nos involucraba en la comunicación y que los compañeros (con mucho tiempo allí y conociendo las diferentes formas para moverse lo mejor posible) nos continentalían; las compañeras se van a los dos meses, las presas comunes serían trasladadas y yo continuaría un tiempo.

También cotidianamente recibía una manzana asada, con un “caramelito” adentro, que era un rollito de hojas de tabaco, cartitas que me mandaba el Negro Viñas, contando cosas del resto del hospital. Conversaba bastante con una de las presas comunes que estaba al lado de mi cama. Había ido a parar allí, haciéndose una herida para ver si podía fugarse. Y me preguntaba mucho sobre por qué luchábamos y se interesaba y reflexionaba sobre eso, y un día me dice “cuando ustedes ganen el poder, yo me voy del país, porque yo nací robando; y a la Revolución no le puedo hacer eso”.

Cosas que no recuerdo: ¿de dónde provenía la comida, que comía?, ¿dónde eran las visitas? Tuve muy pocas; mi mamá tenía que cuidar de mi hijo y mi hermanito que apenas era cuatro años mayor, y a mi abuela que se estaba muriendo, lo cual pasó mientras yo estaba ahí. La visita que sí recuerdo, pues es muy jocoso lo que sucedió: mi hermana dos años menor, distinta físicamente, rubia, ojos verdes, no era flaca como yo; a la hora de retirarse, el policía nos hace parar juntas (para compararnos) ¡pues no quería que le sucediera lo que había pasado tiempo atrás con los Bidegain!

Sí recuerdo que no teníamos recreo.

Quiero destacar que las compañeras del hospital militar quedaron muy preocupadas pues había muy malas referencias del hospital penitenciario de Puntas Carretas y a través de Punta de Rieles, hacen una gestión y un día me dicen que tengo abogado, ¡Sorpresa! pues siempre me lo habían negado. Era el Doctor Hugo Fabre, que se hizo pasar por mi abogado para trasladar noticias mías a las compañeras. También allí por primera vez me vería la Cruz Roja, pues nunca habían podido llegar hasta mí, nunca se lo habían permitido.

Zelmar Michelini y Enrique Erro habían denunciado las condiciones en las que yo estaba. Se logró luego mi salida, (desde el penal de Paso de los Toros, a fines del 74) en libertad. Y se me dictaminó que sería vigilada, presentándome a firmar todas las semanas en el cuartel de Caballería No 1, y teniendo que pedir permiso para salir de los límites de Montevideo, hasta mi exilio en Venezuela.

DE MEMORIAS Y DESMEMORIAS

Recordar: como forma de poder reconocer la historia colectiva, para poder simbolizar, para poder dar lugar a su inscripción y así elaborar la época del terror. Se hace sumamente necesario un recorrido colectivo por la historia, que nos provoca tanto dolor, porque es una historia de terrores, represión, mutilación y muerte. Nos quieren borrar la realidad y rápidamente buscamos los nexos con el pasado, tratando de encontrarnos en un presente para transitar hacia un futuro mejor.

La historia reciente ha sido contada por hombres desde el comienzo, de la salida de la dictadura, ellos han sido protagonistas y trasmisores de la misma, en el olvido quedó el papel femenino en dicha historia. Hasta que tuvimos que poner la cara, el cuerpo, los recuerdos, las lágrimas, el dolor las manos y los oídos para hacer saber de su rol.

Aquí no se trata de héroes ni de heroínas, de nombres o no, pues hay mucha gente anónima que se jugó el cuerpo, la libertad y la vida. Se trata de la verdad, se trata de la justicia, también por esa justicia social en la que creíamos todos sin importar género, por los cambios que deseábamos y entre ellos estaba la igualdad, que no se vio reflejada en los relatos ni testimonios.

Como mujeres, colectivamente habíamos resistido, individualmente algunas salimos prontamente a hablar y denunciar, pero costó, largo tiempo pasó. Había que seguir trabajando, militando rearmando un país destruido, criando hijos, estudiando, sosteniendo la vida.

La sociedad, nos condenaba, por salirnos del rol naturalizado e impuesto por siglos de patriarcado.

Un secuestro en el penal

No era fácil moverse de una celda a otra en aquellos tiempos dentro del penal, aunque no había llegado el momento de mayor aprete. En 1975, aún las dos alas de los pisos no estaban compartimentadas, podíamos juntarnos al salir al recreo. Luego las separarían y prohibirían juntarse, no íbamos a poder hablar con los compañeros de otra ala. La represión contra los presos fue en constante aumento dentro del penal. El aislamiento fue aumentando, dirigido por un sicólogo que estuvo presente durante todos los años.

En esa época cuando abrían las celdas para la salida al recreo, podíamos rápidamente cruzar y meternos en otra celda. Era el momento para alcanzarle a otro compañero un libro, una revista u otro tipo de material escrito.

Fue en una de esas salidas al recreo que Willy cruzó hasta la celda de Miguel, mientras yo vigilaba para que no se diera cuenta de nuestra acción, tipo comando y lleváramos a cabo el secuestro.

En esa época, como “entretenimiento” algunos teníamos algunas “plantitas” en las celdas. Era como una compañía más. Conseguíamos alguna semilla, los porotos eran más fáciles de conseguir con los compañeros de cocina, luego los germinábamos y los teníamos en algún recipiente, con un poco de tierra traída del patio durante el recreo, o solo en agua. Un frasco de gelal, un mate que estuviera agujereado, de tanto uso, u otros recipientes que servían para esto.

Miguel se jactaba de tener la planta de poroto más grande de planchada, la verdad que tenía unas guías enormes.

Ese día secuestramos la planta de poroto de Miguel. Al día siguiente le enviamos una nota pidiendo el rescate: “1/2 kilo de galletitas, ½ kilo de dulce y yuyos pal té”. Además, le informábamos que el poroto había tomado diez minutos de sol.

Fue motivo de bromas y era una manera de sobrellevar el encierro. Circulaban por algunas celdas las notas que se enviaban y las respuestas.

Lalo enseguida se imaginó que esa broma debió salir de la celda 16 derecha y nos envió una nota exigiendo la inmediata devolución del poroto a su dueño. Nos dejaron la nota por debajo de la puerta de la celda. La nota era con letras recortadas de revistas como para que no identificáramos su letra. Donde debía decir poroto, había uno pegado con cinta adhesiva. La nota terminaba diciendo, que si no lo liberábamos de inmediato iban a haber “represalias”, esta palabra estaba en letras rojas y sangrantes.

Ante este hecho pasamos la planta a la celda de Nelson y seguían las bromas mientras pasaban los días.

La nota que nos llegó la teníamos sobre la mesa y la mostrábamos cuando se podía siguiendo la broma.

Un día los dos fuimos a trabajar a panadería, no era lo común que fuéramos dos de la misma celda, pero ese día se dio así y la nota quedó sobre la mesa de hormigón que tenían las celdas.

Ese día hubo requisa y le tocó a nuestra celda, un oficial vio la nota y se la llevó al director del celdario. El director nos llamó para saber de qué se trataba esa nota con una amenaza. Tratamos de explicarle que todo era parte de una broma, pero no le entraba que pudiéramos estar haciendo bromas estando presos, nos dijo que sabía que había represalias dentro del penal. Terminada la reprimenda, Le pedimos la nota para guardarla como recuerdo de una broma entre compañeros. “De ninguna manera, esto pasa a sus expedientes”.

Pensándolo después decíamos, si germina ese poroto corremos el riesgo de que crezcan nuestros expedientes.

De inmediato devolvimos la planta y no se nos ocurrió hacer otra broma, casi terminamos presos por esa.

Señas de inteligencia (pensamiento para mi padre)

“...queda prohibido hacer gestos de displicencia... o hacer señas de inteligencia.”

Esto es una parte del ítem: “Conducta” del reglamento del EMR N° 1 (Penal de Libertad) durante la pasada dictadura de Uruguay

En la parte de “Causales de sanción”, estos son algunos de los 57 puntos establecidos:

Reírse en formación

Tener la cama destendida

Pretender hacer una aclaración fuera de lugar.

Encontrarse acostado sin causa justificada.

Tener bigote que excede las comisuras.

En cuanto a las disposiciones para las “Manualidades”, no se permiten “dibujos tendenciosos” entre los que (además de estrellas, palomas, puños, parejas, mujeres y niños, entre otros) está el mosquito. Sí; el mosquito.

¿Acaso seremos conscientes de que, igual sobreviviendo a las peores torturas y normas más absurdas, muchos ex presos políticos, hoy tienen tanto amor para dar? Tanto para decir, aportar, sembrar...

Yo lo soy sí. Soy muy consciente de ello, pues tengo a mi padre que me lo demuestra cada día. Tengo esa suerte.

Un accidente estúpido

El auto marchaba por Avenida Italia hacia el centro, ni muy rápido ni muy lento. Antes de llegar al Clínicas el compañero que iba de chofer me pidió que no mirara, consigna que escuché a medias, preocupado por mi brazo derecho que me había empezado a molestar un poco.

Sería antes de las 8 de la mañana. Pocas horas antes, rondaban las 11 de la noche, cuando me había bajado del Copsa antes de cruzar el Solís Grande en Jaureguiberry. En el bolso, pesado, que me acompañó a los pies en todo el viaje, asomaban inocentemente un paquete de yerba, un mate, un termo y un paquete de galletas, que ocultaban a una primera vista el 38 cargado, que habían insistido en que llevara no se para qué, porque mi instrucción militar pasaba por una escopeta Sarrasqueta de 2 caños calibre 16, en dura batalla contra liebres y perdices que huían aturcidas.

Noche cerrada en la cabecera del puente y yo, como un boludo con un bolso lleno de prototipos de granadas T1 en proceso de prueba, esperaba, sólo en medio de la noche. La camioneta se acercó lentamente desde el este, cruzando el puente y respiré cuando vi al volante a Candán. Volvimos hacia Montevideo a una casa en Belo Horizonte donde nos esperaban otros 4 compañeros, El Loco Pedro (el artífice del aparato), el Coco, el fotógrafo y el que luego sería mi chofer de regreso. Todos ellos habían viajado “limpios” unas horas antes, algunos en ómnibus y otros en un auto.

Preparamos todo en la camioneta y el auto y rumbeamos una vez más hacia el este, hacia Cuchilla Alta. Habíamos elegido ese balneario por el escalón rocoso que se forma desde la playa arenosa antes del poblado, escaso en esa época, pero con gente que vivía en forma permanente, y que, pensamos, amortiguaría los ruidos.

Bajamos a la playa y nos encontramos con un señor, muy tranquilo, sentado a la orilla del agua, con un par de cañas, probando suerte con algún pez trasnochado. Tuvimos que esperar que el señor se dignara

terminar su deporte y que se retirara mansamente, con silla y cañas, mirándonos distraídamente al pasar.

Estacionamos los vehículos y descargamos el bolso y otros menesteres que habíamos llevado para realizar el primer ejercicio de prueba de lanzamiento de la T1, lanza granadas casero de diseño prácticamente propio de la organización,

Había sido un tiempo vertiginoso. Poco más de un año atrás fue la primera manifestación de la FEUU, 6 de junio de 1968, y 6 estudiantes habían sido heridos de bala. A partir de ahí todo se fue disparando, la muerte de Liber Arce, cientos de heridos, algunos para toda la vida, la muerte de Hugo de Los Santos y Susana Pintos. Entre todo ese lío terminé mi tercer año de arquitectura, pero los acontecimientos nos empujaban a otra cosa. Fue una vorágine que casi llego entenderla hoy, 54 años después. Protestar en la calle por causas justas y ser recibido a balazos, te lleva naturalmente a pensar en otras armas. Con la tinta fresca de la entrega de proyectos en el taller, que con tanto paro se había prolongado hasta enero, varios fuimos invitados a una primera reunión con militantes del MLN (fueron el Ñato y la Negra Mercedes). A partir de ahí, y después de un par de meses que acompañé a Lucía al Federal de FEUU, hasta lo de la Financiera Monty, me convocó a un encuentro la Negra y me propuso una tarea diferente.

Un par de meses antes, el Ingeniero Manera había traído del exterior un plano de una granada para ser lanzada con un fusil M1, con una munición sin proyectil. Con tan mala suerte, que cayó preso en las inmediaciones de la casa de los Lerena, adonde se dirigía, y dicen nuestras leyendas, que lo había reconocido un “tira” por sus orejas características. En esa situación, según me transmiten la Negra y mi próximo contacto, el Negro, se les ocurre encomendarle la tarea de la confección del artefacto a otro Ingeniero, el Loco Pedro. Pero no tenían demasiada confianza política con él y querían que trabajara a su lado. Es cierto, Pedro era muy desprolijo. Muy enamorado, aparecía a los contactos con muchachas: “para disimular, sabes?”. Y otras peores, pero propias de la época. Siempre fue un buen compañero. Lo que hoy me causa asombro, gracia, yo qué sé, es que, por tanto, ¡yo era la persona de confianza política! A esa altura mi formación política estaba a la altura de mi formación militar.

Lo que sea, el caso es que nos juntamos a estudiar los planos que nos

habían llegado a los efectos de diseñar un arma de fabricación casera que pudiésemos fabricar en grandes cantidades. Dialéctica mediante, competían en los ejemplos Cuba y Vietnam: una Revolución rápida o una guerra prolongada. Si, teníamos claro que se precisaban armas, porque el poder del Estado, hasta el día de hoy, se sustenta en las armas y para eso hay dos caminos, quitárselas a los que las tienen o hacer cosas sencillas y prácticas. Si, ya sé, todo es bastante más complejo que ese esquema, pero trato de pensar con cabeza de 1969.

En un par de meses tuvimos un prototipo. Fue un proceso interesante, porque no copiamos para nada el dispositivo del que nos dieron los planos. Los interpretamos, avanzamos en un diseño propio y eliminamos el lanzamiento con fusil (¡no los teníamos!).

Como decía el Loco, “mira que ya está todo inventado” (hoy le diría: “cada día está todo por inventar, lástima que lo inventamos igualito a los días anteriores”). Así salió el proyectil de la T1, con un mecanismo de impacto similar al de las granadas de manguito que veíamos en las películas en las manos de los malos alemanes. Simplemente, al caer, el golpe hace que un percutor vence un resorte, golpea un fulminante y da comienzo a una explosión casi inmediata de su carga de amonal confinado en el cuerpo de la granada.

El problema era el lanzamiento. Hacerlo con un fusil, no solo requería el fusil, sino que había que apoyarlo en el piso por el golpe del retroceso. La solución vino de la idea de las bazookas que veíamos en las películas en mano de los buenos, los que mataron a 250,000 civiles con una bomba en Japón, pero siempre son los buenos en las pelis. La ventaja de la bazooka es que es un caño abierto de los dos lados: hacia adelante sale el proyectil; hacia atrás salen los gases y el que dispara sólo sostiene el aparato.

La propulsión se realizaba con un cartucho casero, confeccionado con celuloide y dos tapones de corcho o madera en los extremos, conteniendo entre 6 y 9 gramos de pólvora negra. Se encendía eléctricamente con una batería de moto que, mediante dos cables, llevaba la corriente a una bombita de flash metida dentro de la pólvora, Para los que no las conocieron, fue el mecanismo de iluminación para la fotografía que estuvo después de la bandejita con un polvo que se quemaba, de las películas de los años 20-30, y antes del dispositivo de lámpara que se dispara infinitas veces sin destruirse. En este caso la lámpara venía con

forro transparente (para que los vidrios no salieran volando), y mediante una descarga eléctrica se destruía con un fogonazo.

Esa noche de ¿setiembre? ¿octubre?, nos habíamos perfeccionado para la prueba. Los diferentes mecanismos por separado los habíamos probado en una casa vieja que todavía la veo cuando paso por Agraciada frente al Maturana. La lámpara de flash la disparábamos conectando un cable de un metro de largo a cada polo de la misma, y a mano raspábamos la otra punta de los cables en los bornes de la batería. Como esa noche íbamos a probar entre 6 y 10 cartuchos, se me ocurrió colocar en los cables que iban a la batería, un interruptor, con lo que preparamos todo y accionamos el interruptor. El aparato lo colocamos en una morsa sujeta al piso, conectamos todo y... ¡Boom! El proyectil salió disparado. Mis compañeros corrieron para ver donde había caído en la arena (la prueba era sin explosivo), para ver distancias, dirección, etc.

Yo no fui. Para agilizar las pruebas, coloqué el nuevo cartucho propulsor, le uní uno de los cables y, cuando conecté el segundo cable, explotaron los 8 gramos de pólvora negra sobre mi brazo derecho. ¡No había desconectado el interruptor! Mis compañeros sintieron la explosión y miraban si iba hacia ellos el proyectil que, con buen criterio, había dejado para colocar después.

La explosión me sorprendió, me aturdió y me dejó contento de que no me había hecho nada.... hasta que miré el brazo! Había sentido un golpe y cuando miré vi todo el antebrazo ensangrentado y lleno de cables que asomaban. ¡Creo que me desmayé!

Cuando regresaba a Montevideo, después de haber dejado a los demás compañeros y las cosas en la casa (prestada) de Belo Horizonte, pensaba, cómo un accidente estúpido echa por tierra una prueba meticulosamente preparada, después de haber transportado explosivos en una ciudad controlada, desplazando compañeros clandestinos.

Los trozos de vidrio y algún pequeño cable me acompañaron y me acompañan hoy bajo la piel cicatrizada del antebrazo derecho.

Ibero

*“Oh luna clara, si por vez postrera tu rayo me alumbra en esta pena”
Fausto de Goethe*

Era un domingo de mucho calor, que invitaba más a estar en la playa que a estar reunidos en la Facultad de Humanidades y Ciencias. En el viejo hotel Nacional de la calle Lindolfo Cuestas. Un domingo en esa zona andaba muy poca gente. Corría el año 1972, año de mucha convulsión política. Arreglábamos con el sereno de la Facultad para que nos abriera ese domingo para reunirnos.

Recuerdo que ese día nos dijo que le parecía que lo estaban siguiendo, notaba gente extraña que lo observaba, podían ser “tiras”. Tenía la sensación de esas presencias, que te observan, que te vigilan.

Había quedado en encontrarse a la noche con su compañera, iba a pasar a buscarla por la casa de una amiga, donde estaba estudiando.

Nuestra reunión se desarrolló como si nada de eso ocurriera. Por momentos era muy “jodón”, pero también podía ser muy serio. Ese día le preocupaba la situación en China, no era tema que me preocupara a mí. Aquel último domingo de febrero estuvimos reunidos en la Facultad, se despidió marcando un próximo encuentro. Salimos caminando por la puerta de Lindolfo Cuesta, doblamos por 25 de Mayo, unos pocos choferes y cobradores de Cutcsa charlaban a viva voz. El bar con unos pocos de esos clientes asiduos. Ahí me quedé en la terminal del 130. Ibero continuó con otros compañeros hacia otra parada. Me quedó esa última imagen, caminando con su paso cansino, como si nada lo apresurara. La tarde iba poniendo su punto final. Ese día fue secuestrado por el escuadrón de la muerte, preámbulo del Cóndor. Ya no lo volvería a ver.

Ibero se había casado con Olga en el juzgado de Agraciada casi Asencio en 1971. Estábamos muchos de sus compañeros de facultad. Antes que

la jueza terminara de leer la clásica perorata, que nadie escucha, ya estábamos tirando arroz, porotos, lentejas, en aquella época no sé si se podía tirar dentro de la oficina, pero lo hicimos, lo que motivó el enojo de la jueza. Terminamos festejando en su casa de la calle Hernani en Punta Gorda. Con aquella alegría de los veinteañeros, comprometidos con la construcción de la patria nueva, desbordando optimismo, creyendo en las utopías.

Su primera detención fue en 1968, luego se irían sumando muchas más. Pasaba algo en el país y lo iban a buscar.

Cada vez que se producía un asalto o secuestro, lo iban a buscar, era indagado por la policía. En cada oportunidad Ibero se presentó y probó que nada tenía que ver con esos hechos, con testigos y testimonios calificados. Nunca la policía encontró en esas oportunidades indicios de ninguna clase para que fuera procesado. No obstante, como tantos otros ciudadanos inocentes durmió algunas noches en Jefatura “mientras se averiguaba”, fue recluido en un cuartel. “Ibero no consideraba deshonoroso ser «tupamaro»”, recuerdan hoy sus compañeros. Nunca nadie probó que lo fuese. Pero Ibero, militante estudiantil y del Frente Amplio, ubicado políticamente en el Movimiento de Independientes 26 de Marzo, era perseguido. ¿Por qué, por quiénes? La casa de sus padres fue allanada, incluso estando la familia en el interior del país, veraneando: la persecución se extendía a la familia. Se dijo que estaba vinculado a grupos clandestinos. Se habló de que su domicilio era “desconocido”, y cuando se casó con Olga, Ibero dio, como correspondía, su dirección a las autoridades competentes y allí vivía. Se afirmó que había estado varias veces preso y ya sabemos cómo es esa historia. No se dijo, por supuesto, que había sido excarcelado por falta de pruebas para acusarlo, que no había indicio alguno que lo vinculara a los comandos revolucionarios.

Aparecido su cuerpo en un lugar apartado, con 13 balazos en el cuerpo, asesinado por el Comando Caza Tupamaros, una de las tantas caras del Escuadrón de la Muerte.

A sus 18 años obtuvo el premio internacional de Radio La Habana lo que le permitiría viajar a Cuba y también a Europa.

Ibero simbolizaba lo mejor de la juventud uruguaya, era poeta,

dibujaba, y una gama muy amplia de actividades. Comprometido con la lucha por la liberación nacional y el socialismo. Con la riqueza interior de un revolucionario. Con un enorme compromiso en la búsqueda de un mundo mejor. Era alto, de complexión fuerte, muy sereno, calmo y serio.

No es fácil revolver en el cajón de los recuerdos, bien profundo, donde están guardados esos que no queremos dejar escapar.

Ninguna injusticia le era indiferente. Estaba dispuesto a combatir el capitalismo y jugarse por los más necesitados, por los olvidados de siempre, en defensa de los trabajadores y los humildes; en esa lucha por el Hombre Nuevo. Siempre desde la convicción que una sociedad mejor es posible. Consecuente, comprometido, y confiable como compañero.

La escritura fue un acto de resistencia como tantos otros caminos en la década de los 60 en esa búsqueda latinoamericana de un destino para la región. Eran épocas de las canciones de la guerra civil española.

A pesar de que teníamos idea de lo que se vendría, llámese escuadrón de la muerte, terrorismo de Estado, Plan Cóndor, no imaginábamos su verdadera dimensión.

En los días de su secuestro, tortura y su asesinato, todo ocurría tan rápido y solo con el transcurso del tiempo uno va asimilando y dando el realce, el valor a las cosas; uno va sintiendo su ausencia y va idealizando los recuerdos y los va transformando.

El conservadurismo estaba instalado en el poder y en el gobierno, El conflicto este-oeste estaba instalado. La idea de la toma del poder mediante una revolución y la construcción de una sociedad nueva paso a ser el objetivo de muchos integrantes de los pueblos explotados de América Latina. Se había planteado la discusión entre la violencia revolucionaria o los caminos democráticos para la liberación popular. El Uruguay venía de un desequilibrio económico y una escalada autoritaria con un proyecto liberal conservador.

Estaba actuando el escuadrón de la muerte desde años anteriores, con miembros del gobierno de Pacheco Areco entre sus integrantes. Ministros, subsecretarios, también del ejército, la marina, fuerza aérea, inteligencia y enlace. A nivel "legal" la JUP (juventud uruguaya de pie), con integrantes que también lo hacían en el escuadrón.

En el momento decíamos: muchos Iberos lo sustituirán, otros se levantarán para ocupar su lugar. Es el tiempo que te va a decir que ese lugar no va a ser ocupado por otros. No había tiempo para lágrimas, era otra la velocidad. “Hagamos un alto en el camino para llorar a nuestros muertos”.

A medida que pasa el tiempo a mí me ocurre ese fenómeno, de un crecimiento de su figura en el recuerdo; pero también lo sigo viendo como era de sencillo y humilde, con una palabra de aliento. Puede hoy la tristeza hacerme decir que era el mejor de nosotros.

No resulta fácil a tantos años recordar en forma objetiva los hechos, las cosas, los acontecimientos, los compañeros. Hurgando en los lugares más recónditos de la memoria van surgiendo las imágenes de una Facultad de Humanidades y Ciencias, como era en esa época, casi en ruinas, con salones que se venían abajo, apuntalados algunos. La imagen de una Facultad en penumbras, llena de recovecos como tiene toda construcción antigua y con un tercer piso vacío; lugar para algunas reuniones de las agrupaciones.

No recuerdo en qué momento lo conocí en la facultad; cuando me di cuenta transitábamos la misma senda, cuando uno está buscando por dónde ir, cómo ir y con quienes.

Visualizar esa época, cuando la izquierda clásica no satisfacía a quienes teníamos nuevas inquietudes queríamos transformar la realidad. Eran momentos que soplaban nuevos vientos, mientras comunistas y socialistas dirimían sus pleitos internacionales, segunda y tercera internacional. El conflicto chino soviético.

En ese camino nuevo de protagonismo de las nuevas fuerzas del pueblo en la política, la de los cambios de otra manera; la política de la deuda externa, de la reforma agraria, de la nacionalización de la banca, del nefasto papel del Fondo Monetario Internacional. Era época de mucha ebullición, de muchas inquietudes y de mucha creatividad. El movimiento estudiantil no era ajeno a ese momento. Nuestros caminos convergían.

La creciente pérdida del poder adquisitivo de las capas medias, que era el mayor consumidor de cultura. El capitalismo que marginaba a los más débiles los arrastraba a la ignorancia y la pobreza.

Eran épocas de mucha compartimentación, donde no preguntábamos datos de los compañeros, y a veces ni el nombre; donde las preguntas de ese tipo estaban de más y eran miradas con recelo. Eran momentos de doble militancia. Legal y clandestina.

Años después vine a enterarme que Ibero escribía poesía, que era poeta. En medio de esa vorágine también podía y era capaz de hacerlo. Dibujar, pintar, escribir. Un creador cuyo talento se ve en sus pinturas, en sus poemas, en sus fotografías, comprometido con su tiempo. Ser un verdadero revolucionario. Era muy reservado, nunca nos mostró lo que escribía, yo no tenía idea de todo lo que hacía.

Había estado preso En Punta Carretas, acusado de estar vinculado al MLN. Había sido detenido en reiteradas oportunidades. Fue el primer poeta preso en el penal.

Fue liberado el 26 de marzo de 1971, fecha emblemática; cuando sale del Cgior es portador de un mensaje de los compañeros que allí estaban detenidos, con una consigna unitaria: “Arriba los que luchan por una patria para todos”, al acto fundacional del Frente Amplio en la explanada de la Intendencia de Montevideo.

Cuando llegamos a Facultad, fundamos con otros compañeros, AL – Acción Liberadora- que luego se disolvería, dividiéndose para dar lugar al 26 de marzo y al Fer partidista. Con una vieja discusión de foco o partido. En el 26 es donde lo conozco.

Ibero con ese antecedente tenía cierta aureola, siempre con su sonrisa, parecía que nunca tuviera prisa, con su calma y su mesura, pero con ojos alegres.

Era un referente en la agrupación, a quien todos escuchábamos, con su voz media ronca, como afónico.

Hoy, en una mirada a ese pasado, me viene el recuerdo más vivo, de algún modo vuelven las risas, miradas cómplices, pero nada borra el dolor.

EL INFORME DEL FORENSE

El cadáver de Ibero Gutiérrez presentaba las siguientes heridas: equimosis y hematomas en cara anterior y posterior del tórax. Algunas alargadas, provocadas por objetos contundentes; otras redondeadas, como si hubieran sido provocadas por patadas. Algunos

de esos golpes provocaron fracturas de costillas.

- * 2 orificios de bala transfixiantes de brazo derecho. Uno de ellos fracturó el húmero.
- * 1 herida de bala transfixiante de dedo de mano izquierda, con fractura de falange.
- * 1 herida de bala transfixiante de brazo izquierdo.
- * 1 herida de bala transfixiante en región occipito-parietal derecha, transfixiante de cerebro. Este proyectil se extrajo debajo de la piel de la región frontal, lado derecho.
- * 2 heridas de bala, preauriculares, derechas.
- * 1 herida de bala en región carotidea izquierda. El proyectil fracturó el maxilar inferior.
- * 1 herida de bala supraclavicular izquierda.
- * 2 heridas de bala en la cara posterior del tórax, una derecha y otra izquierda.
- * 2 heridas en cara anterior de tórax.

El olor a higo

Ese higo tenía la gotita de miel que reventaba. Un olor especial, que evocaba tantos recuerdos de mi infancia.

Un día, aprendí el valor de la memoria, y me hice profesora de Historia.

Pero había algo que ignoraba sobre mi ser histórico. Algo que, sólo cuando olí ese higo, comprendí no sin exaltarme.

Los olores son fuentes de memoria. Nos evocan momentos agradables o desagradables.

Cuando olí ese higo, se me dispararon mil recuerdos en la casa de mis abuelos en Colonia del Sacramento. El higo es una de mis frutas preferidas, aún no sabía por qué.

Pero era ese olor a tierra mojada, a manos del abuelo Ricardo, a contacto con la ternura más absoluta, ese olor, era, como estar viajando en el tiempo y acariciando lo perdido ¿O no perdido?.

Era entrar en un tiempo ya pasado, que había construido mis andares.

Pienso tanto en esa casa, en mis abuelos, y en lo angustiante que fue verlo morir de tristeza...

Ese pensamiento no se me aleja. Pero el higo evoca los mejores tiempos. Sus ojos celestes, sus canas, sus manos grandes, blancas y arrugadas, sus abrazos y su sonrisa entrañable.

Él mismo me arrancaba los mejores higos. En el patio, él sembró limoneros, parrales de uvas (moscatel, rosada y blanca), y algunas plantas que yo olía con mucho placer. Pero la higuera era sin duda, uno de sus mejores triunfos.

Yo recuerdo que ese patio era como un mundo mágico que me encantaba descubrir. En él entendí cómo los gusanos se convertían en mariposas, cómo los caracoles andaban por la tierra comiendo hojas tiernas, cómo las hormigas hacían caminito llevando a su cuevita todo lo que podían para guarecerse los días de lluvia. Escuchaba el sonido de los pájaros alegres y libres, y la mirada de mi abuelo que “hablaba” sin hablar,

pues los miraba con una envidia incalculable y para mí en ese tiempo, ello resultaba difícil de comprender. Ahora lo sé. Ellos eran libres, él no. Nadie era libre en el Uruguay de la década del 70.

Mi padre se fue primero, yo sólo sabía que era un país de América que iríamos por un tiempo y que se llamaba Venezuela. Que deseábamos que una “Sra” llamada “Visa”, nos permitiera ir con él. Al menos mi hermana creía que era una “Sra” muy mala, porque demoraba en dejarnos ir con él.

Mientras mamá y el abuelo nos cuidaban. Yo empecé a ver que mi abuelo empezó a sentirse mal.

Y el patio se llenó de grises. El sol resplandeciente y mágico de los veranos con mi abuelo ahora estaban llenos de hojas de otoño, de plantas marchitas y de frutas descuidadas.

El limonero empezó a agarrar unos bichos que después me enteré se llamaban pulgones. Ya no veía a las mariposas, ni sus increíbles colores, y los parrales estaban todos picoteados.

Era como si supieran, como si todos percibieran que el abuelo estaba mal.

Yo lo miraba acostado y quería jugar con él.

Mamá me decía que había que dejarlo descansar.

Yo buscaba en el patio esos higos tan ricos. Seguían ahí. Eran los únicos. Frescos, abundantes y olorosos. Pero ya no tenían el ingrediente principal: a mi abuelo agarrando los mejores para mí. Fue él que me enseñó que los más ricos son los que tienen esa gotita. Fue él que me enseñó a olerlos y disfrutar ese olor tan mágico antes de comerlos. Como para valorarlos más. Para después, en cada bocado de su exquisito almíbar, saborearlos entre mis manos chorreadas de su jugo.

Entonces los higos caían al suelo, agotados de no ser cosechados por esas manos blancas y arrugadas. Y ya perdían su encanto.

Él se estaba apagando. Era la más pura tristeza. Sabía que nunca más nos iba a ver. No soportaba su corazón de “higo” tanto dolor.

Un día, me fui con Ruth a jugar a las muñecas. Ella vivía en la esquina de Domingo Baque 333 donde vivía con mi abuelo y mamá. Jugábamos a tomar el té y a darle a las muñecas un poco de amor maternal. Yo pensaba que, era una lástima no tener un amigo que hiciera de “abuelo”

con las muñecas y les diera ese amor que él me daba cuando además de enseñarme las maravillas de la tierra mojada, me llevaba al almacén a comprar 100 gramos de galletas María. O cuando me compraba unos ricos caramelos. Pero bueno, no teníamos un amigo que se prestara para ese juego de ser abuelo de las muñecas.

Terminé de jugar, agotada de vestir y desvestir a las muñecas. Y fui para casa...

Allí, la casa enorme, con el zaguán con pasillos, me pareció quejarse. Sentía un gemido. Me extrañaba y asustaba a la vez.

Prosigo con un paso lento, voy a buscar a mamá. La sorpresa fue mayor que ver un fantasma: era mi madre la que gemía sin cesar. En el cuarto. Al lado de mi abuelo. Él estaba frío y miraba al cielo.

Mi madre trató de contenerse, pero entre lágrimas me contó que ya no volvería... .su corazón de higo, no aguantó.

Por eso, cuando fui a comer ese higo, tan fresco, tan dulce, con ese néctar afuera... sabía que, en parte, me estaba comiendo a mi abuelo. Ya nunca más, pese a los que intentan borrar la memoria, dejaría de acompañarme.

Realidad

Aquel verano caluroso y juvenil, me encontraba al comienzo del conocimiento de la vida. Tenía 18 años. Una vida llena de misterios y descubrimientos. La sed de libertad, de justicia, las amistades incipientes de pares con diversidades y coincidencias. Y la convicción de que esta sociedad capitalista era (y es), profundamente injusta. Cuanta energía, cuanta audacia.

Es un error creer en las desconsoladas opiniones de que con la vejez del cuerpo viene la jubilación de las convicciones. Hoy, con una vida casi completa, me siento tan sediento de la misma libertad, la misma justicia y una sociedad totalmente diferente. Mis sueños no han envejecido para entrar en la comodidad de los recuerdos estériles los que adormecen el corazón y la conciencia. La esterilidad del pensamiento aparece cuando se van difuminando, y finalmente, haciendo desaparecer las convicciones. Ahí es cuando ganan los enemigos de la pública felicidad.

Enero de 1976 a las 3:30 de la madrugada. Desperté en medio de estrépitos, gritos de mando, y con el frío cañón de una metralleta en mi oreja. Mi perspectiva desde la almohada era como la de una pesadilla. Hombres armados, vestidos de particular, rugían diciéndome: “¡Levantate hijo de puta!”

Yo adormilado y cansado por mi triple jornada de trabajo en una textil, estudio en la UTU, y la militancia, trataba de salir de las pesadas brumas del sueño.

Aquello era una especie de pequeño infierno en 6 metros cuadrados del altillo donde dormía.

Me sacaron de la cama a empujones mientras otros desconocidos tiraban al piso libros, discos, ropas. Poco tiempo después me dí cuenta que en los “operativos” de las “Fuerzas Conjuntas” robar era también un rito tolerado, alentado y ejercido por los mandos superiores.

Me permitieron ponerme las pocas prendas que pude manotear y, a

pesar del calor, agarré un buzo y me lo puse como pude. El destino en esos momentos era verdaderamente incierto. Sentía el miedo, y la adrenalina con la sensación de que esas podían ser mis últimas horas con vida. Yo me mantenía callado y solo atiné a preguntar: “¿Me van a tener mucho tiempo detenido, porque mañana tengo que trabajar y estudiar?”... ¡qué pregunta más bobá, yo sabía que tal vez no volvería por mucho tiempo o nunca!. Claro que por contestación recibí un brutal empujón que casi me hace caer.

Cuando me llevaron a la planta baja, ya esposado a la espalda, vi a mi padre y su esposa contra la pared custodiados por otros hombres de civil con metralleta. No los detuvieron. Recuerdo haber cruzado una mirada con mi padre. Su expresión era de callada angustia. Se arriesgó a preguntar: “¿Para donde lo llevan?”

“¡Pronto te vas a enterar!”, fue el ladrido que le dio por respuesta quien parecía estar al mando.

El apartamento donde vivía estaba al fondo de un largo corredor en la zona de La Blanqueada. Cuando llegamos a la calle conducido por mis captores ví que había una camioneta Chevrolet azul de las que usaba la policía en aquella época. Abrieron la parte de atrás y, sin esperarlo, de un empujón y un par de patadas caí en el piso del vehículo.

“¡Antes de morirte te vamos hacer sufrir mucho o te vamos a dejar arruinado comunista hijo de puta...!”. Esa fue la “bienvenida” que me dió el chofer de la camioneta mientras los demás asentían.

Partieron rumbo a las casas donde vivían algunos de mis compañeros de la UJC (Unión de Juventudes Comunistas). Era evidente que estaba todo planificado.

En pocos minutos junto a mi estaban Daniel, Manuel, y dos compañeras menores de edad.

Nos llevaron al “Parque de los Aliados” o “Parque Batlle” como se lo conoce ahora. Vimos que confluían varias camionetas iguales con más detenidos en ellas. A algunos los conocía, a otros no. Eramos más de 10, no recuerdo bien.

Nos hicieron bajar a todos y ponernos en una fila de espaldas a los focos prendidos de las camionetas. Nuestros captores se pusieron a

unos metros detrás nuestro y sentí la sensación de que ese momento era el último de nuestras vidas. Pasaron unos segundos interminables en que sentíamos el sonido de la manipulación de sus armas como si las estuvieran preparando para algo.

Al fin sentimos que se acercaban y comenzaban a colocarnos capuchas de tela en las cabezas.

Y ahí se terminó la “amabilidad” porque después de ser encapuchados y por lo tanto quedar virtualmente “ciegos” y esposados a la espalda, a trompadas, patadas, puteadas, y empujones caíamos dentro de las camionetas de forma violenta.

Ahí perdí la noción de dirección y tiempo ya que las camionetas comenzaron a transitar por las calles sin poder saber a dónde nos llevaban.

Y mientras viajábamos nos llovían patadas, golpes y todo tipo de insultos.

En determinado momento y un tiempo que no pude calcular, por los sonidos, me dí cuenta que los vehículos en los que viajábamos entraban en un gran garage. Sentí además el sonido a portones que se abrían primero y cerraban después.

Habíamos llegado a “algún lugar”. Nos sacaron de las camionetas nos condujeron. (tiempo después sabríamos que era la “Dirección Nacional de Información e Inteligencia” de la calle Maldonado entre Guitiérrez Ruiz y Paraguay).

De ahí en adelante fue el infierno. Los golpes, tremendas palizas donde alguno salió con los huesos rotos. Los plantones interminables. Las alucinaciones debajo de la capucha. La tortura, los gritos agónicos de las y los compañeros cuando les sacaban la cabeza del agua. La “colgada” con dolor interminable. Los vejámenes sexuales. La picana con la electricidad recorriendo el cuerpo. Y mucho más, mucho más, mucho más... que es inenarrable... Todo lo que uno no se imagina sucedía ahí como en una pesadilla de la que no se puede despertar....

Comprendí que aquel infierno desatado por humanos a otros seres humanos, no era solo la voluntad de individuos degenerados y viles. No. Todo estaba planificado para destruirnos física y psicológicamente. Planificación macabra y mafiosa donde si a “alguien se le iba la mano”

“desaparecían” a la víctima al mejor estilo mafioso institucionalizado por directiva superior.

Tiempo después, ya en un baño carcelario vi una leyenda que me llamó la atención: “Cuando llores por no ver la luz del sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas”.

Ya de viejo he profundizado mis convicciones aún mucho más que cuando era joven. El mundo sigue mal por el mismo motivo que cuando tenía 18 años.

Ahí la filosofía de este humilde relato de la realidad. Realidad a veces cuestionada por las olas retrógradas del olvido o de lo “políticamente correcto”.

Recordando aquella leyenda, sabe uno por quién escrita en la pared de una cárcel, reafirmo mis convicciones de que el ser humano puede construir un futuro luminoso.

Y, como decía el poeta Gabriel Celaya, *“maldigo la poesía concebida como un lujo cultural por los neutrales, que, lavándose las manos, se desentienden y evaden; maldigo la poesía de quien no toma partido, ¡partido hasta mancharse!*

Breve elegía a Norma y Gabriel

Mi pobre poesía se despierta esta mañana con sus vivos perfiles, pues la memoria rechaza que el tiempo los desdibuje. Vuelve aquella Facultad de Medicina aislada por barreras policiales que la cercaban a cien metros de distancia en cada dirección, como castigo por la agitación protagonizada el año anterior.

Aprovechando ese vacío inédito, en aquel 1969 muchas clases de primer año tuvieron como palco la vereda y la calle. Alternaban con asambleas de unos doscientos militantes esparcidos por las diversas variantes de la izquierda de entonces. En el sótano del anexo, en un pequeño local poco iluminado por ventanitas pegadas al techo, un ex laboratorio se había transformado en sede no oficial pero permitida por el Decanato, de una agrupación de la Asociación de Estudiantes de Medicina, que respondía por el arrogante nombre de “Los Bravos”. Sus paredes exaltaban las figuras del Che, de Yon Sosa (guerrillero guatemalteco) y exhibían símbolos de la lucha palestina.

Allí llegó una tarde un joven recién llegado del lejano Norte, para participar de aquel colectivo sin integrarse a él. En un rincón, acurrucada sobre una silla que parecía quedarle demasiado grande, Norma se hundía en su silencio atento. Sus ojos oscuros tenían la tristeza de un largo sufrimiento, y dejaban adivinar a alguien ocupado en el cuidado de una madre enferma. De tiempos en tiempos se arreglaba el poco alineado pelo negro, que amenazaba cubrirle los ojos y sobrepasaba sus hombros.

Hablaron hombres y mujeres, pero Norma no despegó los labios sino hasta casi terminada la reunión, para corroborar con dos frases las medidas de peaje y manifestación que estaban en discusión. Horas después, en el peaje montado más allá de las barreras, allí estaba Norma, repartiendo volantes y recogiendo las monedas que permitirían fabricar nuevos volantes, crayolas gigantes para pintar paredes y ómnibus, y

algunos cocteles molotov, para próximos combates. Lo hacía con el gesto tímido de las misioneras, y obtenía las colaboraciones más por caridad que por miedo.

En una de las asambleas las intervenciones se sucedían enardecidas. Y confirmaban una vez más que los retazos diversos de la izquierda que poco después se encontraría unida padeciendo el asesinato, la tortura y la cárcel deshumana, divergían principalmente sobre la pertinencia o no de la tímida y civilizada lucha armada ya en curso.

De pronto subió al estrado un orador y el silencio se hizo impenetrable. La sorpresa era mayúscula pues nadie ignoraba que el que ahora se aprestaba a hablar hacía un tiempo que había desaparecido de aquel anfiteatro, y también de las clases, pues “andaba en algo”. Era alto y de anchas espaldas. Vestía un pantalón de lana gris y una camisa blanca desabrochada en el cuello, que cubría una campera de nylon, también gris. Se alisó el pelo corto, ligeramente ondulado, y entrecerró los ojos. El auditorio contuvo el aliento. Y entonces Gabriel, pausadamente, defendió la acción del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros, sin citarlo explícitamente. Pero como allí todos eran entendedores, medias palabras eran más que suficientes. Cuando terminó, una parte del anfiteatro aplaudió a rabiar, mientras que el resto se mantenía en silencio, pero se abstenía de expresar cualquier rechazo. Bajó del estrado y poco después se deslizó silencioso hacia la salida, mientras la asamblea seguía enzarzada en la discusión sobre si cabía o no hacer una manifestación en las puertas del Palacio Legislativo.

Pocos meses después el estudiante norteño, ya integrado al MLN-T reencontró inesperadamente a Gabriel en un contacto de fin de semana marcado en plena playa. Sorprendentemente, estaba acompañado de alguien que a todas vistas era su compañera, pues el fuerte brazo de Gabriel le rodeaba los frágiles hombros. Entonces o años después el norteño supo que su nombre era Rosario del Carmen Barredo Longo, siempre tímida y con los ojos semiocultos por lentes verdosos que debían tener también funciones de aumento. Saludó y se quedó muda. Gabriel escuchó con paciencia y después impartió las órdenes con la misma parsimonia. Y se fue, abrazando a su mujer por entre los muchos frequentadores de la rambla.

Aquel 14 de abril de 1972 el norteño se cruzó inesperadamente con el gigante, que desde la camioneta que pilotaba lo saludó muy discretamente, al pasar, con un gesto de la mano. Horas después se enteró en la casa de un colaborador y por la radio que Norma Pagliano Varo y Gabriel María Schroeder Orozco estaban muertos.

Nunca había imaginado que Norma pudiera ser integrante del MLN-T, menos de que fuera capaz de empuñar un arma, y menos aún que fuera casada. Hilando cabos pronto resultó claro que Norma y Jorge Nicolás Gropp Carbajal habían sacrificado sus vidas, defendiendo a balazos y en un enfrentamiento condenado de antemano al fracaso, la retirada de otros combatientes que los acompañaban.

Por su parte Gabriel había sido fríamente asesinado junto a otros integrantes del Comando de la Columna 15 del MLN-T en el local del colaborador donde estaban reunidos; el joven Horacio Rovira Grieco, hijo de los dueños de casa (ausentes en aquella hora), también había sido masacrado, cuando todos ya estaban rendidos en el interior de aquella residencia. Allí también cayeron acribillados a mansalva los dirigentes Alberto Jorge Candán Grajales y Armando Hugo Blanco Katras, a quien el norteño esperaba en vano en el local donde se encontraba aquella tarde.

En el silencio del living que sólo quebraba el chirrido de la radio se instalaron en el norteño las mismas dos convicciones que lo acompañarían el resto de la vida: para bien de los humanos y del planeta lo que justifica la existencia es la búsqueda incesante de la liberación nacional y del socialismo (que en su madurez el norteño querría orientado hacia el Ecomunitarismo), y que de la callada timidez de Norma a la imponente seguridad de Gabriel, son siempre los jóvenes quienes, con su audacia, abrirán las puertas del futuro mejor. Desde entonces supo que con ellos y guiándolos, avanzarán Norma y Gabriel.

El día que murió Gardel

En memoria de Raquel “Tota” Dupont

Hablar de la cárcel de Punta de Rieles no es fácil. A pesar de los cuarenta y pico de años transcurridos, me tomo un tiempo para hacerme una idea de quién es el interlocutor que tengo enfrente, a qué generación pertenece, cuáles pueden ser sus intereses en mantener viva la memoria de “los años duros”. Recién entonces voy dejando fluir mi relato.

A veces surgen preguntas, otras veces es solamente un pequeño gesto que me dice si por ahí vamos bien o no.

Recién salida “a la vida” quise contar mis vivencias a mi familia, a mis amistades, a los compañeros y compañeras, los pocos que quedaban en libertad o no habían salido al exilio. Es lo natural cuando una se ausenta, por el motivo que sea, por un largo tiempo de todo lo que hasta el minuto antes de partir componía su mundo cotidiano.

“¿Cómo te fue? ¿Qué es de tu vida? ¿Por dónde anduviste?” preguntamos espontáneamente.

Corría el año 1979. Fui a vivir con mi madre y con mi padre en Pando, ciudad donde nací y crecí en el seno de una familia con raíces profundas en esa tierra. Allí comencé mi militancia en la UJC. Y allí eché mis propias raíces con amor y en la certeza de que un mundo mejor era posible.

“Afuera” reinaba el terror, la larga noche del “Terrorismo de Estado” (aprendí el significado de esas palabras mucho tiempo después). Y lo cierto es que nadie preguntaba, nadie quería horrorizarse con el horror de lo que vivimos cada uno y cada una de las presas políticas durante esos años en nuestro país.

Por mi casa pasaron decenas de personas que llegaban a saludarme para expresar su solidaridad conmigo y mi familia. Algunas eran viejas amistades de mis padres, otras sencillamente conocidas de cruzarnos en actividades pueblerinas. Y hasta me sorprendí con otras que sabía en

tiendas políticas diferentes a las mías y de mi familia.

Todas expresaban a su manera su forma de decir Presente. Unas me traían regalos que yo agradecía sin comprender bien el porqué. Otras quizás fueron por la curiosidad de ver, por primera vez en la ciudad, a alguien salido de la cárcel tras cuatro años de reclusión sin haber cometido delito alguno. Y todas, absolutamente todas, me arroparon y sostuvieron con la solidaridad incondicional de quien no cuestiona ni juzga.

Ese desfile singular duró varios días. Lo recuerdo con emoción: la presencia de esas personas en mi casa fue un acto de resistencia y coraje en esa ciudad que como todo el país sufrió la represión, la cárcel y el exilio.

Con el tiempo fui comprendiendo que la ausencia de preguntas tendría la intención de no hacerme recordar, volver a pasar por el corazón aquellas vivencias tan terribles. Además de que para quien escucha no es fácil sostener el relato sobre cualquier situación de violencia. “Dejá, ni me lo cuentes” acompañado con un gesto de la mano como para ahuyentar fantasmas.

Entonces aprendí que cierta clase de humor que podríamos llamar “negro” es una manera de contar sin abrir nuestras heridas ni ocasionarlas en quien nos escucha.

En la cárcel sucedían a diario situaciones cómicas, o más bien las provocábamos para suavizar la vida real. Una historia que alguna contaba, el recurso ingenioso para escapar de la mirada inquisidora de la guardia al cometer una infracción al reglamento, un hecho de la vida anterior a la cárcel que alguna recordaba, hacían que la carcajada explotara en los momentos más inoportunos. “Expresión de hilaridad estentórea”, así se denominaba la sanción aplicada cuando esa carcajada colectiva traspasaba las rejas y llegaba a la guardia.

Cierta vez una compañera veterana contó que siendo ella apenas una niña sucedió la muerte de Gardel.

Ante la trágica noticia, una multitud salió a las calles. De la mano de su madre la niña marchaba en silencio. Una mezcla de miedo y tristeza la fue invadiendo a medida que más y más personas se sumaban a esa marcha sin rumbo. Miraba de reojo a su madre llorar, apretando con toda

la fuerza de su manito la mano de su progenitora. No dejó escapar ni un “qué pasa, mamá”, por temor a la respuesta que pese a su inocencia infantil intuía fatídica.

A lo largo de su vida reaparecía ese episodio cada vez que su familia o su círculo de allegados enfrentaba algún suceso luctuoso. Ella volvía a ser esa niña pequeña caminando de la mano de su madre en medio de una multitud que lloraba en silencio. Y una profunda tristeza la invadía.

El recuerdo del día que murió Gardel fue su estrategia en los momentos en que hasta el esbozo de una sonrisa hubiera sido motivo de castigo. Lo aprendió de adulta en los años de prisión. Si había que estar seria, a ella le bastaba con pensar en Gardel.

Cada día al final de la jornada debíamos formar para pasar la lista. A medida que la soldado nombraba nuestros números -eso éramos en la cárcel: un número- debíamos dar un paso al frente y decir “Presente” guardando silencio durante toda la formación.

En cierta ocasión, minutos antes de la hora de la lista, nos reíamos a carcajadas. En el momento de la formación no podíamos parar de reír mientras iban saliendo de la celda las primeras nombradas. La soldado exigía silencio elevando su voz por encima de las risas que intentábamos sofocar sin éxito.

Hasta que de pronto en la fila sonó potente el “Pensá en Gardel”. La voz ronca no dejaba dudas de a quién pertenecía.

Los gritos de la soldado amenazando con sanciones colectivas no fueron suficientes para detener la carcajada general que inundó el sector.

Gardel se tuvo que hacer cargo de los quince largos días sin recreo y sin visitas de familiares. Ni su condición de Mago salvó a las mujeres del castigo.

Han pasado 43 años desde mi salida de Punta de Rieles. Tota ya no está entre nosotras.

De tanto en tanto, cuando estoy a punto de dejar escapar una risa inoportuna, ella viene a susurrarme al oído: ¡Pensá en Gardel!

El pintor Orejano

Un tipo inolvidable el José Riobó Scocozza, un compañerazo.

Uno de esos con los que la convivencia se hacía muy amable. De sonrisa fácil y a veces medio bandida, lo recuerdo como muy curioso, buen preguntador, mejor oidor y siempre dispuesto a dar una mano.

Durante los años cuarenta y cincuenta fue back izquierdo de su cuadro del alma, Defensor, y dejó muy buen recuerdo entre los veteranos hinchas de la violeta.

Se daba tanta maña en la cancha que para el mundial del '50 fue convocado para vestir la celeste, cosa que contaba con discreto e indisimulado orgullo, pero una lesión de último momento lo sacó del plantel y le robó la chance de hacer historia en Maracanã.

Hijo de su tiempo y frenteamplista de la primera hora José fue de los que no dudó en jugarse al trabajo clandestino desde el mismo día que dieron el golpe de estado. Y en esa anduvo unos años, moviéndose con su gente, hasta que en un momento quedó descolgado por la merma que generaba la represión entre los que se animaban a hacer algo. Por la razón que fuera, cárcel, exilio o simplemente por un muy legítimo y respetable miedo. Quedó solo en su barrio y aun así buscó la manera de seguir agitando.

Se propuso continuar con las pintadas en los muros sabiendo lo riesgoso que era y que para no caer preso había que hacerlo rápido y borrarse. El problema era que trazar consignas a pincel en una pared no era pavada. Era una tarea lenta y dejaba regalado a quien lo hiciera.

En aquellos años no había otro modo de pintar porque el uso de sprays era impensable ya que no se conseguían en plaza y era muy complicado traerlos desde el exterior por los controles de frontera.

Así que buscando alguna manera se le ocurrió modificar un viejo Primus de manera tal que luego de unos bombazos la pintura fluyera

pulverizada en un chorro grueso, continuo y veloz. Y fue gracias a esa cocinilla adaptada que volvieron a amanecer los muros del Parque Rodó con los ABAJO LA DICTADURA y los LIBERAR A LOS PRESOS POLÍTICOS.

Pero claro eso tenía envenenados a los tiras que de noche, sigilosos y en autos particulares de luces apagadas, recorrían las calles buscando a los autores de esos gritos en las paredes de la ciudad.

José salió muchas veces sin “campanas”, demasiadas, y fue así que una de esas madrugadas de comienzos del '76 la suerte le soltó la mano y los milicos le echaron el guante.

Me lo imagino girando la cabeza, cegado por una linterna, sabiéndose encañonado, descartando el escape y asumiendo lo que se le venía. Vencido, pero no derrotado.

Y lo que vino luego fue la moneda corriente: las torturas, el acta, el pase a la justicia Militar y el salir esposado derecho a la cárcel con unos años de condena por delante.

A él le tocó en suerte una de las más pobladas, Cárcel Central. Todas estaban llenas, pero en esa en particular, en el sexto piso, estábamos de a cuatro compas en celditas de apenas dos metros de largo por metro y medio de ancho. Apretados como piojo en costura.

Y allí llegó una mañana sonriente y saludando, como si entrara en un club, y rápidamente pasó a ser uno más entre los encerrados en la Reja Especial del sexto piso.

Las cosas iban bien por allí. Mucha vida y mucha actividad; lecturas, conversaciones, rudimentarios trabajos artesanales, estudio, discusiones políticas, corrillos de noticias, de bromas y cargadas. Hasta se encontraba la manera de hacer ejercicios físicos en corredorcitos absurdamente estrechos.

Pero uno de los problemas mayores era que estábamos muy aislados de lo que pasaba afuera, no nos alcanzaba con las noticias que llegaban de la visita. Fue por ello que pasamos algunos meses buscando la forma de entrar una radio hasta que lo conseguimos.

A poco de comenzar ese invierno un preso común nos entró de canuto una vieja Spika que rápidamente se convirtió en la niña mimada de la reja. Esa radio nos vino de perlas para escuchar las noticias, claro, para tener

una oreja fuera del encierro, pero también para seguir el campeonato uruguayo ya que estaba por jugarse la final en esos días.

Una final inusual y especial, inusual porque era entre dos cuadros chicos, Rentistas y Defensor, y especial porque uno de ellos era el cuadrillo de nuestro Riobó.

Y así fue que llegamos preparados para esa inolvidable tarde.

Hacía mucho frío y cuando arrancó el partido, el silencio se hizo absoluto, nadie se movía ni siquiera para calentarse un poco. El habitual bullicio de la cárcel (gritos, portazos, chirridos de rejas, carritos con tachos de comida) paró en seco y se instaló un silencio casi sólido.

Todos estábamos atentos al murmullo bajo y casi indetectable de la “cantora” que nos traía a un Solé que nos contaba el partido y que tenía a un muy atento José con la oreja pegada a la misma.

En su momento el gol de Cubilla agitó el ambiente en un festejo contenido, pero la calma continuó hasta el final para no perder detalle, ya que no se podía subir el volumen.

Con el pitazo que consagró a Defensor estalló el festejo. El de los presos comunes, el de los políticos y hasta el de los guardias que también habían escuchado el partido a la sordina. Apenas un par de compañeros, resignados bichos colorados, se quedaron en el molde.

Festejamos porque era el cuadro de José, claro, pero también porque era el triunfo de un cuadro chico que había desafiado a los grandes y hasta porque dieron la vuelta a la cancha al revés, comenzándola por la izquierda. ¡Puro festejo, todo nos servía!

Pero lo mejor vino después. Un rato después. Cuando en el informativo de la noche oímos decir al Profesor De León, el técnico de Defensor: **“dedico ese triunfo a todos los que no están y en especial a ese gran ausente que se llama José Riobó Scozza”**. Ahí la Reja Especial volvió a explotar en gritos, risas y abrazos.

Era por Riobó, cierto, que estaba emocionado hasta las patas, pero también por todos nosotros ya que una vez más nos sentíamos recordados por los que estaban fuera.

Esa noche brindamos con escabio.

Elena

Montevideo, 2018 - 1973

La primavera había madurado con los colores del verano cuando Elena llegó a nuestras vidas. Fue un retazo del pasado hecho presente que dio consistencia de realidad a mis recuerdos y relatos.

Dinorah practica tai chi, hace muchos años.

Como en todo colectivo que centra su actividad en un deporte, encontramos personas de diferente pensamiento político y percepción social. Sobre esto no se habla, el centro es la actividad que los convoca. Sin embargo, la necesidad de encontrar en las relaciones sociales almas gemelas es casi instintivo. La búsqueda de empatía es una cualidad fuertemente humana y animal.

Búsqueda inconsciente, intuitiva y por ello mismo, casi siempre acertada.

Como dije en el grupo de tai chi no se habla de política, y los comentarios sobre hechos sociales son muy puntuales. Pero igual Dinorah encontró empatía en algunos integrantes del grupo. Una de estas personas fue Elena

Alguna vez se iban juntas, tomaban el mismo ómnibus en parte del trayecto e iban desgranando comentarios que cada vez las acercaba más y les hacía pensar que podían tener más de una coincidencia política y por lo tanto social.

Así fue, votaban al mismo partido político y se indignaban y emocionaban frente a las mismas injusticias, que ambas percibían de la misma manera.

Una noche, cuando salieron rumbo a sus casas el comentario se centró sobre la película “La noche de 12 años”.

Elena comentó – “Una de las imágenes, más tristes, que me ha acompañado desde 1973, es la imagen de un compañero de química, sentado en la puerta de la facultad. Yo iba al liceo y lo conocía de

coordinaciones. Era la imagen de la tristeza. Lo habían llevado los milicos. Nunca más supe de él, debe estar desaparecido. Esa tristeza no me abandona. Dos días atrás lo recordamos con un compañero de esa época”.

Esposado a la espalda, encapuchado, ingresé al cuartel, tirado en el fondo del coche que nos trasladaba.

El juego del bueno y el malo fue el comienzo casi inmediato del intento de ponernos de acuerdo sobre qué sabía y que no. El capitán que condujo el operativo de nuestra detención también condujo los interrogatorios y jugó siempre de “bueno”. Nunca le preocupó que supiera que allí estaba, un síntoma de la impunidad que ya estaba instalada.

Descalzo, esposado a la espalda y sin la camisa que me habían quitado y dejado sobre las muñecas comenzó el intercambio de opiniones.

-Sos tupa

-No.

-Sí, que sos tupa. Sabemos que sos tupa.

-No

-Bueno eso no importa, nos tenés que decir que hacías como tupa, estos tipos no bancan nada, si no nos decís te van a matar.

La presión fue subiendo de tono y sus métodos también, comenzaron los golpes.

Lo que les interesaba no era que confesara que era tupa, eso ya lo sabían, ni lo que hacía, a lo cual se dedicarían luego, pues estaba bastante apuntalado, su interés estaba en la pregunta que comenzaron a repetir como un estribillo, por un tiempo que me pareció eterno.

-Vamos cantá: un local, un legal y un contacto.

Necesitaban la información antes que se diera la alarma de que nos habían detenido, en esto, sí se pusieron pesados.

Sabían que tenía un contacto diario. Como todos los integrantes de la organización, una vez por día me comunicaba con ella. Tenían claro, que disponían hasta la hora del contacto para que se los diera, porque si no llegaba a tiempo, la alarma se transmitiría.

En un contacto no se esperaba más de uno o dos minutos, se debía llegar a la hora exacta, un minuto de espera era interminable. Si el compa no llegaba, te borrabas y concurrías a otro que se activaba inmediatamente

por si no habías podido concurrir en hora.

Faltar a un contacto no era común, si faltabas al siguiente, seguro estabas detenido. Por supuesto en el segundo contacto se esperaba aún menos, concurríamos con los nervios de punta.

Esto los milicos lo sabían y sabían que para pescar algún otro tupa, el mejor camino era la emboscada en el contacto diario. Un buen botín era un local de la organización o el nombre de alguien que fuera parte de esta y ellos no lo supieran, de allí el resto de la pregunta: un local no conocido o un compañero legal, que no se supiera por parte de ellos que era tupa.

En esto se centraron; lo que había hecho podía quedar para después.

A los golpes le sucedió la picana y el tacho. Estaban probando qué me podía afectar más.

Uno de los milicos dijo: “Es asmático, mételo en el tacho y vas a ver como canta”.

... Tacho conmigo.

El tacho era un tanque que me llegaba a la altura de la entrepierna, lleno de agua en el cual me metían de cabeza, esposado atrás, un milico de cada lado y un tercero desde detrás me tomaba de la capucha y me empujaba dentro del agua. Él también me sacaba y mantenía la capucha cerrada para que el agua tardara en salir y por lo tanto el aire en entrar. La capucha se pegaba a la nariz y boca.

Cuanto duró esta primera sección de interrogatorio, no lo puedo saber, puedo contar cosas, recuerdo que fue el más intenso.

Al vaquero le quedó una raya desteñida a la altura del borde del tacho.

Mucho tiempo después, mientras estaba en las barracas del noveno de caballería me llamó la atención una raya blanca, como gastado, en cada pierna que pensé podían ser de las arrugas que se generan con el uso.

Todos los que hemos usado pantalones vaqueros sabemos que donde se generan las arrugas se gasta más el pantalón y pierde más el color que en otras partes.

Una tarde, me di cuenta de que esta raya no era fruto de una arruga, pues la arruga no existía.

Como preso que no tiene nada que hacer, centré allí mi atención hasta que me di cuenta de qué podía ser, me paré, abrí las piernas, me agaché

un poco y las dos rayas blancas descendentes se transformaron en una línea continua.

Era el borde del tacho, lo tenía grabado en los pantalones. Cuantas veces fui adentro del tacho para marcar esa línea no lo sé.

Iba dentro del tacho y repetían: “un local, un legal y un contacto”

Entonces se te ocurren esas cosas que, si las pensás dos veces, no las hacés, pero la verdad que allí no hay tiempo para pensar dos veces.

Pensé que estos tipos, si yo no quería no me metían debajo del agua, agarré con las piernas el tacho, arqueé el lomo y me levanté. La capucha se salió de mi cabeza y sentí como me erguía sin que pudieran mantenerme dentro del tacho.

Sentís que crecés frente al sentimiento de vulnerabilidad que te llega por todos los poros, te sentís erguido más allá de lo real, te sentís crecer en tu propio interior.

Miré a todos los lados buscando a mis torturadores, los milicos que estaban a mis lados me mantenían agarrado, pero daban vuelta la cabeza para que solo les viera la nuca.

Entonces de vuelta el capitán.

-No, no nos entendemos, no podés hacer esto, vení, portate bien y ponete la capucha. Y por supuesto me la puso.

De nuevo dentro del tacho, y nuevamente traté de agarrar el tacho con las piernas, pero los milicos me las patearon hacia atrás y quede literalmente de cabeza dentro del tacho con las patas en el aire.

Ellos me habían dicho: “Cuando tengas algo que decir levánta el pie que paramos y te dejamos hablar”

Entonces levante el pie, quizás pensando, porque no, en hablar.

Pero cuando sentí entrar el aire me arrepentí, y me aferré a esa lucha por resistir.

-Que querés decir.

-Me ahogo. Esto no fue un buen chiste.

La andanada de golpes me superó y caí al suelo, me golpearon en la cabeza y entonces se volvió a escuchar la voz del capitán.

-En la cabeza no. Deja marcas.

Me quedo una marca en la frente, que cuando fui al juzgado aún la

tenía, pero a nadie le importo.

Al final acepté que tenía un contacto al otro día, en la desesperación de zafar del interrogatorio y no cantar.

Pensé que les podía hacer una trampa, una trampa sencilla, basada en el hecho consumado.

La idea que se me pasó por la cabeza y que llevé a la práctica sin pensar, fue dar un contacto, pero atrasar la hora, para que cuando volviera a los interrogatorios ya no pudiera dar un contacto real pues había pasado.

En ese momento, recuerdo, no pensé en las consecuencias cuando no llegara nadie, de eso me empecé a preocupar cuando, efectivamente, no llegó nadie.

Sábado a las tres de la tarde en la puerta de la Facultad.

La Facultad tenía dos cuerpos, el cuerpo central de frente a Gral. Flores y el Instituto de Química a la izquierda, saliendo de este edificio.

El contacto era en la puerta del instituto.

Esto paró unos momentos la máquina, pero necesitaban el local y el legal, así que volvimos a retomar el procedimiento del tacho.

Y junto con el contacto y el legal, comenzaron a preguntarme por una cantidad de nombres.

No sé cómo, pero sentía que estaban tirando verde para recoger maduro. Tenían una gran mezcla de nombres reales, con apodos y seudónimos. Un gran entrevero de información que no estaba dispuesto a ordenar.

Nuevos forcejeos y recuerdo que el interrogatorio paró, cuando junto con el tacho probaron la picana en las axilas. Todo rojo y me desvanecí.

El recuerdo que sucede a esto es que me encontraba sentado en una silla, solo con el capitán, que me secaba, luego sentí que me subían por una escalera y mis pies golpeaban en los escalones. Apenas recuerdo que me tiraron en un colchón y nada más.

Al otro día, después del medio día me sacaron para el contacto que se suponía debía tener. Esposado adelante, me había colocado algodones en los ojos y sobre ellos lentes de soldador oscuros, en sustitución de la capucha de tela que había tenido desde que me detuvieron. Minutos después de salir del cuartel me sacaron los lentes y pude ver.

Al llegar a la facultad, quien comandaba la operación me sacó las esposas y dijo: “Camina hasta la puerta del instituto que te sigo”.

Efectivamente así lo hizo, pasando de largo junto a mi para colocarse en la estatua a la Madre que hay en medio de la plazoleta, frente a la Facultad, sin olvidar advertirme:

-Flaco si te metés dentro de la Facultad no te quepa ninguna duda que entramos a sacarte, y recordá que, si te escapas, siempre queda tu mujer para pasar el rato”.

-Una cosa más – dijo – cuando lo veas venir, o que alguien se te acerca, te tiras al suelo.

-Para que querés que me tire al suelo.

-Por si empieza a tirar.

-Yo al suelo no me tiro; y mira, hay un pueblo que me conoce y que cuando me vean allí pueden arrimarse y eso no quiere decir que sean tupas.

La verdad que esto no lo había tomado en cuenta,

Era un día gris, o por lo menos así lo recuerdo. Metí las manos en los bolsillos del chaquetón y me recosté a la pared del instituto, como tantas otras veces lo había hecho.

Tenía la certeza de que el contacto no iba a llegar, y comenzaba a preocuparme qué iba a pasar.

Mientras deseaba que el tiempo no pasara, me decía cosas como: “Y bueno, un contacto lo pierde cualquiera”

La verdad que nunca hubiera podido imaginar las cosas tal cual sucedieron. Esta vez, como muchas otras, la realidad superó a la imaginación, y en esta oportunidad a mi favor. Tuve suerte.

En la facultad estaban los compañeros, que habían pintado un gran cartel que decía: “Libertad para los compañeros presos”, con todos nuestros nombres.

Pasó algún compañero, que yo sabía estaban buscando, pero ellos no conocían pues ni se movieron, eso fue información importante. Pasó algún profesor que también me conocía. La verdad que en ese momento no lo comprendí, pero me estaba transformando en un acontecimiento público, lo cual me ayudó.

Mientras estaba allí los compas se movieron y llamaron al decano y

éste a mi familia, que vivía a dos cuadras, y al rector de la Universidad.

La hora pasaba demasiado rápido.

El teniente se acercó: "Que pasa que el hombre no llega".

Allí empecé, instintivamente a armar el verso que luego gritaría como un descosido al llegar de vuelta al cuartel, para salvar el pellejo de una paliza.

-No vino porque sabe que estoy detenido. No ven los carteles que denuncian nuestra detención. ¿Quién se va a acercar por aquí?

-Nos cagaste.

La verdad que allí comencé a sentir un miedo atroz.

-Vamos a dar una vuelta y volvemos- dijo.

Me subieron al coche y me sacaron a dar una vuelta. Había milicos en varios puntos.

Las amenazas eran de todos los colores.

Pero, el hecho ya estaba consumado, el contacto ya había pasado cuando llegamos la primera vez. Esa parte me había salido bien.

El coche dio la vuelta al palacio y enfiló por Gral. Flores. Cuando llegamos a la esquina de Gral. Flores y Yatay, veo a mi madre y mi hermana que se dirigían a la Facultad.

La suerte quiso que mucha gente me viera. Primero los compañeros que habían colocado el cartel, el decano, mi madre y mi hermana que habían ido a hablar con este.

Me encontraba sentado en la escalinata de la facultad, cuando llegó el Rector de la Universidad Samuel Lichtensztejn. Fue de película, no lo podía creer.

Muy decidido se acercó y me preguntó

-¿Está detenido?

-Si, y si no se va, Ud. también va a ser un detenido.

Terminé de formular mi pequeña sentencia, cuando llegaban corriendo los milicos y quien dirigía el operativo tomo al Rector del brazo.

Éste se sacudió al tiempo que le decía:

-Yo soy el Rector de la Universidad y a mí me suelta.

"Andá para el auto", fue la respuesta del teniente dirigida a mí.

Samuel nos siguió hasta el vehículo, en el cual yo ya me encontraba,

y por la ventana del conductor tomó el volante del auto para que no arrancara.

-¿Dónde está detenido? Fue su pregunta.

-Si no suelta la dirección, va preso. Fue la respuesta del teniente.

Desde las ventanas del Decanato de la Facultad de Química mi madre y mi hermana, junto al decano y los compañeros habían presenciado toda la escena.

Al ser llevado a la facultad me había transformado en un faro de advertencia. Se había anulado la posibilidad de desaparecernos. No creo que se lo plantearan, pero, de hecho, con ese paseo se redujo la posibilidad de que sucediera

Fue allí, sentado en la escalinata de la facultad, donde Elena me vio.

Elena terminó de comentar: “Se veía extremadamente triste y no pude averiguar qué pasó. Nunca supe su nombre, solo recuerdo que le decíamos ...”

Con las lágrimas asomando en sus ojos Dinorah sólo pudo decir: “Es mi esposo y vive”.

La realidad desapareció. El encuentro era asombroso, inesperado y cargado de dolor y alegría. La angustia, de 45 años de Elena, su historia inconclusa se encontró, increíblemente, con su otra parte en Dinorah.

Vino el ómnibus y subieron instintivamente, calladas ambas, no sabían qué decir. Se miraban y varias veces comentaron: “Que increíble”. Llegó el momento de que Dinorah debía bajar, así lo hizo y también Elena, que debía seguir: “No sé por qué me bajé, debo seguir, nos vemos”

Cada una tomó su rumbo...

Especial

No. No era una gran tragedia. Al menos no a un nivel consciente; o al menos yo no lo vivía así.

Yo era especial.

Compartía un gran secreto con los adultos, y eso me hacía sentir muy importante.

“Tu papá está preso por pensar distinto. Por querer lo mejor para todos los niños...” me decían. Entonces era alguien muy importante y muy valiente mi papá, pensaba yo.

Sí, estaba preso; y ese era el gran secreto que debía mantener, aunque la verdad, me costase un poquito.

En mi escuela no debía contarle y en algunos otros lugares que me indicaran, tampoco. Hacerlo podía tener consecuencias negativas para nosotras. ¿A qué se referirían con eso?, pensaba yo.

Levantarse a las cinco de la mañana, aunque fuese una vez por mes, para ir a visitarlo a la cárcel, era toda una aventura. Y yo lo vivía con alegría. (Que yo supiera, nadie de mi edad se despertaba a esas horas, a menos que fuese un seis de enero, para tratar de ver a los Reyes Magos). Y esto era otra cosa que me hacía especial.

No recuerdo cada cuánto, pero cada tanto recibía lindos y originales juguetes. Nadie más los tenía; no los vendían en kioscos o tiendas; muchos eran personalizados con nuestras iniciales o nombres, y casi siempre se trataba de algo que nos gustaba mucho. Al principio no entendía mucho cómo era que eso pasaba, pero mamá nos lo explicó: ¡esos juguetes los fabricaba nuestro papá! Sí, además de todo, ¡era un gran fabricante de juguetes!. Esto sí que me hacía sentir única entre todos mis amigos.

Yo no sabía cómo vivían los adultos toda la situación. Quizás también ellos se sentían especiales. Capaz no igual que yo. Nunca me animaba a preguntarles, porque en verdad sentía que su “especial” era bien diferente al mío.

Pero ellos contaban con “la ventaja” de poder hablar del tema con las personas que ellos quisieran. En cambio yo no, pues cumplía a raja tabla el mandato de no mencionar a nadie el asunto. Sí lo podía hablar en familia, pero no había más “aliados” ya que éramos las únicas de todos los primos, con un papá preso.

Sí recuerdo momentos feos, pero muy específicos. Las esperas, las caminatas y el destrato que recibíamos desde que llegábamos al Penal hasta que por fin nos encontrábamos con papá. Ahí todo se diluía con el gozo de estar con él. ¡Cuántas cosas interesantes tenía siempre para contarnos! De lo que quisiéramos, él sabía (sabe mucho más que mi maestra de la escuela, pensaba yo).

También hacíamos muchos planes para cuando él saliera de allí. Nunca dudábamos de que eso sería así. Sólo había que esperar con mucha, mucha paciencia, que eso sucediera (“escalón a escalón”, nos decía papá).

Y el día que sucedió, también me sentí especial. Yo ya tenía ocho años y estaba en la escuela a la que iba por las mañanas, cuando entró la directora a mi clase y llamándome por mi nombre, dijo que debía retirarme, que me habían ido a buscar con una buena noticia.

Nunca imaginé de qué se trataba, hasta que mi tía, que era quien había ido a la escuela a buscarnos, lo dijo: “Soltaron a tu papá”. Y ese día sí que me sentí especial, pues fui la niña más feliz de todo el Universo.

Especial. Diferente. Única.

Ojalá hoy tuviese alguno de estos sentimientos hacia mí.

Vivencia de la dictadura 1

No fue fácil la adolescencia en los años 80, al menos la mía no lo fue. Me crié en una familia pobre, izquierdista y temerosa, (y sus motivos tenían). Recuerdo de niño preguntar por un símbolo que estaba mal tapado con pintura en la pared de un vecino, y me respondían que de “eso no se habla, está prohibido”. Era el símbolo del FA, Frente Amplio.

También en varias reuniones familiares, se recordaba en las charlas, en los cuentos, al Tío Pato, y alguien al final siempre decía, “pobrecito, ojalá esté bien”, y no me contaban que le había pasado, yo no lo conocía.

El Tío Pato, Miguel Benítez es su nombre, es un primo de mi madre, que estuvo 5 años preso, por ser militante del Partido Comunista, y fue exiliado en Suecia, cuando lo liberaron.

A la salida de la dictadura, yo tenía 15 años, y cuando empecé a militar, entendí más profundamente los silencios de mi familia. Así fue pasando el tiempo, hasta que a los catorce años me tocó un poco más de cerca. Éramos gurises de bajos recursos, por lo que casi todos estrenamos nuestros primeros trabajos por ese entonces, y también debutábamos en las comisarías por las razias. Recuerdo varias veces que me llevaron, y no les importaba nada, me llevaron con cédula y carné de trabajo incluso, que por aquellos años se expedía. Pero el que más me calentó, por decirlo claro, fue una tarde en Dieciocho de Julio.

Mi tío Pato, había regresado hacía poco menos de un año, con la Amnistía, y había montado un taller de serigrafía en la teja, y me empleaba como cadete. Me mandó, ese día, al centro a levantar unas películas de acetato para las matrices, para imprimir calcos. En la puerta del destino, quizás a diez metros de donde tenía que entrar, me encuentro con dos amigos del barrio, que estaban de paseo. Yo estaba con la ropa de trabajo, todo manchado de tinta. Llevábamos unos minutos charlando, cuando

me tocan el hombro, y me piden “documentos”. Me di vuelta y vi que era la policía. No tengo les dije, estoy trabajando, tengo que levantar un material ahí, señalando el lugar al que yo iba. Trabajando, le dicen ahora, nos replica un policía, riéndose. Acompañénnos, los tres, suban a la camioneta, era la famosa Chanchita. después de pasearnos por largo rato, y aplicarnos la sicológica, nos hicieron bajar en la seccional de menores, que por esos años quedaba en la calle Minas. Nos sacaron los cordones de los champions, los cinturones y las pocas pertenencias que teníamos. Uno de mis amigos, Héctor, había comprado un cassette de canto popular, con la tapa del PC, con la hoz y el martillo. El comisario, (que lo mandaron llamar), cuando vio el cassette, nos empezó a molestar verbalmente, y se reía al ver nuestras caras con miedo. Terminó diciendo, “ya vamos a volver”, déjenlos detenidos hasta que los vengam a buscar. Tres horas después nos sacó mi madre.

Vivencia de la dictadura 2

En 1984, empecé el liceo, comenzaba la confirmación de mi adolescencia. El liceo al que fui es el 26, en Jacinto Vera. Recuerdo bien el primer día, nunca había visto tanta gente en un mismo lugar. Yo era inquieto y atrevido, en el buen sentido, por lo que no me costaba vincularme. Entre los 42 que éramos en la clase, hice amistad con Ademar, que por casualidad vivíamos en el mismo barrio, el glorioso Cerrito de la Victoria. Así fueron avanzando los meses, y con ellos nuestra amistad. Él era más tranquilo que yo, pero bancaba cabeza, teníamos el alma inquieta. Un buen día, me invita a su casa, para “estudiar”. Creo que leímos como una página entera de algún libro, y nos fuimos a la calle. Él vivía en Burgués y Guenoas, frente al cuartel del Grupo de Artillería Nro. 5, al lado del Cementerio del Norte. Después de grande supe, que ahí estuvo preso por unos días, mi cuñado, solo por pensar distinto. Ademar me había alertado de cómo comportarme en la calle, pues los señores del 5to, (cómo se lo conoce popularmente), se molestaban fácilmente. No me pregunten por qué, pero siempre tuve poder de convencimiento, (aunque en ese momento no me daba cuenta). En una de nuestras charlas le pregunté a Ademar por unos coquitos que tenían las palmeras del cuartel, las cuales estaban a todo lo ancho de la vereda del mismo.

- Son Butiá, me responde, son riquísimos.
- ¿Se comen? le pregunté.
- Claro, me dijo, y mi viejo hace caña con esos coquitos adentro.
- ¿Vamos a buscar?
- Es imposible acercarse, los milicos no dejan arrancar nada.
- Y siempre están ahí?
- Si, son guardias.

Todo eso era un mundo nuevo para mí, pero la idea de los coquitos quedó en mi cabeza por unos días, y no me iba a quedar con las ganas de intentar sacar alguno.

- Mañana lo hacemos, me dije.

Los cinco recreos que tuvimos entre materias ese día en el liceo, me

dediqué a planear con Ademar cómo hacerlo, aunque él no quería saber de nada le puso onda.

- Mirá que te cagan a palos si te agarran, - me decía.

- No pasa nada, son coquitos, - le respondí.

Así fue que una tarde noche, agarramos un cuchillo de serrucho, y nos dirigimos hacia la palmera que, para nosotros, era la menos vigilada.

Llegamos y Ademar me hizo "piecito".

- Cortá de las ramas finitas, dos o tres y nos vamos.

- No, voy a cortar el gajo entero.

¿Estás loco? Nos van a matar.

- Aguantá, y decime si viene alguien.

La adrenalina que generaba el solo hecho de estar en un cuartel, robando butiá, era muchísimo, y el flaco estaba más preocupado de que yo no cayera, más que de vigilar.

Además, imagínense lo que significaba cortar una rama dura con un tramontina, era simplemente imposible.

- Apurate Rafa.

- Ya voy, esta dura.

- Van a venir, y ya no aguanto con las manos.

QUIETOS, O DISPARO, ¿QUE ESTAN HACIENDO? fueron palabras que nos congelaron el alma.

Ademar me bajó en un segundo. Cuando levanté la vista, teníamos el cañón de un fusil de combate, el famoso FAL, apuntándonos al pecho, a no más de un metro de distancia.

- ¿Qué están haciendo?, volvió a preguntar.

Como pudimos, y con nuestros corazones latiendo como locomotoras a toda máquina, le respondimos que queríamos comer coquitos.

- Esto es propiedad del Ejército, no se puede tocar nada, váyanse o los arresto.

Cruzamos la calle, a lo de Ademar, y lo único que yo escuchaba era mi respiración muy acelerada, y a mi amigo que no paraba de putearme.

A los pocos días nos reíamos del triste episodio, producto de nuestra inmadurez, sin lugar a dudas, quedando grabada en mi mente una pregunta, ¿dispararía en realidad ese soldado, por unos coquitos de butiá?

Nunca lo sabremos, pero la sensación de tener un fusil apuntándonos, seguro es algo que jamás olvidaremos. Nuestras familias nunca supieron lo sucedido.

Vivencias

Me pareció interesante compartir algunas experiencias o anécdotas de mi estancia en algunos lugares en que estuve detenido.

Cuando me trasladaron desde la Tablada al Sexto de Caballería donde había otros compañeros, todos incomunicados (los que ya estaban habían recibido algunos enseres desde sus casas), tuve mi primera satisfacción que fue en la noche cuando nos llevaban al baño, el compañero Roberto subrepticamente extiende la mano y me da un cepillo de dientes. ¡Que alegría poder usar un cepillo de dientes después de ocho semanas!

Allí se dio algo que llamaba la atención de los guardias: El almuerzo consistía en un caldo lavado que en algunos platos venía acompañado por un fideo mostachol y en los demás sin nada, pedíamos autorización y los que recibían el premio lo dividían al medio y le daban solidariamente la mitad al que no tenía.

Levantada la incomunicación pasé a la parte donde íbamos llegando los que nos librábamos de la capucha y podíamos hablar. Era una pieza donde teníamos una libertad parcial y vigilada. Allí un inconveniente fue la enorme cantidad de moscas que convivían con nosotros. Para evitar alguna enfermedad decidimos matar moscas, llegando a poner metas que llegaron a cien por día y por persona. Esto nos ayudó a tener más actividad tratando de hacer una carrera a ver quién llegaba primero a cumplir esa ambiciosa meta. Luego nos mandaron al Noveno de Caballería y nos alojaron en vagones donde por estar herniado no podía salir a carpir y me encomendaron armar botones para las chaquetas de los oficiales. Era mano de obra gratis, pero me servía porque salía con otro compañero del encierro del vagón, esto me convirtió en el "Rey de los Botones" para los compañeros.

Luego me trasladaron al Primero de Artillería (La Paloma) donde como sabía Electrónica me pusieron a reparar radios en un cuartito lo que me

permitió escuchar noticias en directo que compartía con los Compas. Creo que no reparé ninguna, pero escuché radio alrededor de diez días, porque luego de ese tiempo fui trasladado.

Mi próxima estadía fue el Penal de Libertad donde me sucedió una anécdota jocosa cuando me llevaron junto a una cantidad de compañeros a darme la sentencia. Comienza el actuario a leer la sentencia uno por uno y eran todas muy altas, muy por encima de diez años. Cuando llega mi turno el actuario me lee una sentencia algo larga y dice son dieciséis años de pena. Enseguida lo corrijo y le digo que no son dieciséis sino seis porque ya lo sabía por los familiares. En ese momento todos los guardias se me lanzan blandiendo garrotes y con perros amenazantes. Cómo podía hablar si no estaba autorizado y menos aún contradecir a la autoridad. Cuando el funcionario judicial ve que el error fue suyo al confundir el paréntesis que estaba delante del 6 con un uno. Esto originó una carcajada general de todos nosotros y dejó una sensación vergonzosa en ellos

Testimonio

Recuerdo allá por diciembre del 74, una madrugada alrededor de las 3, nos rompieron la puerta del frente de nuestra casa. Yo, que era un niño de 13 años, dormía en la habitación con mi madre, y cuando ella alcanza a prender la luz teníamos varios militares con armas de guerra apuntándonos. Inmediatamente se trasladaron a la habitación de mi hermano, un joven de 22 años, trabajador de FUNSA y estudiante. Recuerdo que lo tiraron al piso, revisaban los libros y un viejo radiograbador a cinta. Luego de eso, le hicieron tomar su colchón, lo encapucharon y se lo llevaron. Mi madre les preguntó: “¿A dónde se lo llevan?”, no obteniendo respuesta alguna. Recuerdo que mirábamos por la rendija de la persiana, en la oscuridad de la noche. Lo que podíamos observar era la pequeña luz de los cigarrillos encendidos de los militares, quienes estuvieron como una hora en la calle, y nosotros, con mi mamá, teníamos la esperanza que lo dejaran regresar a casa. Luego de eso, pudimos ver varias camionetas retirarse del lugar. Al otro día, nos enteramos de que la espera de los militares era porque también habían hecho procedimiento igual. Habían secuestrado a otro joven vecino. A partir de ahí empezó una odisea y un calvario para mi madre y para mí, puesto que éramos solamente nosotros tres en la familia, pues ya había perdido a mi padre.

Recorrimos, mi madre y yo, varias unidades policiales. Decían que no sabían nada. Él era un trabajador de FUNSA. Los primeros tiempos los compañeros nos hacían una colecta para ayudarnos económicamente, en unas hojas manuscritas con los nombres. Al cabo de cierto tiempo lo tuvieron que hacer en forma clandestina, sin identificar sus nombres, por el riesgo que la gente corría, por miedo a la represión que se vivía en ese momento.

Mientras tanto, pasaba el tiempo sin tener noticias de su paradero. El abogado del sindicato de FUNSA era el que nos trataba de dar información

sobre su paradero. No fue hasta más o menos -recuerdo- un mes y medio. Después que nos dijeron que fuéramos hasta donde hoy está el liceo militar de la calle Castro, que ahí tenían unas listas con información dónde nos podrían indicar su paradero. Allí nos informaron que estaba en el 6º de Caballería, pero no lo pudimos ver hasta más o menos después que fue trasladado al 5º de Artillería de la calle Burgues. Ahí lo pudimos ver por primera vez. Recuerdo que era un viejo galpón, y quedábamos separados por una mesa, donde podíamos hablar sin tener contacto físico. Recuerdo a mi madre llorar, y yo, que no comprendía mucho, sólo pensaba “¿Por qué está ahí?”. Mi hermano me decía, pese a su juventud, que nos quedáramos tranquilos. En ese lugar, lo visitamos por un tiempo. Luego fue trasladado al Penal de Libertad. A partir del traslado al Penal de Libertad, lo visitábamos los viernes, día de visita. Lo hacíamos una vez yo, y otra mi madre, ya que se nos hacía muy difícil económicamente. Esto nos provocaba una angustia, el no poder acompañarnos mutuamente. Llegar al Penal de Libertad provocaba sentimientos encontrados. Por un lado, contento de ver a mi hermano, y por otro triste e impresionado por el lugar, lo más parecido a un campo de concentración. Nunca me voy a olvidar de las revisiones del personal militar, de las medidas de seguridad (varios portones), hasta llegar al lugar dónde se tenía el encuentro. La primera vez que lo vi, me impresionó, porque lo habían rapado y estaba con un mameluco que tenían los detenidos, con un número de identificación. El diálogo se daba a través de un cristal, y por un tubo telefónico. Al finalizar la visita, por una pequeña ventana, le podíamos dar un beso. Luego nos retirábamos, muchas veces llorando, totalmente impotentes y con bronca. Recuerdo una mujer militar, llamada Amanda, por su insensibilidad para con todos los familiares que ahí concurrían. Y así transcurrieron los años hasta su libertad.

En memoria de mi hermano Uberfil Martínez 1757 en el Penal de Libertad

Una secuela más

Me recuerdo joven, esbelta. Llevaba a mi bebé en brazos y a mis otros hijos de la mano. El mayor no debía tener más de seis años, y el otro no alcanzaba los tres.

Habíamos ido caminando hasta la parada del ómnibus de forma distendida, en una charla amena y refrescante. Al llegar a la esquina les avisé que debían esperar que cambiara el semáforo para cruzar la Avenida 8 de octubre, como siempre bastante transitada. Los chicos me miraron; Alex asintió con la cabeza mientras apretaba la manito de Camilo, que lo observa y reía.

La luz verde nos indicó que podíamos cruzar, había que apurarse o cambiaría la luz del semáforo.

Los pasos de los niños no iban al mismo ritmo que los míos, al llegar a la esquina los esperé, preocupada de que fuera a cambiar la luz a amarilla en la mitad de la calle.

Bajaron el cordón, cambió la luz y me vino el maldito calambre. Me caí, logré no caer sobre Naty, pero en ese preciso momento sentí el silbido del ómnibus frenando casi sobre mí.

Escuché los gritos de Alex y el llanto de Camilo abrazado a su hermano.

Alex había protegido una vez más al pequeño. Yo continué paralizada mientras percibía que otros transeúntes venían a auxiliarme.

Algunos intentaron tranquilizar a los niños que lloraban desesperados y compungidos. Otros trataban de levantarme, dado que no lograba ponerme de pie, mucho menos mantenerme. Un esbozo de sonrisa apareció en mi rostro apesadumbrado al comprobar que mis dos hombrecitos se encontraban bien sobre la vereda y con las manitos entrelazadas.

La pequeña sollozaba aún. La gente se impacientaba dado que, por más que yo lo intentaba, no lograba mantenerme erguida, la pierna

derecha no me respondía, no la sentía, como ya me había pasado en otra infinidad de momentos. Las preguntas me ponían nerviosa, eran muchas, y realmente no se me ocurría qué responderles.

Seguramente, si les contaba la verdad, muchos de los que me estaban prestando ayuda me mirarían asombrados, otros se arrepentirían por haberse acercado y algunos, tal vez continuarían solidarios. Decirles que desde hace unos cuantos años pierdo la estabilidad, que a mi pierna la recorre un fuerte calambre y ya no puedo reaccionar debido a secuelas de mi estadía en prisión, no resulta nada fácil de explicar. Máxime cuando la prisión sufrida fue como presa política.

Aún los días grises continúan cubriendo nuestro paisito, si bien la lucha por la liberación de los presos continúa.

La intensidad del abrazo a mis retoños es prácticamente imposible de transmitir con palabras...

Apenas me separé de ellos para agradecer sinceramente a todos aquellos que, de una forma u otra, vinieron a socorrernos. Me costaba hablar. Preferí permanecer en silencio. Les agradecí con la mirada, con un susurro casi imperceptible, dejando sin respuestas a todos aquellos que me preguntaron qué fue lo que me había ocurrido.

Los Héroes de la Arrocerá

Aquella arrocerá estaba ubicada en un fundo bordeada por una laguna cuya agua, mezclada con fertilizantes y mata yuyos, servía tanto para regar el arroz como para saciar la sed de los peludos que allí trabajaban, generación tras generación y que eran tratados como un pedazo más de aquella enorme propiedad del terrateniente, al que ellos llamaban “el Gringo”, y que venía dos o tres veces al año para controlar la prosperidad de su negocio.

Ahí vivían Seu Nicanor, el único que había nacido en el lugar y que no conocía el pueblo, el Anitzio y donna María, el Anacleto, Elisángela, la Nené, y otros. Casi todos llegaron para hacer “la zafra”, oriundos de diferentes lugares: Artigas, Bella Unión, del sur de Brasil, pero tenían en común una familia con muchos hijos que los estaban esperando para poder comer.

La mayoría de ellos, como no sabían leer ni escribir, firmaban sin saber qué en un papel de “astrasa” que el “gringo” les daba como comprobante del sueldo. El “sueldo” Entre adelantos pedidos frente a urgencias como enfermedades de los hijos, o la cuenta del pedido del almacén que estaba en la misma arrocerá y que era propiedad del “Gringo”, el pago por su trabajo llegaba a manos de los peludos en cantidades irrisorias, dándose casos de que quedaban en deuda con el patrón. La entrada y la puesta del sol eran el reloj natural para el comienzo y el fin de la jornada.

Sucedió un día de invierno, allá por el año 1973. Hacía frío y las primeras sombras de la noche empezaron a cobrar vida. Ante los ladridos persistentes de los perros el Anacleto salió desde el galpón, dormitorio común para los trabajadores, a ver cuál era el motivo de tanto ladrido.

De lejos, por el camino, se veía la figura de una pareja caminando hacia la arrocerá. Sin distinguirse mucho sus caras se les notaba su andar cansado y el abundante equipaje que llevaban a cuestas. Al llegar la

presentación fue sencilla: -Estamos buscando trabajo, somos Cristina y Raúl y tenemos hambre.

Anacleto no dudó en compartir con ellos un trozo de pan que se había reservado en el almuerzo para la cena. Descolgó un pedazo de charque que estaba secándose en un alambre y lo cocinó junto con unos fideos, haciendo un ensopado que a los caminantes les resultó delicioso, a pesar de que solo pudieron probar dos o tres cucharadas porque sus magros y maltratados estómagos luego de tantos días sin probar bocado, no les permitió seguir comiendo. Anacleto, sin consultar con los demás, les ofreció un lugar para descansar en el galpón. Aquella noche de invierno la tormenta golpeó fuerte el lugar. Volaron techos y los rayos parecían partir la tierra. Aquel lugar en donde los colchones eran pedazos de cueros de ovejas y las frazadas unas lonas viejas, les resultó maravilloso a aquellos misteriosos caminantes.

Como a las dos de la mañana, los perros con su ladrido desesperado parecían anunciar la presencia de algún extraño. La tormenta había ya campeado un poco, pero la oscuridad era intensa. La única luz era la de un pequeño candil armado con una mecha empapada en grasa y nafta robada del tractor del gringo. Ellos lo llamaban “luz”, aunque era el siniestro respiradero que durante años invadía con su hollín los maltrechos pulmones de los peludos. Los ladridos se hicieron cada vez más fuertes, quizás avisando que algo iba a suceder. De pronto en medio de aquella oscuridad del campo, entre las rendijas del galpón una luz se divisó a lo lejos. Sólo una duda para Anacleto: ¿será la luz mala o el espíritu de algún “aparecido”, o quizás algún “alma en pena”?

Mientras los demás dormían, la pareja se levantó sigilosamente y a tientas para evitar que nadie se despertara, se agazaparon atrás de la puerta controlando el desarrollo de los acontecimientos.

Anacleto, que se percató de la actitud de los caminantes, no dijo nada. Sólo se hizo fuerte, y apechugando el miedo, salió a ver que estaba sucediendo. La luz se hacía cada vez más cercana hasta que se pudo divisar una camioneta del ejército que, al llegar al galpón paró. Fue entonces que bajaron 3 militares con metralleta en mano. En sus ojos se veía el odio, pero atrás del mismo sus voces, que aparentaban ser firmes, aunque en

realidad temblaban. La pregunta fue lacónica: -Andamos buscando un par de sediciosos que se nos escaparon de milagro y que tenemos que llevar para el cuartel. Usted, ¿no los vio? ¿No vio a nadie raro por acá?

Se hizo un silencio, casi sepulcral, de ese tipo de silencio que separa la vida de la muerte. Miles de cosas pasaron por la cabeza de Anacleto. Para los caminantes, sólo una: querer vivir.

Los perros seguían ladrando, como rechazando la presencia de los uniformados, mientras Anacleto se aprestaba a tomar una decisión. Finalmente dijo:

- ¿No gustaría que les prepare un mate? Deben de estar cansados, ¿no? Y enseguida, como sin esperar la respuesta, con voz muy firme dijo:

- No, por acá no pasó nadie, todos estábamos durmiendo.

Un zapato para cada dueño

Oriana aprendía mucho de la gente con solo mirar sus zapatos. Sabía que había calzados preferidos por las vecinas que salen a barrer la vereda como chancletas o zapatillas. Pensaba que si ellos pudieran hablar, contarían los chismes que eran divulgados por sus dueñas. Otros eran usados por los albañiles que trabajaban en la casa de al lado, esos siempre tenían salpicaduras de cal y probablemente oyeran expresiones vulgares gritadas a las mujeres desde el andamio, cosa que enojaba mucho a Tania su hermana mayor al volver de facultad.

La maestra usaba zapatos acordonados y con tacones lo que hacía que su corpulenta figura inspirara aún más temor. Los escuchaba ir y venir entre los bancos cuando ella cuidaba que los alumnos no se copiaran la prueba. Oriana sabía que cuando se acercaba el crujido de los tamangos debía esconder rápidamente el apunte salvándolo de los ojos escrutadores de la docente.

La tarde de ayer había salido de compras con su madre y había vuelto con una caja que contenía un par de zapatos negros de charol cuidadosamente envueltos en un papel de seda blanco. La vendedora exagerando su sonrisa, le había dicho que le iban muy bien y ella había dado unos cuantos pasos de baile frente al espejo sorprendida por el brillo de su nuevo calzado.

Al llegar a la casa había guardado la caja bajo su cama y no veía la hora de estrenarlos cuando su vecina pasara a buscarla para salir, por eso ni bien oyó el timbre bajó corriendo las escaleras para recibir a su amiga.

Al salir a la vereda vio con sorpresa que el sol resaltaba aún más el lustre y cuando jugaban al “zapatito de charol” junto a otras niñas, ellos se destacaban entre otros de cuero o con suela de goma. La mayoría estaban desgastados de tanto trajinar, pero Oriana pensaba que ese desgaste valía la pena ya que se había producido porque su dueña era alguien a quien le gustaba divertirse.

Oriana está pronta la comida... llamó su madre desde la puerta del frente con el delantal atado a la falda. Cuando Oriana se sentó a la mesa

reparó en que su madre aún llevaba puestos los mocasines que usaba para hacer los mandados. *Pues claro... reflexionó mojando el pan en la salsa de los raviolos mamá lleva puestos los mocasines porque son fuertes, con buenas costuras... la protegen del miedo... y además le cuidan los pies... recordando las veces en que la había escuchado decir que temía salir a la calle porque rondaban los “ford falcon verdes” o la oía protestar por tener que hacer cola en el almacén para comprar kerosene.*

El abuelo cepilla sus zapatos antes de salir para el bar- se dijo mientras masticaba con desgano. Claro, se va a encontrar con sus amigos... charlan hasta tarde... yo no lo escucho llegar... ya estoy durmiendo... una vez le pregunté... me dijo que la pasa muy bien allí... Nestor el mozo, sabe muchos temas y le gusta charlar con él... me contó que era profesor en el liceo del centro... no entiendo... ¿por qué trabaja de mozo entonces...?

—Bueno hija, aquí te dejo el postre, termina pronto esos raviolos— la apuró su madre dejándole el plato a un costado.

El flan de huevo resultaba tentador, nadando en medio del almíbar parecía irresistible pero Oriana sentía su estómago cerrarse mientras una nube de malos presagios atravesaba su corazón. Su pensamiento se dirigió entonces hacia su padre a quien recordó junto a ella haciendo copetes de dulce de leche sobre el flan cada vez que se enfriaba sobre la mesada. Esos momentos de alegría compartidos evocaron también su ausencia, por eso sintió a la altura del estómago la sensación de angustia que antecede a la incertidumbre.

Papá... ¿dónde estará? ¿por qué se fue? mamá y el abuelo me dijeron que iba a volver pronto... pero no sé...

Aquel día ... hace tiempo... el nuevo vecino vino a presentarse... el abuelo corrió a esconder muchos libros... ¿por qué me miró y me hizo la señal de silencio?... no me animé a preguntar después...

Ahora que lo recuerdo... me fijé en que el vecino tenía botas... y tuve mucho miedo... no sé por qué... parecía amable... mamá hablaba con él, pero estaba nerviosa... el abuelo iba y venía...

Lo cierto es que hay que esconder nuestras cosas del vecino...

¿Y si viene otra vez?

¡Mis zapatos!... ¡mis nuevos zapatos de charol! ... no voy a dejar que se los lleve... voy a esconderlos en un lugar que él no pueda encontrarlos jamás... ¡ese hombre vive al lado!.. ¡El de las botas negras! ...¡por favor! ojalá... que no nos quite nada más.

Nadie fue, lo traías. Ser solidario siempre es posible.

Penal de Libertad, Barracas, 1974

Sentí que me tocaban los pies y una voz que me reclamaba: “Que número tiene”

Estaba en la barraca 3B, me había recostado a leer, semi sentado en la cucheta y me había quedado dormido.

Estaba prohibido dormir fuera de las horas autorizadas.

La regla general para los milicos en el penal de Libertad era que todo lo que no estaba debidamente autorizado estaba prohibido.

Yo diría “regla de oro”, que le permitía al carcelero encontrar numerosas razones para presionar al detenido. Más, cuando la regla de oro del detenido es que todo lo que no está debidamente prohibido, está autorizado. Existiendo entonces una pequeña zona de tensión y diría, de tironeo entre lo que se puede o no se puede hacer.

Dormir fuera de hora estaba prohibido, pues solo estaba autorizado hacerlo en los momentos específicamente establecidos con ese fin, por las autoridades del penal.

La posibilidad de dormir en la noche se extendía desde el toque de silencio a las veinte horas hasta el toque de timbre a las seis y treinta de la mañana del día siguiente. La siesta tenía cierta institucionalidad también y se extendía, desde el almuerzo hasta las 14 horas en que comenzaban los recreos y salíamos a los trabajos.

Bueno, yo no estaba en ninguno de esos espacios destinados a dormir y el cabo se había dado cuenta de que lo estaba haciendo.

Había entrado a la barraca sin que me diera cuenta y sacudía mis pies, mientras me pedía el número.

Aún dormido conteste: “1147”.

-Está sancionado.

Lo que nunca hubiera imaginado, es que la sanción por dormir me iba a enviar incomunicado a la isla, pues en principio mi destino eran las celdas de aislamiento.

Así fue. Al rato entró el cabo.

-1147.

-Si cabo.

-Apronte sus cosas, está incomunicado. Ese “apronte sus cosas” se traducía en tome “lo básico”, la ropa de cama, el colchón y el cepillo de dientes, además, de lo que tenía puesto.

Junte mis cosas, frente a la mirada incrédula de los compañeros y la seria mirada del cabo, hice un atado utilizando las frazadas, las eche al hombro y me encamine hacia la puerta de la barraca seguido por el cabo.

Al salir, en la puerta, se sumó un soldado con un bastón.

No era común que una sanción por “dormir fuera de hora”, como decía el parte, fuera sancionada con la incomunicación, lo común eran tres días sin recreo, si justo te tocaba visita la perdías lo mismo que el cine si coincidía.

Cada sanción era registrada en el libro de la guardia con la causa adjunta, la cual se le comunicaba al detenido. En un tiempo se firmaba la notificación de la sanción, práctica que luego se dejó de hacer. La razón la desconozco. Quizás los presos se la complicaban a quien la comunicaba.

Los partes de las sanciones son dignos de ser analizados.

Algunos partes que tuve el gusto de conocer decían: por caminar con los brazos a los lados (nos debíamos desplazar con las manos tomadas en la espalda), por hablar en formación (después de salir de la celda el preso debe estar en silencio salvo que se lo interrogue por algo), por sonreír sin una causa justificada (pues alguien puede pensar que intentaba reírse de la autoridad), por emitir un gas en formación (sin comentarios), por no tener carácter al cumplir una tarea (hacer sebo en criollo), abrir una ventanilla sin la autorización expresa del soldado de guardia, tener barba (una sombra de barba), tener el pelo un poco largo (pelusa, la podemos definir), tener el mameluco roto o sucio (a criterio de quien la asignaba), por no ser equitativo en el reparto de la comida (ja ja), y podríamos seguir recordando. Bueno a mí me sancionaron por “intentar suicidarse”, o sea suicidarme. En poco les cuento.

A veces la sanción tenía una causa. He aquí una.

El rancho, la comida para los reclusos que se encontraban en barracas era trasladada, tres veces al día desde la cocina del penal a las barracas, en un trayecto de unos trescientos metros.

Un grupo de seis presos lo hacía al desayuno, al almuerzo y a la cena. Las barracas se iban turnado en la tarea. Como en ese momento había solo tres barracas y cada barraca disponía de dos sectores en que se alojaban cuarenta detenidos en cada uno, a cada sector le tocaba una vez cada seis días.

Para ello utilizábamos un carro remolque de los que van enganchados a los camiones de traslado de tropas. Con él, seis presos por vez recorrían los trescientos metros a la búsqueda de la comida.

El recorrido implicaba pasar por la torreta central de vigilancia. Esta era una torreta que se encontraba en el medio del recinto carcelario, con tres soldados y un cabo, y dos ametralladoras “punto treinta”, rodeada de una alambrada, coronada por alambre de púas inclinado hacia afuera, de unos diez metros de diámetro, con centro en la torreta. El camino que conducía de la cocina a las barracas se bifurcaba al llegar a la torreta y la circunvalaba por ambos lados. Eran caminos de tosca con las correspondientes cunetas para la evacuación del agua de lluvia. Como siempre nos acompañaba un cabo, dos soldados con bastones y un perro. Dos presos, tiraban del carro utilizando un palo atravesado en donde el carro se debía de enganchar al camión en su uso normal y los otros cuatro empujaban.

Una tarde, caminábamos rumbo a las barracas con la cena. Me había tocado estar entre los dos que tirábamos del carro. El soldado con el perro, el perrero, caminaba muy cerca del carro sobre su rueda derecha. El compa que tiraba a mi lado me miro de reojo y con un gesto me dio a entender que podíamos conducir el carro muy cerca de la banquina de la cuneta. Entendí que quería hacer y acepté la propuesta. Al llegar a la bifurcación nos recostamos sobre la derecha del camino, de forma tal que al perrero no le quedo otra alternativa que saltar la cuneta para no caer dentro de ella.

Nadie emitió un solo sonido, los ojos de los seis, seguro brillaban.

Luego de la cena, antes de pasar la lista de la noche para comprobar que no falta nadie, rutina que se realizaba dos veces al día, en la mañana antes del desayuno y a la noche antes del toque de silencio, el cabo llamó, por su número a los seis que habíamos ido a buscar el rancho y nos comunicó

que estábamos sancionados. Alguien pregunto: “¿Por qué cabo?”.

-Por intentar atropellar a un integrante de las fuerzas armadas, UN PERRO – Esta vez no solo brillaban los ojos de los cuarenta reclusos, sino que la sonrisa jugueteaba en la comisura de nuestros labios. Creo que allí había un error, pues no teníamos nada contra el perro.

Pero bueno, esa vez fueron como de costumbre tres días de sanción simple; quizás porque habíamos intentado y no concretado, no sé.

Ahora por dormir fuera de hora se me incomunicaba, no había relación. La explicación la encontré cuando al llegar al celdario, pues en lugar de conducirme a la isla me llevaron al ala izquierda del piso 2B. Había tantos compañeros incomunicados que no había lugar en las celdas de aislamiento y estaban usando celdas de este piso que estaban vacías. La onda venía de sanción y me había tocado. Como quien dice me encontraba, en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Por supuesto, la sanción en el 2B, era bastante menos opresiva que en las celdas de incomunicación, no solo tenía una ventana para mirar hacia afuera, sino que participaba de la vida del segundo B. Por supuesto sin recreo, ni visita, ni cine.

Era un preso relativamente nuevo, llevaba unos ocho meses en el penal y me sentía perdido en la cana, y la sanción me costó.

Las alas izquierdas de los sectores B del celdario miran hacia el campo, mientras las derechas miran hacia la ciudad de libertad, hacia ruta 1, la cual se divisa desde el penal.

Acodado en la ventana miraba el campo cuando suavemente se abrió la ventanilla y un compañero, para mí desconocido e inesperado, me sonrió y me dijo: “Compa, traemos el rancho, ¿cómo está?”.

Aun medio perdido por los acontecimientos busque los platos y me arrime a la ventanilla tratando de mirar hacia fuera.

El compañero que llega a la ventanilla, con el rancho, trae la comida en un carro. Salvo en el primer piso, que la planchada, o sea el espacio exterior hacia el cual daban todas las celdas, era una especie de gran patio, en los siguientes, segundo, tercero, cuarto y quinto piso, el espacio exterior de las celdas era una especie de balcón de un metro y medio con una baranda a todo lo largo de las veinticinco celdas que conformaban cada ala de cada sector. Estos balcones estaban unidos por tres puentes, el primero frente a la celda 1, otro entre la celda 12 y 13 y uno más un

poco antes de la celda 25 que unía el ala izquierda con la derecha. Estos sectores de 50 celdas tenían una reja en la celda 1, a través de esta reja se entraba al sector y otra al final en la cual había un soldado por piso con una escopeta.

Los carros usados para trasladar la comida ocupaban el ancho del balcón. Si eran dos los compañeros que venían repartiendo la comida, él que apoyaba su hombro contra la puerta te estaba indicando donde estaba el soldado, en general detrás de él. De esa forma bloqueaba la posibilidad de que éste mirara hacia adentro, así como posibles señas que desde la celda se hicieran. Sí, está solo y no se recuesta a la ventanilla, está indicando que al guardia lo tiene enfrente.

Me coloqué del mismo lado que estaba el compa apoyado contra la ventanilla, tomé el rancho, le di las gracias y casi en un susurro dijo: “necesitas algo”. Fue tan inesperado que no atiné a contestar y cuando ya cerraba la ventanilla me avisó: “volvemos, pensá”.

¿Qué podía necesitar? ¿Qué me podían dar?

Estos compañeros estaban solos en sus celdas, con el recreo como única salida, apuntalados como los presos más peligrosos y hostigados de todo el penal. Así y todo, sabiendo que yo estaba incomunicado me estaban preguntando que necesitaba sabiendo que no lo podían hacer.

Comí, almorcé.

Luego de la comida se pasaban a recoger los cubiertos, pues no podían quedar en las celdas. Cuando se abrió nuevamente la ventanilla, muy suave como la primera vez, el compañero sonrió y preguntó: “¿Fumas, lees?”

Nuevamente la sorpresa: “Sí”- atiné a decir.

Pase la tarde acodado en la ventana, aun no comprendía la necesidad de una rutina, algo que iba a lograr comprender luego. Sonó la campana que indicaba el fin de los recreos y el fin de los trabajos. Por la ventana vi como los compañeros se retiraban.

Al rato comenzaron a escucharse los ruidos que indicaban la llegada de la comida a los pisos.

Se volvió a abrir suavemente la ventanilla.

-Rancho, el plato.

Arrimé el plato, lo tomaron y recostándose a la puerta me lo alcanzaron, cuando lo agarré, cayó hacia dentro un poco de tabaco, hojillas y fósforos,

lo miré y con una mirada seca como el desierto me dijo: “Nadie fue, lo traías, ¿verdad?”.

Estaba claro. Si quería fumar allí estaba la posibilidad, ahora bien, debía hacerme cargo. No se admitía otra posibilidad que asumir personalmente el riesgo.

Reaccioné – “Está claro”.

Volvió la sonrisa en su rostro – “Buenas noches”.

Aun hoy me eriza recordar el momento. Si lo descubrían el que iba a las celdas de incomunicación era él, no me cabía duda, y así y todo no dudó en hacerme llegar el tabaco.

Un hecho similar se repitió, cuando al otro día del plato del guiso cayó un libro hacia dentro de la celda: “Los cañones de Navarone”.

Esa tarde me notificaron la sanción de cinco días por dormir fuera de hora. No podía ser más. Cuando pasaron los compas con la comida les comenté: “Tengo cinco días”. Una forma de decirles cuando debía entregarles el libro, si era posible.

El soldado que me dio la noticia abrió y cerró la ventanilla con un golpe. Golpear las ventanillas era una forma más de hostigar. Por eso la consigna del preso era no golpear la ventanilla. Estuve en varios pisos y esa era una consigna. Pero en el segundo esta consigna era un decreto inviolable. En los cinco días que estuve sólo el soldado golpeó la ventanilla que casi no hacía ruido cuando los compas la abrían.

Para leer me sentaba en la cama, recostado en la almohada, las piernas tapadas con la frazada y el libro recostado a éstas, mientras simulaba tallar un jabón que había traído para lavarme con un clavo que había encontrado en la celda.

A diferencia de las incomunicaciones en las celdas de aislamiento la ropa de cama no me la retiraban en el día. Evidentemente era una sanción de incomunicación menor de las que se vivían en las salas de disciplina.

Al cuarto día, cuando se abrió la ventanilla por la comida, tenía el libro a mano.

Con una seña el compañero me dijo: “Aguanta”

No sé cómo lo hicieron, pero antes de repartir la comida a la noche, sentí venir el carro vacío por la planchada con ruido a lata, se detuvo, la ventanilla se abrió sin ruido y una mano entro en la celda, depositó el libro y sin más desapareció. Está claro que si lo hubieran visto lo hubieran

sancionado. Sin duda lo hubieran sancionado.

Al rato otra vez. Se abrió la ventanilla sin ruido y apareció la cara sonriente de un compañero.

-Buenas noches compa, rancho. ¿Todo bien?

-Si, todo bien y gracias.

-Por nada – fue su simple respuesta.

Al otro día me sacaron de vuelta para las barracas. Había aprendido lo que era la solidaridad aun cuando está prohibido.

Gracias.

Ah, porque me sancionaron “por intentar suicidarme”.

Estaba en el tercer piso donde como dije, un balcón lo recorría todo a lo largo. Llevaba cuatro meses en el penal, caminaba hacia mi celda, cuando de frente venía en carro a buscar la comida para repartir, para dejarlo pasar me puse a caballo de la baranda. El soldado en un ataque comenzó a gritarme que me bajara. Lo hice e inmediatamente me dijo: “Está sancionado”.

Cuando me leyeron el parte decía: “por intentar suicidarse”. De lo cual nunca estuve cerca.

Un detalle, si me hubiera tirado, si se me hubiera ocurrido suicidarme, muy lejos no iba a ir, pues en el segundo había una malla, lo mismo que en el cuarto, por si a alguien se le ocurría hacerlo desde el quinto. Nadie lo intentó.

Peñarol-Nacional. Mesa Sindical Coordinadora de Entes

El proceso de unidad de los trabajadores uruguayos tuvo, como es natural varios componentes. Uno de los más importantes fue la creación de la Mesa Sindical Coordinadora de Entes Autónomos y Servicios Descentralizados, integrada por las principales empresas públicas (AUTE, FANCAP, FFOSE, AEBU Banca Oficial, SUANP, Telégrafo. En aquellos momentos - años 1960/64 - este sector estatal agrupaba aproximadamente a unos 60.000 trabajadores.

En 1967 el gobierno del partido colorado era presidido por el General Oscar D. Gestido, figura sumamente contradictoria pues, por un lado, tenía una actitud abierta y de diálogo con los sectores populares y, en particular con los trabajadores. Pero no llegaba a liderar plenamente el sector colorado del que provenía, que era el viejo riverismo reaccionario de ultra derecha que se abrió paso ante el retroceso del batllismo y el avance de las políticas de ajuste promovidas por el FMI.

Así quedó de manifiesto cuando, poco antes de su repentino fallecimiento, firma el decreto por el cual se implantan Medidas Prontas de Seguridad, como respuesta a los justos reclamos y acciones de los trabajadores de los Entes. La situación, en este ámbito se había tornado realmente muy tensa a raíz de la reacción de los trabajadores, generada por la ola de brutales sanciones económicas por los paros. Que, a su vez apuntaban a denunciar y plantarse ante un proyecto de presupuesto que dejaba los salarios prácticamente congelados. Lo que podría verse como rigidez del gobierno, se transformó, por momentos en autoritarismo. Que llegó, incluso, al encarcelamiento de trabajadores en el cuartel de San Ramón.

En aquellos años, de vigencia plena de la democracia y los derechos ciudadanos, esta nueva situación llevó a que la actividad sindical se desarrollara en forma semi clandestina, como una manera de evitar la represión que había desatado el gobierno, al amparo de las Medidas de Seguridad.

Los sindicatos que componían la Mesa de Entes, analizando la situación, veían que se generaba el peligro de quedar aislados de la población, pues todos los medios de prensa se habían cerrado a la difusión de la postura y opinión de las organizaciones y la propaganda callejera se tornó imposible por el intenso patrullaje de las fuerzas de seguridad. Fue así que, apelando a la inventiva, se resolvió armar una campaña propagandística a través de métodos novedosos y alternativos. Uno de ellos era tirar decenas de miles de volantes en los partidos de fútbol. La mayoría de esos volantes estaban destinados al clásico Peñarol-Nacional, programado para los próximos días. Cada sindicato organizó una brigada de militantes para cubrir las cuatro grandes tribunas del estadio Centenario que, seguramente estaría repleto.

Unos días antes, en un cuchitril que tenía el petiso Giovanola, de la sección Terrestre, en 25 de agosto, frente a Las Bóvedas, nos reunimos los que integraríamos las brigadas portuarias que cubrirían, junto a otros gremios, la tribuna Olímpica. Luego de sacarnos el frío con una botella de grappa que alguien trajo, se distribuyeron las entradas y los volantes a razón de 200 cada uno. Convinimos en encontrarnos afuera del Estadio con los volantes bien guardados entre la ropa y entrar en grupos de tres. También acordamos que debíamos tirar los volantes al entrar los equipos a la cancha en cada tiempo, cuando se desata la algarabía y tiran cohetes y papelitos, por si terminaba 0 a 0. Pero si había goles, debíamos también aprovecharlos. Finalmente pudimos tirar cuatro veces, porque salieron 1 a 1. Ese día se armó un micro duelo entre el flaco Ramos, volante de Nacional que le pegaba muy fuerte, y Mazurkiewicz, el gran golero de Peñarol. Por dos veces le tiró Ramos y las dos veces el Mazurca sólo levantó su brazo, quedando como pegada la pelota a su mano. La tercera, como siempre, fue la vencida, porque el flaco lo agarró de sorpresa con una furibunda media vuelta que el gran cuidavallas ni vio pasar y clavarse en un ángulo. Fue el empate, pues Peñarol se había puesto en ventaja a través del Pardo Abadie. Nosotros pudimos aprovechar los cuatro momentos porque, en la Olímpica los hinchas de uno y otro estaban mezclados. A la salida la policía, que ya había advertido la maniobra, estableció controles en todas las entradas, cacheando gente al azar, pero sólo se encontraron con gente que llevaba un volante y lo iba leyendo, por lo que se quedaron con las manos vacías y se desquitaron deteniendo a alguna gente que tuvieron que liberar casi de inmediato. En cambio, el impacto causado por la volanteada fue grande; incluso fue destacado por algún medio radial.

Ibaurburu

Le decían Cuento corto, pues en su mano derecha, tenía sólo los dedos meñique y pulgar. (Este compró un huevito y este se lo comió- lo jodían).

Al otro, que a su mano izquierda le faltaba el dedo índice, le decían Diccionario.

Estos son algunos de los recuerdos que compartían el día de la inauguración de su memorial, los ex presos políticos del Penal de Libertad.

- ¿Te acordás cuando te llevaron 14 días de castigo a la Isla, por culpa de tu hermano? - le preguntó uno a su ex compañero.

- ¡¡Fueron 15 días, y fue por tu culpa!!- respondió el interrogado.

El día estaba soleado. Lindo, pero algo fresco. Algo de viento, como siempre en ese lugar.

Se inauguraba un Memorial en homenaje a los 2.872 presos que habitaron el Penal en épocas de dictadura. También se intentaba homenajear a los familiares, que no con pocas dificultades, iban periódicamente a visitar a sus presos.

Quise ir. Tenía que ir

Habiendo ido a visitar a mi padre, durante casi cinco años, también sentía que me homenajeban.

El tributo, una gran puerta abierta hecha de cemento, de quince metros de altura en cuya parte inferior, de ambos lados, lucían grabados los nombres de cada uno de los 2.872.

Antes de ir, me imaginaba que iba a ser una situación algo fuerte. Y no tanto para mí, sino para ellos.

Luego de hacerlo, el sabor fue otro. Increíblemente ellos lograban transformar lo vivido, en comentarios graciosos y divertidas anécdotas.

Admiración por todos ellos.

Entre eso, y el nombre de mi padre mal grabado en la piedra, no pude otra cosa que sonreír.

Jorge Huerta.

En mayo del 79, en el penal de Libertad, nos trasladaron del 1ºB al 3ºA ala izquierda.

Al llegar a la celda 18, el milico (¿o cabo?) se detuvo, la abrió y me indicó que entrara.

Saludé con un “buen día” al hombrecillo sentado en la parte baja de la doble cucheta, que se incorporó y, con una sonrisa me estrechó la mano.

¿Qué tal, compañero? Soy Jorge Huerta. Le retribuí de la misma forma. La celda era un verdadero fumadero, a pesar de la ventana abierta. Su baja estatura y su aspecto enfermizo, que respondía a un avanzado enfisema, contrastaba con la calidez y ternura que emanaba de su expresión y su talante...Cabeza redonda y semicalva que contenía un rostro algo aniñado, acentuado por su permanente sonrisa. Fue, sin duda, el compañero de celda con quien la relación no tuvo la más mínima alteración ni tensión. Como era un hombre bastante mayor que yo-creo cercano a los 60-pensé acertadamente que sería una fuente de riqueza en experiencias de vida, políticas, sociales, culturales, etc. No me equivoqué. Apenas hubimos de adaptarnos uno al otro, lo cual sucedió, en realidad en cuestión de horas, comenzó a fluir en sus relatos la historia de la lucha de los bancarios nucleados en AEBU, donde había sido militante y dirigente; y también la historia de su querido Defensor, que había sabido defender como-según los más veteranos-“endiablado puntero”... Lo cotidiano de su rutina fue asimilado naturalmente por mí. Así transcurrieron centenares de horas donde la “materia prima” la ponía casi toda él. Así compartimos varias partidas de ajedrez, él como maestro y yo como mal discípulo. El resto del tiempo lo ocupaban sus disfrutables narraciones sobre la militancia en AEBU y su profundo conocimiento de lo que se llamó la “rosca banquera”. Queirolo? ¿Aparicio Méndez?¿Jorge Batlle?¡Por favor, no me hagan reír! Son sólo títeres...¿Los verdaderos dueños del Uruguay son los Otegui, Salvañach, Martínez Arboleya... Había sido cantante de tangos en Buenos

Aires con la orquesta de Miguel Caló bajo el seudónimo de Jorge Ortiz, allá por los 40. Hablaba poco de eso porque, además de su modestia, también era un motivo su negativa a entonar alguna estrofa. Hasta que un día, conversando de tal o cual tango, acerca de, creo que “Tres Esquinas”, empecé a tararearlo y lo animé: Dale Jorge seguí vos y... de pronto, el “milagro”, yo empezaba: “Yo soy del barrio/...”y él con un susurro...”de tres esquinas/baluarto viejo/del arrabal/donde en los patios/con sus glicinas/y lindas pibas /de delantal ...”y con una breve risa dijo” deja, no puedo”. Y de verdad no podía. Me preocupaba que siguiera fumando, porque no hacía más que acelerar el acortamiento de su vida. Un día me desperté cuando ya él había atendido a los compañeros del agua caliente, que pasaban a las 5 o 5 y cuarto, y se había levantado a llenar los termos. Era invierno. Me bajé y le hablé-por única vez- en forma autoritaria: “A partir de mañana no te levantás más a llenar los termos, eso lo haré yo, que te quede claro, y no se hable más”. Dijo algo acerca del hábito, pero dejó de levantarse. Unos meses después lo liberaron. Alguien dijo que, seguros de su muerte cercana, lo soltaron para que muriera afuera. Nos sancionaron a los dos porque nos dimos un último-en realidad el único-abrazo cuando salió de la celda.

Por el camino de todos

Lo vi a un costado del acto, hablando con alguien. Había ido a acompañar a quienes asistían al acto de colocación de una placa recordatoria de lo que fue cárcel de presas políticas, muchas de las cuales estaban allí, ese viernes 17 de marzo de 2017.

Me acerqué muy seguro y lo tomé de las solapas (varios centímetros por encima mío) y le reclamé: “¡Bicho! ¡El libro! ¡Quiero ver el libro!”

Detrás de él, Ministro del Interior, lo miraban pasivamente sus guardaespaldas.

La historia del libro tiene cerca de 45 años y aún no ha terminado.

No recuerdo bien las fechas (¿1977?, ¿1978?) cuando se fue desarrollando el intercambio literario en la planchada del 2° piso del penal de Libertad.

El “Bicho” había cobrado impulso para escribir, con una excusa muy fuerte.

Ya en el año 1976 había escrito algún pequeño cuento y lo había compartido con Marcelo mediante “la remera azul”, pero fue cuando lo cambiaron de celda y lo pusieron junto con el “Becho” Echedo, cuando encontró su motivación; o fue lo que manifestó. El “Becho” en su ánimo tendiente a la depresión, quería pintar (de hecho, lo hizo, uno de los regalos de boda de mi sobrina mayor fue un cuadro de él, que aún conserva). Pero se echaba mirando el techo esperando que la musa se dignase a descender sobre él.

El “Bicho”, muy racional, le fundamentaba que la labor creativa no es así. Lo que debía hacer era, con una rutina de todos los días, pintar y pintar y pintar. Y, cuando intercambiábamos palabras en la hora escasa de recreo, nos decía que había llegado a la conclusión de que lo mejor era predicar con el ejemplo. Digo nos decía, porque me consta que lo habló con más de uno, ya que los intercambios en los recreos eran rigurosamente de a dos. A tal punto que, cuando por razones climáticas no había deporte y debíamos caminar en los 40 metros de calle asfaltada que nos designaban, el día que no éramos un número par, alguien pasaba

la hora entera caminando sólo.

El asunto es que con esa motivación, el “Bicho”, todos los días escribía y escribía y escribía. Y fueron apareciendo breves cuentos y se fue buscando la manera de compartir. La remera azul habrá sido en las avanzadillas del intercambio; más adelante, los cuentos fueron circulando pasados subrepticamente, Cada cuento eran 3 o 4 hojas de cuaderno escritas de los dos lados y nos fueron pintando el barrio de Punta Gorda desde una pacífica niñez hasta una adolescencia avanzada en la que ya se esbozaba algún comentario que pintaba las condiciones sociales que, de alguna manera nos habían llevado allí. Todo muy sutil.

El intercambio de lectura fue amplio, circulando por muchas celdas en las que, por lo general, los leíamos los dos que convivíamos.

No se a quién se le ocurrió (¿al “Nene” Guido?, ¿al “Pocholo” Nieto?, ¿a mí?), reforzar el argumento del “Bicho”.

- “¿Qué te parece si le pedimos al “Becho” que ilustre alguno de los cuentos? ¡Eso le puede dar más motivación!”

Ya para entonces, muchos habíamos leído los cuentos, y en algún momento tuve la idea de pasarlos en limpio, en forma prolija, dejando espacios en blanco para intercalar las ilustraciones, alusivas al contenido del cuento.

Y puse manos a la tarea.

Tenía hojas carta en blanco y tomé 5 de ellas, las doble a medias (¡sí, quedó de formato A5 vertical!) y empecé a planificar cómo hacerlo. En primer lugar me hice una plantilla; corté una cartulina del tamaño de la mitad de la hoja carta y le dibujé renglones con una separación adecuada, unos márgenes que limitaba el campo donde iba a escribir y una vertical a la izquierda a 1,5 o 2 centímetros, para regular la sangría.

La escritura la hacía con una lapicera de tinta china, de las que usaba para dibujar en arquitectura, en letra mayúscula, rigurosamente guiado por los renglones de la plantilla que ponía debajo de la hoja y que transparentaba lo suficiente para cumplir su cometido. Y en los puntos y aparte, la sangría. Trabajo minucioso al que le dedicaba un rato todos los días.

El libro terminado llegó a los 12 librillos de 5 hojas, es decir, más o menos 120 páginas.

Planifiqué todo el formato; el inicio con una hoja en blanco, una segunda hoja con el título una tercera con el índice (¿o el índice está al

final?), y empezaban los cuentos, cada uno con su nombre y, objetivo de la tarea, las páginas en blanco para las ilustraciones: ¡la musa inspiradora para el “Becho”!

En realidad, le pedía al “Becho” que hiciese una ilustración para tal cuento (obvio, lo tenía que leer, compenetrarse e ilustrarlo), y para esto le daba una hoja carta en blanco, doblada al medio. Luego adaptaba la formalización del texto a la ilustración, insertándola donde correspondía.

Tengo el recuerdo de que fueron 19 cuentos, la mayoría de ellos con ilustraciones. No todas las hizo el “Becho”, aunque fueron la mayoría. También se sumó a las ilustraciones el “Pocholo” Nieto, también estudiante de arquitectura como yo, en un momento en que aún no se le había diagnosticado el cáncer que lo llevó a la muerte en el año 1984. El hizo 3 o 4 de las ilustraciones. Yo (¿tal vez por envidia? ¿tal vez por motivación?), me inspiré y también hice 2 o 3 y el “Becho” aportó los 6 o 7 restantes.

El libro fue tomando volumen y, en algún momento, quedó completo.

Tenía todo: página en blanco al principio y al final, título, índice; faltaba sólo el sello de la editorial y el clásico: “se terminó de imprimir, blá, blá, blá”.

Todo esto es un relato de pocas páginas, pero todo fué un proceso de meses, de años. Los tiempos de escribir los cuentos; la circulación subrepticia entre varios, durante mucho tiempo, y, ya completada esa tanda de cuentos, ¡la “edición”!

Y el título. Fue un largo intercambio en la planchada, propuestas, sugerencias, matices, hasta llegar a un consenso: “Por el camino de todos”.

Para el título, elegí un formato de letra en minúscula, redondeada, sacada (literalmente, cortada letra a letra) de alguna de las revistas que atravesaba las vallas de la censura (muy pocas y cada vez menos a lo largo de los años) y pegada en la tapa. En la segunda hoja repetí el título, con la misma letra, calcada de la portada, pero dibujada en tinta china.

Terminada la edición, todavía no podía salir a circular. Faltaba la encuadernación.

Los 12 librillos de 5 hojas carta dobladas al medio (10 hojas cada uno), fueron prolijamente cosidos, como hacíamos con tantos libros de la biblioteca que se iban deteriorando por el uso. El “Gordo” Riera se encargó de completar la encuadernación con unas tapas de cartón forrada en tela y la hoja (¿de garbanzo?), que se pega en la parte interior para cubrir las

uniones de libro y tapa. ¡Y se completó la edición del libro!

Y a partir de ese momento era más fácil su circulación, utilizando el “servicio” de biblioteca. Teníamos una biblioteca central, con el aporte de libros propios a lo largo de los años y que fue rigurosamente censurada (esa es otra historia, pero de otros). Cada uno de nosotros un par de veces a la semana solicitábamos en préstamo un par de libros, con un código numérico que provenía de un catálogo elaborado por los compañeros de biblioteca. O sea que un par de veces a la semana pasaba el de los libros de la planchada con el carrito y dos bandejas de libros: los que venían en préstamos y los que se devolvían. Incluir “Por el camino de todos” en el carrito era muy sencillo, Era un libro más.

Marcelo en su libro “El hombre numerado” relata, mucho mejor que yo, otro episodio del libro, etapa en la que “cae” en la censura y, por esas cosas de la vida, es devuelto y ahora con sello de censurado. Para ese entonces yo ya me encontraba en las montañas de Navarra, conociendo a mi familia al otro lado del mundo y construyendo otras historias con otras gentes.

Pero en algún momento, vuelto a Uruguay, alguien me comenta que el libro sobrevivió a la cárcel. Y cuando salieron con todas sus cosas en una apoteósica jornada, en unos días ya hace 37 años, alguien se lo llevó (puedo suponer que fue el “Bicho). Lo liberó.

Nunca he vuelto a ver el libro. En algún momento supe que lo tenía el “Bicho”; después que no, que lo había prestado. De ahí mi reclamo del inicio.

Lo último que supe, hace 2 meses, es que el libro lo tiene la editorial que le publicó el primer volumen de una trilogía a Eduardo Bonomi, el “Bicho”, el ex ministro.

Tal vez en breve me pueda reencontrar con el libro, tal vez pueda divulgarse y formar parte de otras bibliotecas, aunque ya no será con su escritor.

P.D.: Este relato lo empecé la semana pasada, sin saber que antes de terminarlo iba a estar despidiendo por última vez al compañero y autor de los cuentos.

Memoria y sala 8

*“Entre tantos oficios ejerzo este que no es mío...
A este oficio me obligan los dolores ajenos, las lágrimas,
los pañuelos saludadores, las promesas en medio del otoño o del fuego,
los besos del encuentro, los besos del adiós,
todo me obliga a trabajar con las palabras, con la sangre...”*

-Juan Gelman-

Hospital Militar, atención a militares y familiares de los mismos.

En época de dictadura tuvo, primero una sala, la sala 8 y luego el celdario como forma de atención a los presos políticos, (Atención, decimos, debería decir, también lugar de aislamiento, tortura y muerte.

Soterrada en los más recónditos lugares de la desmemoria colectiva quedó la sala 8 del hospital militar, de los años de la dictadura.

¿Qué presa o preso político no pasó por allí? Por tortura, por enfermedades adquiridas por las condiciones que los tenían, o por parto

El martes 9 de setiembre 2008, concurrimos al Hospital Militar, a reconstruir la disposición de las camas. Citados por el Juez, fuimos como testigos del caso del compañero “Perico” Luzardo, compañero que fue baleado en la columna en 1972 y luego murió a causa de infección generalizada e inanición cuando por orden militar no permitieron que los compañeros (presos que se encontraban en dicha sala) lo siguieran movilizando, alimentando y curando como lo venían haciendo desde su ingreso a la sala 8 de ese hospital. No podían hacerlo los compañeros, ya nadie más lo haría....

¿Que significó esta reconstrucción para nosotros, los que fuimos allí?

Significó, abrir una ventana a la memoria, permitirnos rescatar del olvido y comenzar a construir la historia verdadera, la que quisieron enterrar pero emerge más allá de impunidades.

Pues Roberto no fue el único compañero que dejaron morir allí, ese lugar fue también otra máquina más de la tortura; allí, en el mejor de

los casos, “remendaban” para luego seguir “interrogando” o los dejaban morir por orden militar; el médico no obedecía a lo más ético de su juramento hipocrático, sino que acataba las órdenes militares.

La sorpresa la tuvimos el martes, cuando nos encontramos que nos llevaban a la sala más parecida a la 8, que encontraron, pues la sala 8 no existía más, y no se parecía en nada en dimensiones, en distribución en altura, y por supuesto no tenía rejas en puertas y ventanas; aclaramos todo esto al juez, quien lo tuvo en cuenta.

Pero éramos hombres y mujeres; las mujeres salimos a buscar la sala 8, por donde recordábamos que estaba. No era fácil, siempre nos llevaban, encapuchadas o con los ojos vendados, o si nos sacaban de ella, era con unos lentes negros, cubiertos de esparadrapo. Pero la encontramos, es decir encontramos el lugar donde ella había estado.

Camuflada en una sala de hospital del primer mundo estaba ella, detrás de una nueva, pared, donde había sido su entrada; ahora los teléfonos públicos, la cubrían.

SIGUIENDO EL HILO DE LA DENUNCIA

Convertida la sala 8 en algo muy moderno, querrán enterrar la verdad y la memoria, pero mire que somos tenaces, no hay memoria perdida, tenemos la llave que abre el camino a la historia.

Pero esto nos hizo reflexionar en colectivo a los que allí fuimos, debajo de una edificación moderna se quiere ocultar la memoria, los recuerdos, las heridas, el dolor, el duelo que vivimos por los muertos que allí se ocasionaron ¿Dónde ocultarán a los compañeros desaparecidos? ¿Debajo de que edificio, concreto o paisaje estarán?

La historia recién se comienza a contar, falta mucho aún, pero trabajando la memoria, se podrá forjar el constructo histórico de nuestra sociedad, para vencer el olvido para caminar el presente con dignidad y forjar un futuro sin miedos ni vergüenzas.

Para derrotar la injusticia. Para que nunca más haya terrorismo de Estado.

Reconstruyendo la estadía, de Roberto Luzardo en el hospital militar.

Convocados por el Juez, junto a muchos compañeros, abrimos la ventana a la memoria.

Gracias Perico, la impunidad tendrá que acabarse. La memoria vencerá el olvido.

Quiero recordar al compañero Gilberto (Trencito) Goghan

Más allá que esto, no es parte de la reconstrucción de la sala 8 por la cual nos cita el juez. Creo importante agregar este relato, que es uno de tantos, vividos sufridos y hacen a la historia del horror de ese lugar, al dolor de las vivencias, de lo que veíamos, de los que nos informábamos de lo que pasaba en los cuarteles del país, (pese a la incomunicación a la que estábamos sujetos) siempre nos dimos las formas de comunicarnos.

Coghan fue militante sindical de la Unión Ferroviaria, fue detenido en julio de 1973, junto a 40 trabajadores más, pasó al cuartel de Trasmisiones 1, luego los trasladarían de la Escuela de armas y servicios, y los retornarían al de Peñarol, Montevideo, Pasan por el 4 de Caballería, en Instrucciones y Mendoza. Los torturan brutalmente, en reiteradas ocasiones, en cada una de ellas quedaba en muy malas condiciones, cada vez peor, nunca fue atendido. Llega a sala 8 del hospital militar el 1 o 2 de diciembre, en coma. Torturado, su cara, su cabeza deformada. Intentan maniobras de reanimación, hay órdenes y contra órdenes, como por ejemplo el médico pide un anestésico y mandan un electricista, le colocan monitor y en altavoces (una tortura más para nosotros, que oíamos los latidos de su corazón, cuando paraba, cuándo seguía, los gritos de quienes trabajaban con ellos. Al final luego de reanimarlo, lo dejan con suero intravenoso, oxígeno y sonda vesical; era uno de esos días que por toda esa confusión, yo podía caminar e ir contándole a las compañeras lo que veía.

El médico que releva a la primera doctora, nos pregunta si alguien de nosotros sabía medicina o enfermería, para sentarse al lado de él y controlarlo, la única que sabía medicina era María Elena Curbelo, que hacía dos días le habían practicado una cirugía del mielo meningocele, la habían torturado aplicando picana sobre él, por lo que tuvieron que operarla. Como consecuencia, debía estar boca abajo, y sin moverse. Lo que nos solicitaban era totalmente imposible. ¡Que impotencia! Luego mandan un enfermero, el cual, se acuesta en una cama que había de nuestro lado (estábamos separados hombres y mujeres, por mamparas de tela) Éste duerme toda la noche, no lo controla en ningún momento. En la mañana muere el compañero, producto de la tortura la falta de asistencia en los cuarteles y la mala praxis del personal del hospital militar.

*Los datos de la detención de los ferroviarios, los traslados y las torturas, fueron extraídos del libro Nunca Más, del Servicio de Paz y Justicia Uruguay

Tiempos de dolor; tiempos de aprendizajes... Memoria que foguea el “nunca más”

Eran los finales de 1975. Decenas de rostros femeninos y masculinos poblábamos el cuartel Boiso Lanza, de la Fuerza Aérea. Ya no me aturdían los gritos enardecidos de milicos ni los interminables ladridos de perros. El mes y medio de tortura permanente, de “perrera”, había quedado atrás. Aún incomunicado, mi nuevo “hábitat” eran los oscuros calabozos del fondo, tan pegados a la vía del tren, que en nuestros desvaríos, temíamos amanecer aplastados. A pesar de la soledad propia de un calabozo individual, me sentía feliz de escuchar voces humanas, voces compañeras. Aquel inimaginable suplicio que me había costado 30 kilos de menos, negruras, quemaduras y mataduras por todo el cuerpo, estaba momentáneamente detenido. Me rodeaban compañeros. del “MM” (Movimiento Marxista), en particular Julio Louis, para mí el “flaco”. En tanto yo pertenecía a otro grupo político, los GAU, (Grupos de Acción Unificadora) incluso desconocía su apodo de la clandestinidad. Pues bien, ese flaco, profe de historia, ese compañerazo, un verdadero “necio” según palabras de Silvio Rodríguez en su canción, hoy ya no está más físicamente entre nosotros... ¡pero si lo seguirá estando entre los vaivenes de tantos y tantos recuerdos! Y en uno de esos calurosos días de diciembre, cae a mis manos un libro que resultó clave para el resto de mis días: EL PAIS DE LAS SOMBRAS LARGAS, del suizo Hans Ruesch. Describe la vida de los esquimales. Cómo viven en medio de la nieve, de las inclemencias climáticas más increíbles, comiendo carne podrida, viviendo en colectividad, y sobretodo sin temor a la muerte. Privilegiando el PARA QUÉ se vive, y no CUANTO se vive. ¡Si me habrá ayudado ese “librito” a combatir mis miedos, mis cobardías, mis debilidades! Especialmente por la situación en que me encontraba. Con su lectura, vine a confirmar una de mis más acendradas convicciones: de que el dolor, la capacidad de “bancaje” físico, en general

los hábitos y costumbres, y en particular la forma de encarar la muerte, son construcciones culturales que nos determinan visceralmente. En la novela, la figura de la abuela de la familia de los protagonistas deja esto bien en claro: cuando ya no tiene más dientes, cuando ya su vida amenaza ser un estorbo para la comunidad familiar, se interna en el mar y se auto elimina. ¡Qué mejor ejemplo de que no es cuestión de vivir a cualquier precio! tal como se pregona en esta sociedad posmoderna, individualista, blanda, consumista, y adicta a la comodidad. Ni que hablar de que en aquellos tiempos sesentistas, por naturaleza subversivos, en los que hacer LA REVOLUCION era nuestro emblema de vida, semejante percepción o definición debería haber estado clara... por algo habíamos sido educados con la inolvidable consigna histórica: ¡más vale morir de pie que vivir de rodillas! Y varios de nosotros, que jamás olvidaremos, si habrán cumplido con ella. ¡Cumplieron con creces! Hoy, a casi 50 años de aquellos heroicos días de lucha, cada uno podrá hacer su propio balance de cómo supimos o pudimos resolver ese dilema tan tiránico entre instinto de supervivencia y la coherencia con principios e ideales de vida, de lucha por un MUNDO NUEVO y no solo “MEJOR” (como se acostumbra a decir en esta época).

Transcurrían prácticamente dos meses de máquina. Además de la golpiza y el vapuleo generalizado (picana, submarino, “potro”, y una larga lista de “chiches”...) como era obvio, permanecía absolutamente aislado e incomunicado. Exactamente era el 11 de octubre de 1975. Se abre la puerta de mi calabozo en el Boiso Lanza, y un oficial del TAC (Tropa Aérea de Combate/fuerza especial preparada para la contrainsurgencia) con lacónica voz me ordena: “prepárese que tiene una visita. Lo van a dejar ir al baño a higienizarse”. No salía de mi asombro y perplejidad. ¿Visita? ¿Visita a mí, de quién? Si estaba en pleno proceso de tortura, sin conexión alguna con el mundo exterior. El duelo era total entre “ellos” y yo, ellos apostando a quebrarme, yo a joderlos con cero información ¿Entonces, qué significaba esto?

Además, ¿higienizarme? ¿Emprolijarme?. Hecho pelota como estaba, tal como lo describí en el punto(I), ¿qué podía mejorar de mi aspecto o mi vestimenta, si entre barba y ropa con olor a perrera y rastros de sangre, no tenía escapatoria? Sencillamente, entre tensión nerviosa y curiosidad,

quedé a la espera. Sentado en el camastro... Pasaban los minutos, y la intriga me carcomía. Sin lugar a dudas situaciones nada aptas para cardíacos... ¡pero mis 25 “pirulos” jugaban a mi favor! Llegó el traslado. Un despliegue inusitado. Varios oficiales del TAC rodeándome, más un pelotón de soldados, poco menos como si fuera el peor de los talibanes, todo ese dispositivo para conducirme al sector de administración del cuartel. Hasta allí me llevaron con capucha y esposado con las manos hacia atrás. Una vez en la “oficina”, que por lo que pude apreciar en ese momento solo contaba con un escritorio de hierro, me liberan la visual, me esposan hacia adelante, y ¿quiénes me esperaban? Dos oficiales que eran como mi sombra diabólica; que habían estado en el operativo de mi detención, que jamás faltaron a una sola sesión de tortura, que destilaban sadismo y neurosis anticomunista, los tenientes Fresia y Urban. Ambos tan retorcidos y maquiavélicos que siempre me pregunté si serían o no seres humanos... Bien, allí estaban estos dos señoritos estudiándome, gozando porque captaban hasta qué punto estaba intrigado de quien me visitaría, y sin perder detalle de todos mis gestos y movimientos. ¡La pulseada era indiscutible! Pasaban los minutos y la tensión iba en aumento hasta que de pronto se abre la puerta y: ¿quién aparece también rodeado de milicos? Nada más ni nada menos que EDUARDO, el primero de nuestros hijos, ¡¡con apenas TRES AÑOS!!

Confieso que, hasta el día de hoy sigue siendo uno de los mayores impactos que recibí en mi vida. Por dentro me corrían todos los escalofríos imaginables, pero por el propio Eduardo y por estos hijos de “la madre” que precisamente buscaban mi destrucción emocional, no podía dejar traslucir la menor señal de debilidad o desesperación. Lo que allí ocurrió en esos escasos minutos en que el pichón y yo estuvimos juntos, enseguida lo comprenderán cuando lean lo que al día siguiente, ya solo en el calabozo y antes de volver a la “perrera”, escribí. Tan solo les adelanto el final: ya sin Eduardo, se lo habían vuelto a llevar, me encara el Teniente Urban y literalmente me dice: “Bueno hijo de puta, se te acabó!! Nos venís cagando a mentiras. De aquí en más si querés volver a ver algún día tú hijo, hablás o hablás... Esta noche nos vemos en la perrera!”...Y así fue!! Yo no contesté nada. Contenía el dolor y empezaba a prepararme para la

batalla que se avecinaba.

Transcribo textual lo que escribí al día siguiente, después de la fenomenal paliza que me dieron esa noche. Con una salvedad: en aquel entonces, lo hice con un lenguaje lo suficientemente encubierto como para que sorteara la censura del cuartel, ya que una vez levantada la incomunicación, al cabo de tres meses, se lo entregué a Magola en una tarjeta con un dibujo que intentaba representar al papi con su pibe. Aquí va:

“Eduardo: ayer te ví. Dos meses de distancia. Allí estabas con tus enormes y diminutos años. Me miraste; estabas temeroso...Parecías hombre. ¿Qué pensarías adentro tuyo? Qué mundo el tuyo y qué sentimientos se agolparían después de tantos días separados?... Jamás podré convertir en palabras lo que sentí al verte. De los impactos más grandes de mi vida. Había temido no verte más...Y allí estabas...Se me anudó la garganta; el llanto casi pudo más! En segundos alegría y tristeza se confundieron en una simbiosis infinita....Conversamos. Me mirabas serio; preguntabas. Palpé tú esfuerzo por comprender quizás lo incomprensible, lo indescifrable. No ha sido esta una experiencia más. Nunca como allí te sentí tan mío; me sentí tan tuyo. Hasta donde había llegado a quererte.... Recién lo comprendía. La trascendencia de nuestra pareja se hacía vida en tí. Hablamos de Diego. Me sentí profundamente padre. Habla-

mos de Mami... Maternidad y paternidad conjugadas en seres como vos y Diego.... Eduardo, al cabo de unos minutos nos separamos. Ya en el calabozo me invadió el llanto. Hijo, me cubrí de amargura sintiéndome responsable de ese sufrimiento que trasuntaban tus ojos, tú mirada.

¡Tan solo EN TUS TRES AÑOS!!¿Había derecho? Para calmar mi desesperación pensé que la vida depara sus sorpresas y quizás algún día pudieses perdonarme comprendiendo LA RAZON DE LA SINRAZON, el porqué de un camino que sabe de muchos tragos amargos. Mientras escribo con la angustia brotando desde cada poro de la piel, añoro el día que te acerques a leer estas líneas. Ahora me apronto como nunca para ¡SEGUIR LUCHANDO POR TI Y JUNTO A TI!!

Y así fue. ¡Una lucha sin treguas!

Hoy releo lo escrito en aquella instancia, y nuevamente me emociono,

me conmuevo hasta los huesos, y ya con Eduardo rayando sus 50, y viendo al mundo como está, tan lejos de una revolución social emancipadora, me pregunto: ¿VALIÓ LA PENA?

La respuesta está en el sentir profundo de cada uno de nosotros. Al menos para mí :¡SI HABRÁ VALIDO LA PENA!! No sé si serán pocos o muchos los arrepentidos o renunciantes, dejando de lado a los traidores de ayer y de hoy, pero sin lugar a dudas aún quedamos necios que dormimos con la conciencia tranquila, que seguimos “CREYENDO EN LA LOCURA”, en que “TODO CAMBIA”, y que VALE LA PENA VIVIR SOÑANDO CON UN MUNDO SIN EXPLOTADOS NI EXPLOTADORES! !Los Urban o los Fresia podrán transitar la calles de Medellín o Montevideo; cientos o miles de ellos, gozando de la impunidad que ha reinado en nuestro querido “paisito”, podrán andar sueltos y creerse libres, pero dudo mucho que puedan dormir tranquilos. En cambio los que descansan en paz pero están más presentes que nunca, son los queridos Tambero(Jorge Zabalza) y la “Negra”(Xenia Itté). Mis mejores recuerdos para con los dos: por todo lo que vivimos juntos en muchos territorios o escenarios de lucha; por todo lo vivido aquí en este pedazo de tierra canario bautizado “La Chacra”; y por sobre todas las cosas, por la coherencia de vida y la entrega militante por la causa de los pueblos.

¡Salud ambos!, Nada ha sido en vano. Son memoria viva y son fuerza para que otros tantos continuemos recorriendo el camino del ¡NUNCA MÁS!

Historias imborrables

En las visitas que hacíamos mi madre y yo en los años 1974 y 1975 y parte de 1976, nos tocaba compartir ómnibus CITA única compañía que iba hasta el penal de Libertad, junto con otros familiares de presos políticos que estaban determinados como presos peligrosos los del 2º piso, los del sector A estaban acompañados y los del sector B estaban como mi hermano solos en una celda.

En estos viajes como es lógico se establecieron muchos vínculos, así como mucha solidaridad, como sacar las manualidades hechas por todos y venderlas para poder colaborar con las familias más castigadas, comprar más material para tener a nuestros queridos familiares con actividad y hasta para difundir las condiciones de estos, otros gestos solidarios eran de apoyo social y otros vínculos que generaron amistad.

De esos vínculos una responsabilidad que asumimos, fue comprometernos con mi madre a hacernos cargo de la seguridad de dos niños (una niña y un varón) no recuerdo sus nombres, aclaro que es un defecto mío de no retener los nombres, pero sí recuerdo sus caritas expresivas y cómplices; porque su madre, una gran luchadora, que si bien no estaba detenida era perseguida y la habían destituido de la Universidad de la República, siendo su compañero un cañero, ella sobrevivía como tantas otras pero no dejó nunca de llenar alguna de las visitas, pero si se turnaba, cuando era visita de los niños, ella no iba por lo cual nos hacíamos responsables con mi madre.

Yo disfrutaba mucho conversando con esos niños, inteligentes, extrovertidos y con una gran imaginación. Siempre buscando como volver a disfrutar tiempo con su familia plena y tiempos pasados, lamentablemente muchas de sus historias fantásticas se me olvidaron, pero una me quedó grabada hasta ahora.

Ellos me contaron en uno de esos viajes que estaban domesticando

hormigas, con super poderes que iban a ir una noche al penal, cautelosas, con una super organización que en determinado momento se iban a juntar y formar un gigante y así reducir a todo el ejército y liberar a su padre, luego se transformarían en un avión en el cual volaría su padre, se juntaría con ellos y se irían lejos.

Visita al cuartel de 33

Para enmarcar un poco el relato, mi nombre es Paula Gándaro Pereira, soy hija de Beatriz Pereira y Artigas Gándaro, quienes fueron presos políticos desde mi lactancia hasta los 13 años mi papá y desde mis 2 meses hasta los 5 años, mi mamá.

Hoy mirando para atrás, pienso en la entereza, en la tenacidad y el amor de mi abuela, en la importancia que le daba a que yo pudiera mantener un vínculo con mi mamá, y mi mamá conmigo.

Nosotros, los hijos, teníamos visitas con nuestra madre, en diferentes cuarteles en los que estuvo presa. Así recuerdo haberla visitado en Rocha, Paso de los Toros y 33.

Este recuerdo es de unos de esos días de visita en el cuartel de 33.

Íbamos Camilo (mi hermano, 2 años mayor) y yo, con mi tía Edith. Luego de pasar por la revisión, pasábamos por un lugar enorme, un patio abierto (plaza de armas), y nos dirigíamos hacia unas edificaciones que estaban en el costado derecho de esa plaza. Allí teníamos que pasar una puerta, en la que estaban a cada lado, soldados con perros, para poder entrar y ver a mamá. Para acceder a verla no había otra posibilidad que atravesar esa puerta. Al pasar, ambos nos trepábamos en mi tía lo más alto que podíamos, por el miedo a que nos mordieran los perros. Luego, mi tía nos dejaba y se volvía. Mamá estaba sentada en una mesa larga, con otras de sus compañeras, vigilando había un militar vestido con un uniforme beige. En la mesa había muchos juguetitos pequeños, hechos de maza de pan.

Ese día, yo tendría 4 o 5 años, mi tía no sé por qué no podía ir, mi hermano tampoco. Entonces mi abuela dijo, va conmigo.

Cuando llegamos a la entrada, le dijeron que ella no estaba autorizada a pasar.

Entonces mi abuela me miró a los ojos y me dijo: mijita, usted tiene que entrar sola.

Y le contesté: no, yo no voy.

A lo que ella volvió a decir: si mijita usted va a entrar.

A lo que volví a responder: no, yo no voy (no me imaginaba como iba a poder pasar sola ese patio enorme, y después... los perros, a los que les tenía terror).

Y mi abuela dijo: yo le compro un chocolondo y usted entra.

Fuimos a un kiosco que estaba cerca del cuartel, lo compró y me lo dio.

Entonces acompañada por el chocolondo, entré.

Las semillas del regreso

La vuelta a Uruguay fue para Gabriela uno de los momentos más felices de su vida y cada vez que viene a su mente sus labios se distienden en una sonrisa sin explicación aparente, reflejando una alegría que brota de adentro, desde el fondo de sí misma. 1985 fue un año especial, y muy particularmente aquel día de febrero cuya imagen quedó estampada para siempre más allá de su mente, en sus propias entrañas : el aeropuerto de Carrasco colmado de amigos, familiares, compañeros con grandes carteles de bienvenidas que casi provocaban que su corazón explotara de dichaSolo faltaba Andrés, aquel entrañable amor de juventud con quien compartió alegrías, tristezas y duros momentos en aquellos años en que fue requerida por su militancia social y política lo que hizo que su organización política la instara a salir del país con un pasaporte falso, sin ningún abrazo que le arrojara el alma y con un solo equipaje, apenas un atado de ropa usada que le dio su amiga Rita . Ahora volvía con cuatro niños, dos de cada mano, la mirada encendida y el corazón rebosante de felicidad. Volvía sin su marido, el padre de los niños, de quien al momento de la partida solo obtuvo una promesa de que viajaría en dos o tres meses, cuando, según le dijo, desde Suecia pudiera ahorrar un poco más de dinero.

El desexilio no fue simple. Pasado el momento de la euforia, del reencuentro y de las caricias al alma, empezó la dura realidad de cada día. Ocho meses sin conseguir trabajo volvieron a pintar en su vida días de austeridad e incertidumbre, una vida sostenida solamente a fuerza de una entereza que lindaba casi con la tozudez. Muchas veces regresaban a su cabeza aquellas palabras que describían por sí mismas la nueva realidad: -No, chiquilines, no podemos ahora comprar helados. Mami ya les comprará cuando pueda... - No, no vamos a ir a los juegos del Parque Rodó, quizás más adelante... O su respuesta frente a aquella repetida

pregunta de los niños - ¿Qué hay de comer hoy, mami? -Arroz. - ¿Otra vez arroz? No mami, ¡no!, es lo mismo que comimos toda la semana. -Pero chiquilines, este es un arroz especial, van a ver... se llama arroz “a la franchuá”, que no era más que el mismo arroz que en vez de cebolla tenía ajo.

Pero, cuando menos lo esperaban, la solidaridad se les presentó sin anuncios, sin invitación, sin ser llamada. Llegó solita, humilde, tratando de pasar desapercibida para proteger la dignidad humana, como todo lo grande. Tocaron la puerta. Era María, la vecina de al lado, aquella mujer bajita que nunca renegó de su origen humilde de empleada doméstica venida de la frontera, aunque ahora era la señora del dueño de la fábrica de pastas del barrio.

-Mirá vecina, si no te ofendés, me gustaría que prueben nuestros raviolos, tallarines y los ñoquis, a ver qué les parece. Yo les puedo traer todo lo que no se venda de cada día. Y ustedes me dan su opinión. A nosotros nos sirve mucho escucharlos, así quedamos a mano. Eso si te parece bien... Ese y muchísimos otros días más la familia estuvo de fiesta con aquellos platos inalcanzables hasta ese momento.

Conseguir trabajo seguía siendo un tremendo trabajo. Eran momentos de crisis económicas verdaderas, no había llamados, concursos ni vacantes y lo poco que se conseguía era a través de la tarjeta de recomendación de algún politiquero conocido. Gabriela nunca quiso hacer pesar sus relaciones políticas ni su pasado en beneficio propio, por lo que la única solución que encontró fue salir todos los días, recorrer la ciudad y preguntar en cada lugar si no precisaban personal. Mientras ella trillaba la ciudad en búsqueda de trabajo, los niños quedaban durante el día al cuidado en la guardería de Elena, Romeo y Susana, compañeros que sabían de las dificultades que implicaban el regreso al país, y aceptaban tener, gratuitamente, hijos de compañeros como si fueran los propios, con el mismo amor y dedicación. Gabriela, como pequeño aporte, les ayudaba una vez a la semana en la guardería, compartiendo alegrías y música con los niños. Así se llenaban mutuamente los corazones y el vacío económico era suplantado por la plenitud del cariño que se daba y se recibía. Eran tiempos de solidaridad, de vivir los problemas de los otros como propios,

y donde la solidaridad de algunos compañeros y compañeras cubrían con mucho amor los agujeros que dejaban sin cubrir algunas de las familias biológicas.

Gabriela era consciente de que vivió de acuerdo a cómo pensó, no se traicionó a sí misma, y estaba claro que las dificultades del regreso eran solo una continuación en el medio de la tormenta, pero plagadas de felicidades por los reencuentros con lo que era suyo, con todo aquello que nunca perdió a pesar de las distancias. Sintió que todo lo pasado había tenido sentido.

Lo más duro era aquella pregunta incisiva, cuestionadora, que algunos le hacían y que ella sentía como una patada en el alma: - “¿Por qué viniste?, ¡Mirá que hay que venir a pasar mal acá! ¡A santo de qué...!” - “¿Por qué no te quedaste allá, en Suecia, en el primer mundo?”. A lo que seguía, casi siempre, la misma afirmación: - “¡Te hubieras quedado en Europa!, qué necesidad de pasar mal y además con los niños. En el Uruguay todos se quieren ir, y vos volvés, ¡quién te entiende!” ...” ¿Querés un consejo?, y sin esperar la respuesta, inmediatamente se largaba: - Mirá, andate en cuanto puedas”.

Entonces venían a su mente aquellos pensamientos que tanta fuerza le daban:

- ¿Cómo explicar que en el pasado me la jugué toda, y que me la sigo jugando ahora por este pedacito de mapa?, Aquí está mi vida, mis viejos amores, mi esquina, porque solamente aquí puedo desentrañar mi historia, entender mi “hoy” y proyectarlo al futuro. Imposible explicar que me prometí a mí misma y a mis compañeros volver, y cumplí desde el corazón y además porque quiero que mis hijos sientan mi país como el suyo, aquí están sus raíces porque el lugar de nacimiento es circunstancial y lo que se lleva en los genes es lo que importa.

Gabriela sabía que siempre el pasado está dentro de cada uno, es el ancla que pendula en cada vida. El pasado siempre pide una luz en el presente. El presente existe porque existe el pasado.

En aquellos momentos donde lo más importante era poder sobrevivir el día a día, le venía a la mente aquella sabia canción que la acompañó en los momentos de la militancia clandestina, y que había escuchado

de muchas compañeras que habían sido presas políticas, porque aunque las situaciones eran muy diferentes, había algo en común: la obligación moral de no sucumbir, de seguir adelante con dignidad y alegría, aquella canción cuyo estribillo tenía siempre en mente y que le daba tanta fuerza: - “Nunca te quedes junto al camino, nunca digas no puedo más y aquí me quedo.”

Pero los desafíos no eran sólo económicos. Sin duda el más grande de todos era mantener la esperanza, la dignidad y la alegría como baluartes para luchar por las utopías.

Gabriela dudó mucho en dar una respuesta seria, verdadera y meditada, cuando Mauri le preguntó: -Mami, ¿que soy yo, porque en Suecia me decían “inmigrante” y aquí me dicen “sueco”? O cuando Nati, a moco tendido la recriminaba a su manera: - ¿Onde está mi papi? -quiero con papi. Vos, mala, no me dejas verlo. Quiero ir con mi papi.

Preguntas y hasta reproches para las que Gabriela no tenía respuestas, y que intentó responder con un apretado abrazo que les calara a los niños muy hondo, como queriendo abrazar la vida con la fuerza de la esperanza.

Los viejos compañeros de facultad tenían sus vidas hechas desde otras ópticas. Muchos eran profesionales de renombre mientras que otros seguían luchando por poder llegar a fin de mes. Todos volvieron a sus lugares de origen, resurgiendo entre ellos las diferencias sociales que la lucha había tapado. Tampoco pudo recurrir al apoyo de Carmen, su madre y del resto de su familia de origen, porque las recriminaciones causadas por los años de ausencia eran tan frecuentes que la agobiaban.

Sabía que esa mística juvenil la llevó muy lejos pero nunca se arrepintió de su pasado, a pesar de todo lo dejado por el camino porque sabía que sus compañeros del alma, aquellos que hoy están desaparecidos o asesinados, estarán presentes en ese lugar único, insustituible de la memoria donde florecen esperanzas y las fuerzas para renovar las utopías, que siempre son posibles.

Nati y Mauri seguían preguntando por su padre, aunque cada vez más esporádicamente, como resignándose frente a una realidad inevitable que no podían cambiar.

Las respuestas se las dio la vida cuando su padre, luego de muchos

años de incomunicación con su familia, volvió con una nueva pareja. Los reproches de los niños a Gabriela por el traslado a Uruguay se sucedían cada vez con menor frecuencia, hasta que un día Nati le dijo a su madre: -Sabés una cosa, no quiero irme más de este país, éste es MI país.

Ellos crecieron, fueron jóvenes que se hicieron uruguayos de corazón, donde todo fue logrado con mucho esfuerzo. Aman este país a pesar de que tuvieron que emplearse en trabajos duros para poder estudiar, a pesar de que iban y volvían caminando a Facultad porque en los años de crisis había que elegir entre comprar la leche o pagar el boleto de transporte. A pesar de todo, y en plena crisis del 2002, a Gabriela se le hizo un nudo en la garganta cuando la pequeñita Lucía la abrazó muy fuerte y le dijo: -No importa, mami, no somos pobres porque somos millonarios de cariño y cuando Alejandro, muy orgullosamente le manifestó, al empezar la escuela : - Mami, viste, soy chiquito, pero tengo moña uruguaya...

Los años transcurridos en el país, a pesar de las dificultades económicas, fueron plenos de dignidades recuperadas, de logros redoblados, de sentidas alegrías al ver el avance de los hijos, de descubrir nuevos compañeros, de ampliar el conocimiento con nuevas amistades y de satisfacciones al vivir en el lugar del mundo en que se quiso estar.

Los costos personales fueron muchos, pero las satisfacciones siempre a la larga inclinaron la balanza.

Y con el recuerdo de cada uno de aquellos compañeros que aún vivían en ella, Gabriela reafirmó desde lo más profundo de su ser la misma promesa de siempre de no abandonar el lugar de sus afectos, ese pedacito de mapa donde están colgados, allá en el tiempo, sus amores, sus vivencias de lucha y la enriquecedora experiencia de solidaridad que recibió de un pueblo que los estaba esperando, a ella, a todos ellos y a sus hijos haciéndoles sentir que nunca perdieron su lugar en el mundo, como las semillas que en algún momento brotan demostrando que la vida siempre puede más.

Índice

Te invitamos a contar	3
Prólogo Nibia López	5
El Profe Jorge Barlocco.....	7
Proceso Cóndor Liliana García	11
La historia de la bufanda Jesús Arguiñarena	15
A mi hermano. Carlos Liscano.....	19
El Chacho Marcelo Estefanell	20
Una mañana habitual Carlos Caillabet	23
La familia de un preso Maria Orfilia Cabrera	27
Miedo súbito. Atilio Escuder	33
Aquel año de la “Orientalidad” Jorge Llambías.....	35
Dos mil cuatrocientos Sara Ibarburu	40
Dos por cabeza Rodolfo Wolf	42
El invierno había llegado Juan Fernando Zerboni.....	47
La directora de escuela y la máquina de coser María Elia Topolansky	53
Chiquillada Lucía Pérez de Sierra	57
Ponerse preso Sara Ibarburu.....	61
9 de julio Diego Damián	62
La tortura José Olivera	65
Tienda de los milagros Cristina Ramírez	68
Un secuestro en el penal Baldemar Taroco	72
Señas de inteligencia Sara Ibarburu.....	74
Un accidente estúpido Jesús Arguiñarena	75
Ibero Baldemar Taroco	79
El olor a higo Lucía Pérez de Sierra	85
Realidad Alfredo Rivera.....	88

Breve elegía a Norma y Gabriel Sirio López Velasco.....	92
El día que murió Gardel Adriana Zinola.....	95
El pintor orejano Diego Damián.....	98
Elena Juan Fernando Zerboni.....	101
Especial Sara Ibarburu.....	109
Vivencia de la dictadura 1 Rafael Alvarez.....	111
Vivencia de la dictadura 2 Rafael Alvarez.....	113
Vivencias Ariel Ardanaz.....	115
Testimonio Dante Martínez.....	117
Una secuela más Ana Amorós.....	119
Los héroes de la arrocera Lilyam Paolino.....	121
Un zapato para cada dueño Laura Torres.....	124
Nadie fue, lo traías Juan Fernando Zerboni.....	126
Peñarol-Nacional Daniel Albacete.....	133
Ibaurburu Sara Ibarburu.....	135
Jorge Huerta Daniel Albacete.....	136
Por el camino de todos Jesús Arguiñarena.....	138
Sala 8 Cristina Ramirez.....	142
Tiempos de dolor, tiempos de aprendizajes Alvaro Jaume.....	145
Historias imborrables Cristina Olivera.....	150
Visita al cuartel de 33 Paula Gándaro Pereira.....	152
Las semillas del regreso Lilyam Paolino.....	154



**Algunas publicaciones de
Ediciones del CRY SOL:**

Del testimonio a la historia.
Elizabeth Hampsten

¿Re-cuerdos?
Lia Elizondo

Derecho a la Reparación
Integral de Violaciones a los
Derechos Humanos
Oscar López Goldaracena

Historias de la cana y la
represión
*1° concurso de cuentos
organizado por CRY SOL*

Historias y testimonios de la
represión y la cana
*2° concurso de cuentos
organizado por CRY SOL*

Crónicas de los Años Duros I
(1968 - 1985)

Crónicas de los Años Duros II
(1968 - 1985)

La dictadura cívico militar no fue una experiencia aislada, fue un proyecto de país en el marco de una estrategia continental diseñada desde EEUU.

Este tomo III de Crónicas de los años duros 1968 1985, período de actuación ilegítima del estado y la dictadura cívico militar, contiene relatos de compañeras y compañeros ex presos políticos de aquellos años, relatos de familiares, relatos del exilio, historias vividas, historias que se escucharon, relatos de uruguayos que recuerdan.

A través de ellos nos vamos a emocionar, nos vamos a encontrar con relatos sobre la prisión por ejemplo. Prisión en centros donde se desapareció, asesinó, torturó física y psicológicamente, donde se buscó la destrucción de los allí detenidos.

También hay historias de resistencia y de lucha dentro y fuera de la cárcel, porque la represión y el terrorismo de estado actuaron en todo el país y contra toda la población.

Nuestro país devino en una gran cárcel, con muchos presos, muchos exiliados, con el miedo en la calle, en las casas, con el silencio como cómplice.

Estos relatos conmovedores constituyen espacios de memoria y reflexión para las futuras generaciones, porque la memoria construye futuro.

Enrique Chalar

